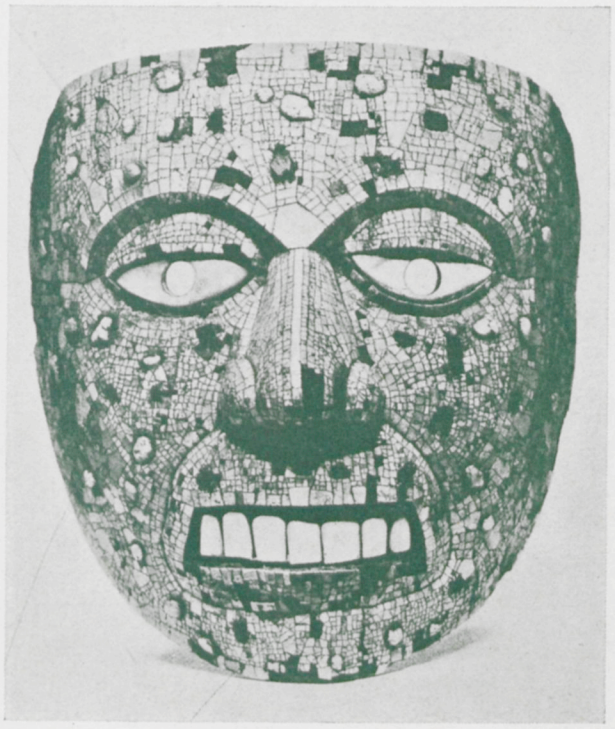
Plus Ultra

Idilio campero

GOUACHE DE ZAVATTARO

CIGARRILLOS
1917

LOS AZTECAS Y LAS TURQUESAS



EL MEJOR EJEMPLAR DE LAS ANTIGUAS MÁSCARAS AZTECAS.

MÁSCARA FORMADA POR DOS SERPIENTES.

Desconocido es el poder que los indígenas de la América precolombiana otorgaban a la turquesa. Sólo se registran algunas creencias de los modernos indios mejicanos: los navajos aseguran que la turquesa tiene la virtud de aplacar al viento, terrible divinidad que impediría la caída de la lluvia si no cesase de soplar. «Cuando el viento sopla es porque pide turquesas», dicen esos indios nómadas, y es necesario darle ese alimento mineral para que duerma y deje caer el agua beneficiosa.

Aparte de esas tradiciones, únicamente existen las hipótesis que los historiadores modernos formularon para explicar el uso y el abuso que los indios hacían de la turquesa como piedra sagrada. A este propósito, el profesor Joseph E. Pogue dice en el «Boletín de la Unión Panamericana»:

« De los diversos minerales empleados en labores de ornamentación, ninguno es más interesante y significativo que la turquesa. Esto se debe a una rara combinación de causas, que de manera peculiar ha habilitado este mineral para desempeñar un importante papel. Debido, en primer término, a las condiciones de su formación geológica, casi se le encuentra exclusivamente en regiones áridas o desiertas, en lugares donde la lucha humana ha sido intensa y razas vigorosas han desarrollado, hasta hacerlos sentir en muchas direcciones, su influencia y su comercio. En segundo lugar, este mineral es hallado en la superficie de la tierra y luce sobre ella como si fuese un lunar o mancha brillante que atrae la mirada; de suerte que para su descubrimiento no se necesitó conocer los métodos concernientes al laboreo de las minas, sino que ocurrió tan pronto como se presentó un hombre que poseyera el sentido del color. En tercer lugar, dada su relativa blandura, la turquesa puede ser desprendida fácilmente de su quijo y ser tallada aún con los toscos instrumentos que poseía el hombre de la edad de piedra. Por último, el color de la turquesa va desde el verde hasta el azul, que son los colores que poseen el significado más profundo en una región desierta, por cuanto sugieren la idea del agua, de la vegetación y del cielo y llegan prontamente a ser el símbolo de la naturaleza y de la vida. »

A Juan de Grijalva, invasor del Yucatán, pertenece el honor de haber sido el primer europeo que pudo admirar las turquesas americanas, logrando apoderarse de varios objetos incrustados con hermosos ejemplares de dicha piedra preciosa. Al año siguiente, Hernán Cortés (1519) desembarcó en la costa de Méjico. Entre los regalos que le hiciera Moctezuma figuraba la máscara que reproduce el segundo de nuestros fotograbados. Está construída de cedro, y representa dos serpientes de cascabel que entrelazándose forman una caricatura de calavera. Las incrustaciones son de turquesas de un azul brillante, alternando con placas de nácar. Créese que pertenecía al dios ofidio Quetzalcoalt. El regalo de Moctezuma a Cortés tenía, por lo tanto, extraordinaria importancia. En efecto, el conquistador español era considerado por los indios como el avatar de Quetzalcoatl que volvía de las tierras del sol levante, según aseguraba una arcaica leyenda profética.

La otra máscara sagrada, que se conserva en mejor estado en el Museo Británico, es también de cedro, adornada con millares de turquesas azules y nudos de turquesas, siendo los dientes y los ojos de nácar brillantísimo. El tercero de los fotograbados reproduce un disco o escudo de madera donde el arte indio ha incrustado turquesas a granel, alternadas con placas de nácar.

DISCO DE MADERA, EN FORMA DE RODELA, INCRUSTADO DE TURQUESAS.

Entre los incas estuvo también de moda esa profusión de turquesas, aunque con arte inferior al de los indios mejicanos. Estos usaban esa piedra preciosa para adornar numerosos instrumentos, collares, joyas, etc.

Esta costumbre ha desaparecido casi por completo. Solamente en la meseta de los Estados de Nuevo Méjico y de Arizona, aun se conserva la afición. Los hopis, los suñis y los navajos conceden a la turquesa virtudes y significados profundos, que forman una especie de ciencia hermética.

Además de esas piedras, los antiguos indígenas emplearon el jade, la malaquita, el cuarzo, el berilo, el granate, la obsidiana y la pirita de oro que sirven de adorno a la turquesa.

El mayor yacimiento de turquesas estaba en Los Cerrillos, junto a la actual ciudad de Santa Fe, Estado de Nuevo Méjico. Allí se proveyeron los aztecas durante siglos y siglos.

El profesor Pogue asegura, que si se llevaran a cabo prolijas investigaciones se lograría encontrar, en tierras de Atacama, la mina en donde los incas hacían extraer las turquesas.

PERSEGUIDO POR UN TEMOR INDETERMINADO

Al que no goza de perfecta salud, le persigue el espectro de la vejez prematura y de la tristeza abrumadora; muchas enfermedades, cuya causa se ignora, provienen del estómago o de los intestinos, se descuidan porque no hay peligro de muerte; pero, una vez crónicas, son insufribles y engendran la desesperación. Los desgastes físicos, consecuencia de la actividad excesiva, hacen que la mayor parte de la humanidad esté enferma del ESTOMAGO, y es necesario prevenir muchos males que ocasionan una mala digestión. "STOMALIX" Saiz de Carlos, conserva la integridad de su organismo. Es el TONICO-DIGESTIVO por excelencia. Su eficacia y su sabor agradable, han conquistado la fama mundial que goza. "STOMALIX" debe ser su compañero en la mesa.
Venta Farmacias. Pidan folleto a Carlos S. Prats, San Martín, 66, Buenos Aires.

PEREGRINACIONES A LA MECA

Siguiendo a un gigantesco camello adornado con un armazón cubierto de tapices, llega la caravana que vuelve de la Meca a la tierra de Egipto.

Los cañones de la Ciudadela hacen salvas, los clarines tocan dianas y el pueblo entero, aglomerado a los lados del camino de los peregrinos, espera pacientemente el desfile.

Lentamente, con su balanceo característico, precedidos de un grupo de sacerdotes y personajes, varios camellos se siguen en fila y sus jinetes, de turbante verde, tocan en largas flautas unas extrañas músicas de Oriente, agrias a nuestros oídos, que deben acompañar a toda plegaria musulmana.

Y la nube de polvo impalpable que levanta la muchedumbre da al aire tonalidades doradas y cubre de un velo la mezquita de Mohammed-Alí, pareciendo darle el aspecto de un símbolo.

Vuelven los peregrinos en estado de santidad. Han cumplido los mandatos del Profeta, han besado la piedra negra y han apedreado a Satanás en el valle de Mina. Ya los esperan las huríes de ojos verdes.

JOSÉ B. LLANOS.

¿Está Vd. seguro que su Caja de Hierro es invulnerable?

Todo el ingenio de los fabricantes de Cajas de Hierro ha sido igualado por la habilidad del ladrón de hoy, quien, auxiliado por la ciencia moderna, puede violar una caja de hierro que se consideraba invulnerable.

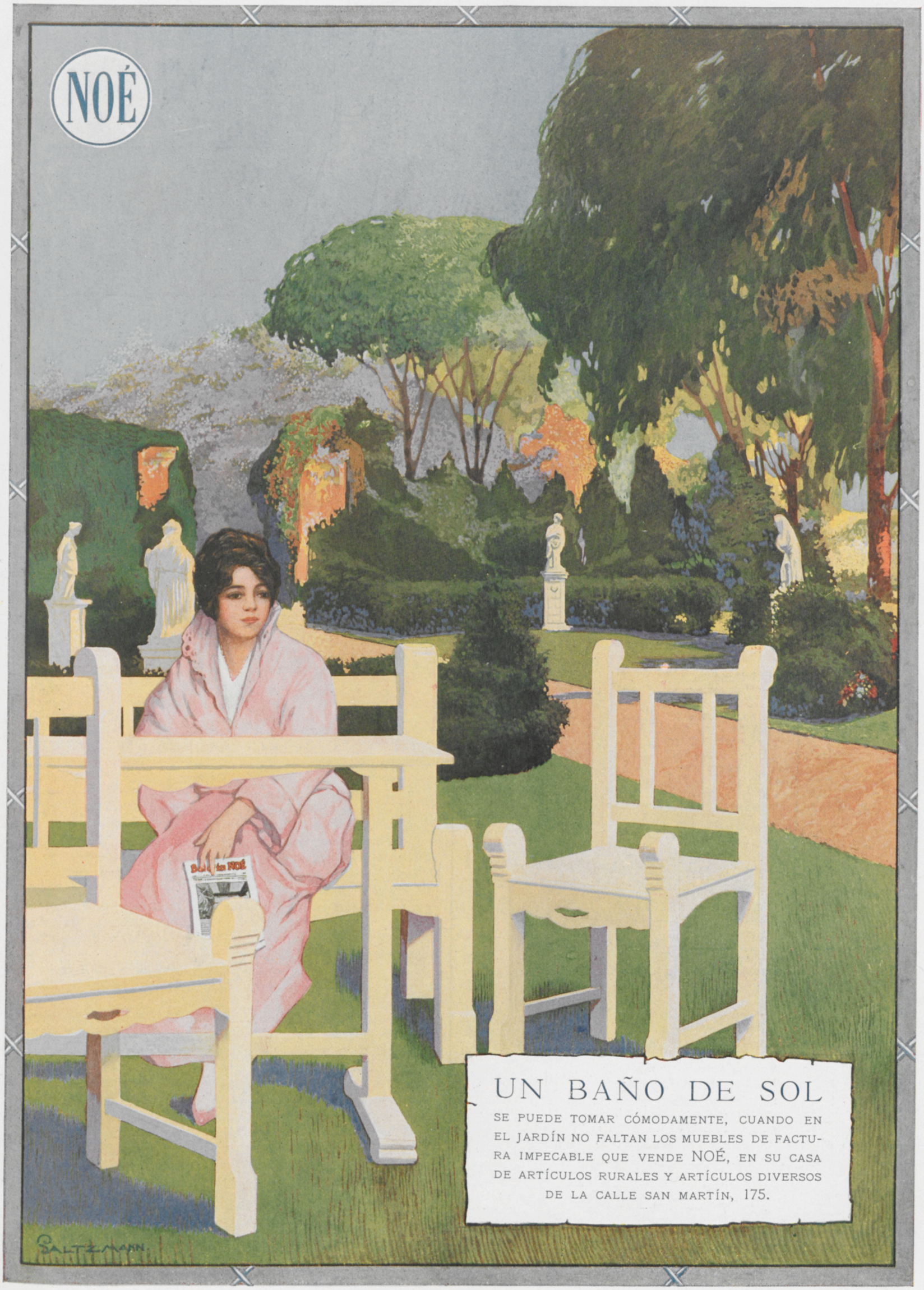
LAS CAJAS DE SEGURIDAD

46, RECONQUISTA, 46

están hechas a prueba de los ladrones, fuego y bombas. La puerta de acceso pesa DIEZ TONELADAS y el depósito está custodiado, día y noche, por guardianes elegidos. Nunca podría ser asaltado, aun en el caso de insurrección, pues la entrada puede ser inundada con 200 toneladas de agua, sin causar perjuicio alguno al contenido de las cajas.

Todo documento importante, joyas, platería, etc., deben depositarse para su protección en estas perfectas Cajas de Seguridad. El alquiler es muy moderado comparado con las grandes ventajas que ofrecen.

Para obtener detalles completos, escríbanos pidiendo folleto explicativo, o visítenos. **CAJAS DE SEGURIDAD. 46, Reconquista, 46**


NOÉ
UN BAÑO DE SOL
SE PUEDE TOMAR CÓMODAMENTE, CUANDO EN EL JARDÍN NO FALTAN LOS MUEBLES DE FACTURA IMPECABLE QUE VENDE NOÉ, EN SU CASA DE ARTÍCULOS RURALES Y ARTÍCULOS DIVERSOS DE LA CALLE SAN MARTÍN, 175.
BALTZMANN.

Usted que forma parte del numeroso y brillante núcleo de consumidores de

Oporto DOM LUIZ

el vino generoso más difundido en nuestra alta sociedad, tenga presente que este sabroso néctar constituye un obsequio muy apreciado como regalo de Año Nuevo.

DISFRACES INFANTILES

Desfilan los niños, es decir, desfila la inocente vanidad paterna. Es en el Asbury Park; allí se celebra el vigésimo sexto concurso anual de nenes.

Y pasa uno y otro y cien cochecitos empujados por papá o mamá, donde el chiquilín llora, ríe o duerme entre flores y cintajos. Y pasan los automóviles repletos de muchachitos, y los carros alegóricos, y los niños a pie. Es la feria de las vanidades paternas.

Casi todos los autores de vidas infantiles tienen algo del conde Ugolino, aquel papá que se comió la prole.

Todos los niños son hermosísimos, si se consulta una por una la opinión de sus respectivos papás. Todos los nenes menos uno, el propio, son feos si se pide el voto a cualquier padre. Allí hay muchachos preciosos, gorditos, picarescos, delgados; allí están representadas todas las variedades del encantador mundo infantil; pero todos se encuentran molestos, anquilosados, aburridos.

Esta vanidad inocente de las personas mayores es muy humana y justificable, tan humana que jamás entre los tigres o los pingüinos pudo aclimatarse.

Menos mal que el vanidoso cariño se limite a disfrazar a los nenes queridos. Otras veces el éxito infantil sugiere otras ideas más lucrativas. De ahí, la existencia de los niños más o menos prodigios que pasan la vida sobre el proscenio tocando algún instrumento o cantando tonadillas, mientras los niños descansan cómodamente en la cunita o juegan con toda la sana alegría de la niñez. Entonces el amor al vástago se convierte en egoísmo, mejor dicho, el egoísmo que existe en el fondo de toda vanidad paterna, abre la boca y se come al nene.

Guillermo Allen Rieber, cuyo retrato ilustra esta nota, fué uno de los concursantes que más llamaron la atención en la revista infantil de Asbury Park de este año. Su exiguo traje de bailarín de las islas Hawai hizo furor; su rostro de norteamericanito fuerte dice muy bien con la pintura negra.

Parece una caricatura simbólica de los niños prodigios, un niño prodigio negro que satiriza a tantos niños prodigios blancos que andan por esos mundos trabajando como esclavos.

IPERBIOTINA MALESCI

Desea a Vd. un feliz 1918 y le ofrece salud.

IPERBIOTINA MALESCI,
calmará sus nervios.

IPERBIOTINA MALESCI,
devolverá a su cuerpo y a su espíritu el vigor y energía necesarios para su felicidad.

IPERBIOTINA MALESCI,
le ofrece salud.

Preparación patentada del Establecimiento Químico doctor Malesci-Firenze (Italia).
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

VENTA EN LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

Unico Concesionario - Importador en la República Argentina:

M. C. de MONACO

VIAMONTE, 871. — Buenos Aires

El atractivo
más grande de toda mujer

No consiste en las líneas perfectas de su semblante o una cabellera abundante, sino en un cutis sano, fresco, juvenil. Vd. no puede ser hermosa con un cutis ajado, amarillento y percudido.

LA REINE DES CREMES

preparada por Bossard-Lemaire, de París, de perfume fresco y suave, de una blancura de nieve, no se enrancia nunca y es la crema preferida por toda mujer que quiera impresionar por su apariencia.

LA REINE DES CREMES

blanquea la piel, conserva su elasticidad y evita arrugas y grietas. Impide y quita las manchas del sol, resguardando el cutis de las influencias de la temperatura y del aire.

LA REINE DES CREMES

no contiene ninguna materia nociva, pudiendo usarla sin el menor temor, las personas de epidermis más delicada y sensible. No deja el rostro grasiento; sin embargo, la adherencia de los polvos es admirable y perfecta.

SE VENDE EN TODAS LAS PERFUMERÍAS, TIENDAS Y FARMACIAS.

EXÍJASE ESTA MARCA, Y DE NO HALLARSE PÍDALA A LOS ÚNICOS CONCESIONARIOS:

CAILLON Y HAMONET

TACUARI, 267 - Buenos Aires,

QUIENES PROVEERÁN PARA QUE PUEDA OBTENERLA, O BIEN A SUS AGENTES PARA EL URUGUAY:

J. J. VALLARINO e HIJO

429, SARANDI, 431 - Montevideo

Fijarse en esta contra-etiqueta que debe llevar cada caja.

EL POLIPTICO DE ANTONELLO DE MESINA

Aquel espantoso cataclismo de 1908 que destruyó criaturas por centenares de miles, y ciudades y pueblos italianos, estuvo a punto de aniquilar una graciosa y excelsa obra: el políptico de Antonello de Mesina, una pintura que honra a la escuela italiana.

Este Antonello de Mesina, nacido a principios del siglo XV, aprendió a pintar bien merced a las lecciones de su padre, y consiguió la maestría que respiran sus obras bajo la dirección del gran Maraccio.

En 1442, al ver en Nápoles una «Anunciación» de J. Van Eyck, hubo de sentir tanta admiración por el maestro flamenco, que se trasladó inmediatamente a Brujas. Van Eyck recibió cordialmente al talentoso artista italiano que se le ofrecía como discípulo. Antonello aprovechó las lecciones, y a la muerte de Van Eyck fué a Milán donde hizo varias obras admirables por la finura de la ejecución y brillantez del colorido.

La última parte de su vida la pasó en Venecia. Además del políptico, que es una de sus obras maestras, pintó sus cuadros «Cristo entre los dos ladrones», «Cristo elevado por los ángeles» y otros.

Era un hombre modesto, artista por temperamento, y sus pinturas, según afirma Gram, se confundían con las de los mejores pintores de su época. Créese que muchos de los cuadros atribuídos a Van Eyck sean de Antonello; tan grande fué la perfección con que llegó a imitar el estilo del genial artista.

El políptico quedó sepultado entre los escombros, y se pudo salvarle a costa de grandes trabajos. El profesor Luigi Cavenaghi quedó encargado de realizar las operaciones de restauración. Después de un trabajo pacientísimo y meritorio, fué terminada la empresa.

Como puede verse en nuestros fotograbados, las cuatro tablas habían quedado bastante maltrechas por la terrible catástrofe.

Por fortuna, las partes más importantes de la obra no habían padecido mucho, permitiendo así que los trabajos de reconstrucción y restauración tuviesen una base firme. La labor de Cavenaghi ha sido un modelo en su clase. En vez de destruir el mérito de las tablas, cubriéndolas con un derroche de colores modernos que no podrían imitar la entonación de Antonello, el célebre profesor ha reforzado algunas partes. En las partes más dañadas solamente se limitó a trazar simples perfiles con el fin de devolver a las figuras su equilibrio estático.

Con esa obra de religiosa conservación, Cavenaghi libró a las pinturas de Antonello de una segunda catástrofe.

FRENTE AL JOCKEY CLUB

EL AUTOMOVIL FORD
COMPLEMENTO DE LA VIDA SOCIAL

Harrods Casa de distincion, moda y calidad, exhibe un selecto surtido de ARTICULOS PARA REGALOS de AÑO NUEVO y REYES

SOMBRILLAS alta novedad, a $ 60, 50, 40 y..... $ **35.—**
En seda color gris, con voladitos, a $ **20.—**

EN-TOUT-CAS, con puños de alta novedad, en seda negra, a $ 40, 35 y..... $ **25.—**

PARAGUAS de última moda, recién recibidos, especial para regalos, con variados puños de marfil, a $ 60, 50, 40 y..... $ **35.—**

COSTURERO de mimbre, con útiles, modelos surtidos, a $ 22, 16 y..... $ **14.—**

ABANICOS de madera fina y gasa pintada, con lentejuelas, formas muy modernas, a $ 25, 20 y..... $ **12.—**

GUANTERAS Y PAÑUELERAS de madera muy fina, con filetes de bronce, a $ 30, 24 y..... $ **20.—**

BOLSAS de mostacilla, modelos de última creación, en variados colores, a $ 65, 50, 45, 40 y..... $ **35.—**

NECESAIRES para autos, muy prácticos para viajes, a $ 30, 24, 18, 16 y..... $ **12.—**

COLLARES DE PERLAS CLEO, con cierres muy finos, a $ 80, 70 y..... $ **35.—**

LAMPARAS DE NANCY, gran variedad de modelos, desde $ 175, 150, 130 y $ **95.—**

GUANTES DE SEDA reforzados, gran variedad en colores de moda, blanco y negro, calidad superior, dos botones. El par, a $ **3.20**

GUANTES DE HILO DE ESCOCIA, selecto surtido en colores, blanco y negro, calidad muy fina, tres botones de nácar. El par, a $ **2.50**

ESTUCHES DE PERFUME «Altea» Sauze Fréres, compuestos de 1 Extracto, 1 Loción, 1 Caja de Polvos y 1 Jabón, a.. $ **32.50**

VARIADO SURTIDO EN CARTERAS Y ESTUCHES neceser para uñas, en marfil, nácar, plata y ébano, desde $ 70 hasta..... $ **8.50**

JUEGOS DE FRASCOS para tocador, compuestos de 9 piezas, en varios modelos, a $ 14.50 y..... $ **12.50**

ESTUCHE CON ESPEJO, de bronce y miniatura, a $ 30, 28 y..... $ **15.50**

VAPORIZADOR imitación Nancy, forma pirámide, a $ 16, 14 y..... $ **9.50**

GRAN OCASION EN FLORES DE ADORNOS, para floreros chicos, vestidos, modas; orquídeas, rosas, claveles, campanillas, jazmines, etc. El ramo, a $ 0.90, 0.60 y $ **0.30**

COSTURERO MUY COMPLETO, compuesto de una fina tijera para bordar, estuche de metal para agujas, pasacinta y dedal, lana para zurcir y surtido de seda en colores, a $ **5.50**

JUEGO DE CARTERA, billetera y cigarrera, seda moaré con aplicaciones de plata, artículo nuevo y de buen gusto, a..... $ **50.—**

JUEGO DE CIGARRERA y fosforera de «Argent Brule», lo más nuevo, a $ 65 y $ **55.—**

RELOJ-PULSERA, plata inglesa, con o sin esfera luminosa, a $ 60, 35, 30 y $ **16.—**

LAPICES de oro 18 quilates, a resorte de presión, a $ 45, 28, 22 y..... $ **20.—**

BOTONES FANTASIA de oro 18 quilates, para chaleco, a $ 50, 40, 35 y.. $ **18.—**

BOMBONERAS de porcelana, modelos varios, desde $ 3.50 hasta..... $ **6.—**

PASTILLEROS de aluminio, con adornos de mostacilla y rococó, desde $ 3 hasta.. $ **6.—**

GRAN SURTIDO EN CANASTAS JAPONESAS, desde $ 2.50 hasta..... $ **6.—**

BOMBONES DE CHOCOLATE A LA CREMA, Vainilla, Café, Fresa, Frambuesas, Pistache, Rosa, Violeta, Chartreuse, Maraschino, Limón, Almendras dulces y Almendras amargas, Chocolate, Menta y Orange. El kilo, a..... $ **5.—**

LOS BOMBONES HARRODS, son elaborados en nuestra misma Casa con la instalación más perfecta e higiénica que se conoce y en la cantidad estrictamente necesaria para el consumo diario. Eso hace que los Bombones «Harrods» sean los mejores, los más frescos y los más exquisitos.

CRACKERS «TOM SMITH'S», el más variado y novedoso surtido, con sorpresas de palpitante actualidad y de gran hilaridad para las tertulias familiares de Noel.

MEDIAS «SANTA CLAUSS», varios tamaños, con cantidad de juguetes para niñas y niños. Casitas y Chalets para muñecas, Cajas de labores para niñas, Cajas de pinturas, de cubos, de «puzzles», de muebles; Cajas de juegos de sociedad, muy completas; Animales de felpa en varios colores, imitando osos, perros, gatos, pollos y otros; Juegos de quillas; Cajas de herramientas para carpinteros, juegos de útiles para jardín, Cajas de ferrocarriles a cuerda, Buques a alcohol; Servicios de mesa y te para muñecas; Fortalezas, Cajas de soldados; Cañones, tambores, panoplias militares, de jockey, de cazador, de playa y jardín; Juegos de riendas, Tiros al blanco, Arcas de Noé; Muñecas «Jumeau» vestidas o en camisa, Bebés París, Pelotas de goma; Billares, Velocípedos norteamericanos, Automóviles; Bicicletas para niñas y niños, Triciclos, Caballos velocípedos, Aeroplanos, Carretillas, Manomóviles, Juegos de mimbre para jardín, Carreras a resorte, Juegos de croquet, Juegos de Lawn Tennis, etc.

Juguetes fabricados por los mutilados franceses e ingleses en la actual guerra.

Harrods

Florida, 877 - Paraguay, 554.

Agencia en Mar del Plata:

San Martín, 2465 - U. Telef. 292, Mar del Plata

Año II

Plus Ultra

Nº 20
Buenos Aires
Diciembre 1917

GOUACHE DE ÁLVAREZ.

POLÍTICA OPORTUNISTA

UNA PARTIDARIA DE LA MONARQUÍA.

Epatant

Habíamos pasado, hacía pocas horas, a las segundas líneas, y cabalgábamos al romper el alba tres oficiales dando escolta al coronel Sembat.

En lugar de ese olor a hierro enrojecido de la zona de guerra (hace el efecto de estar en el tranvía cuando se quema una válvula), el bueno y antiguo aire del mundo nos endulzaba la boca y nos acariciaba los ojos.

Más cercanos, más lejanos, palidecían los haces luminosos de los reflectores. El sendero hendía el verde matutino. El horizonte, limitado hasta ese momento a las espaldas de mi capitán y a la grupa de su caballo, se ensanchaba con la primera luz a los vestigios de la batalla que había pasado por allí pocos días antes, como llama entre estopa, dando la ilusión de una solidaridad entre las cosas y el hombre.

El cielo estaba azul y desierto: parecía una marina sin velas, una serena marina invernal, y el alma, eso que llamamos alma, estaba como el cielo: nuevamente serena, pero desierta. Dentro de poco aparecerían las primeras nubes en pos de las últimas estrellas.

La vida era más dulce: era melancolía después del horror.

Septiembre. Diez días después del Marne. Acabábamos de cruzar el río sagrado. Estábamos en tierra de Francia, reconquistada; esa tierra que habíamos vuelto a poseer, escarnecida y bendita. Un vuelo, con aquel misterio particular que un suave y sedeño aleteo tiene en la aurora; una casa muerta, y junto a ella, un árbol blanco por el polvo menudo del camino, tan blanco como agobiado por el peso de una vejez humana, inmóvil; de súbito rubio y tembloroso.

Salía el sol.

Pasaban los redivivos en la cabalgata matutina junto al agua verdosa y estancada de un molino.

El agua y la rueda estaban inanimadas, privadas de razón, fuera de uso. Y más que los puentes desplomados y las iglesias destruídas, ésta fué la primera y verídica imagen de la muerte de la naturaleza.

De pronto el coronel ordenó el alto... Se había levantado el viento y las voces de los cañones Deport llegaban imperceptiblemente...

— La tormenta se aleja en dirección al este — observó Roziére con su voz ronca.

Era la calma...

Un caballo dormía en la era, cerca de una cabaña humeante.

Extendido, lustroso, negro, brillante de rocío, más grande del natural.

Un rastro de sangre opaco en el riacho...

Mientras nos acercábamos, del vientre del caballo salió, amedrantado y veloz, un gato rojo que devoraba aún las entrañas de la carroña. El viento fresco nos traía ahora un insoportable hedor. En el umbral de la cabaña una vieja cosía y dos niños jugaban sin gritar.

Ejecutado un rápido reconocimiento, — la casa estaba situada en un alto, — continuamos a la derecha.

El teniente del cuerpo de dragones, Leclós, salvado milagrosamente de una granada, el día anterior, canturreaba una vieja leyenda, imitando a Ivette Guilbert.

Entrábamos de nuevo juntos en la vida; mirábamos el sol todavía, el sol de los vivos, agigantados como nuestras sombras indecisas, en las praderas desiertas, en los túmulos recientes, en los hogares violados, en las ruinas de los jardines.

Cuando llegamos para marchar al frente, en aquella baranda había una joven con ciertos ojos pintados, ávidos... ¿Serían más dulces ahora?

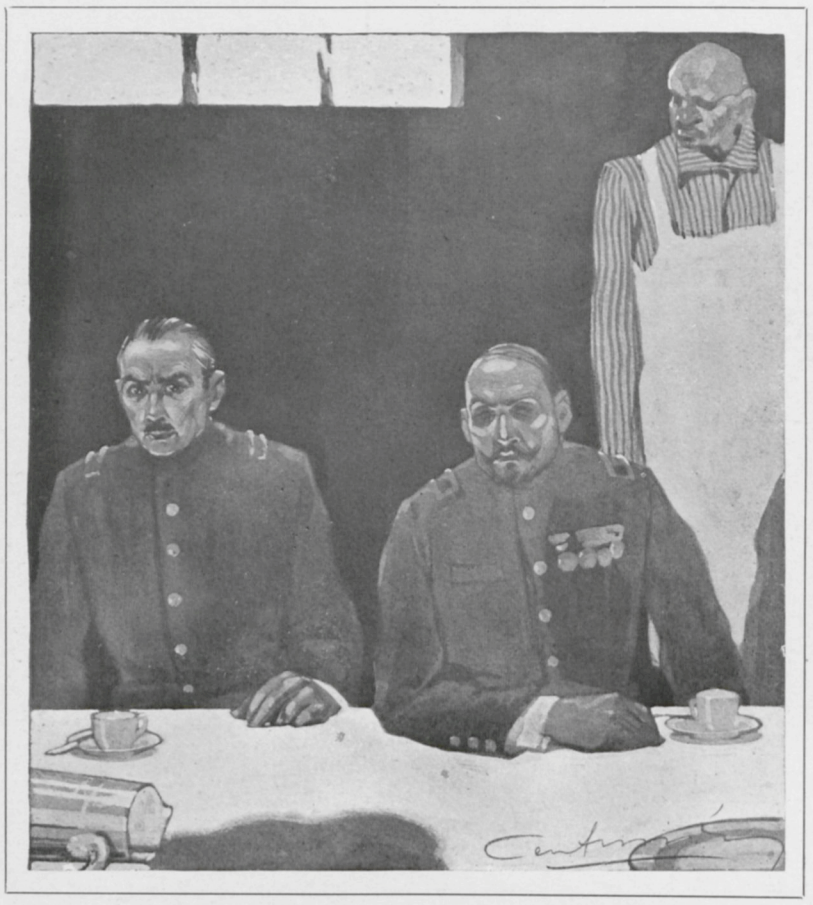
Pasábamos como recuerdos vivientes, los privilegiados, los que nos habíamos salvado.

La naturaleza nos había dado una prueba de confianza; los sentidos una prueba de olvido.

Y mientras olvidábamos el hedor a melón podrido de las trincheras por el fresco perfume de heno y de saúco, el hecho de la guerra se proyectaba como una visión, una experiencia de viajes, de almas; temple y esplendor.

En la faja de leve niebla, entre dos matas azuladas, como sobre ciertas placas fotográficas impresionadas por error dos veces, se revelaba la imagen de aquel soldado moribundo en la sala operatoria de Soissons; aun alzaba él las manos muchas veces, como para levantar un peso invisible, aquellas manos verdes, con dedos que parecían innumerables, temblorosas, como hojas atadas a sus gajos... hombre y follaje: olor a cloroformo y a verano tardío.

Y aquella mancha roja, ¿era un charco de sangre o las bombachas de un zuavo sobre el verde seco?



¿Era un dolor o una cosa?

— Tengo hambre, coronel — gritó de repente Leclós.

Sembat, con la mano atada, le hizo señal para que tuviese paciencia. Una hora antes, él nos había anunciado con voz solemne: «Os invito a almorzar. Tendremos filete de salmón y perdices trufadas.»

Sembat era un héroe del Tonkín; hacía la guerra a la antigua, pero había quedado un burgués «arrivé» y, como tal, amaba lo raro, lo excepcional, «l'épatant».

Y cuando en un vasto atrio encontramos la mesa preparada como en el «Café Anglais», y dos sirvientes senegaleses con delantal blanco, y una sopa caliente y caviar, él se hallaba satisfecho como si hubiese llevado a cabo un milagro de organización.

La granja tenía un solo piso; estaba formada por un atrio y un galpón amplísimo y sonoro como el pórtico de un claustro.

¿Garage? Ningún olor a aceite mineral...

¿Invernáculo? Todo alrededor el campo tenía un aspecto escuálido.

Por el techo de cristal filtraba el silencio claro y templado del mediodía, caricia de la piel, del oído, del espíritu. Mas para aguarnos la fiesta, el macizo Roziére sentenció:

— Estamos todos cinco años más viejos, por lo menos... — Nos miramos iluminados por el reflejo blanco del mantel...

En el campamento «no teníamos tiempo».

Entrando de nuevo en la vida cómoda, en las costumbres burguesas, parecíamos cubiertos por la vejez del lodo...

Pero en torno de la mesa puesta, después de una eternidad de vida salvaje, encontrábamos de nuevo las sensaciones de otrora, queridas, un poco veladas, como el retorno al hogar tras largos años de ausencia...

¡Quién se acordaba de la tempestad humana, que gemía hacia el oriente, en aquella atmósfera perfumada por el aroma sacro del café que filtraba!

El taller, vacío y frío, se animaba lentamente de calor, de imágenes evocadas, veladas por el vino rojo. El alma deshacía su mortaja de hielo.

Era nuestra sensibilidad pomeridiana abandonada, que de nuevo volvía; aquella necesidad de confidencias que nos asalta al final de una buena comida, nostalgia de cosas pasadas, optimismo, recuerdos de los seres queridos, viejos ensueños que son la característica de las digestiones fáciles.

— Sin hablar con ninguna mujer desde hace cuatro meses, no siento más perfume de rosas primaverales... — acababa de decir Leclós.

— ¿Y usted, Bussac?

— ¿Yo?... ¿Qué cosa, señor coronel?

— ¿Cómo?... ¿Qué cosa?

— Estaba absorto el pequeño, — comentó Roziére.

— ¿Qué era lo que usted echaba más de menos en las trincheras?

— ¡Ah! Señor coronel... mi platea de la «Comedia».

— ¿Está usted abonado?

—No; me la ofrece un amigo. De Mion...

— ¡Oh! El crítico de «L'Eco»...

— Mujeres, teatros, críticos... Existen todavía. — Volvíamos de nuevo a la vida interrumpida...

Una vez entrados en argumentos de arte, el coronel hizo algunas observaciones interesantes.

— ¡Cómo! ¿No habéis visitado nunca la sala de los Rubens? — preguntó a Roziére. — Os llevaré algunos de estos días en París.

Y buscando de cuando en cuando una aprobación, evocó aquellas telas luminosas, en las cuales parece que el Otoño y la Lujuria juntos, hayan generado frutos de carne y oro. Y tratándose de un viejo y huraño jefe, esto también era «epatant».

— ¡Y pensar que habríamos podido morir sin conocerlas!...

— Bien dicho, Roziére...

De repente apoderóse de todos nosotros un tormento de ver, un deseo de conocer, una exigencia de sensaciones, ya que aquello que habíamos probado — arte, mujeres, tristeza — no nos satisfacían más.

— ¿Dónde pararemos?

—En la «Cruz de Malta»... óptima cocina...

— ¿Vuestra mujer os esperará impaciente, Roziére?

— Así lo espero...

— ¡Ah! ¿Sois pintor? Mi hijo tiene mucha afición por el dibujo: es mi retrato, que el pequeño garabateó. — Así diciendo, el grueso y pacífico Roziére me alargó un papel amarillento...

El coronel, como todos los hombres de armas en ocaso de la vida, se excitaba con estas frases de batalla aplicadas al amor.

El «aveva il vino amoroso» y a las palabras de Leclós prorrumpió en una carcajada demasiado sonora.

A su risa hiriente contestó un ruido horrible de trueno, que hizo temblar la casa; el techo de cristales se quebró en una lluvia menuda de vidrios azulados y nos envolvió una nube blancuzca de cal.

De un salto estuvimos de pie, en posición de firmes, inmóviles... Un obús había caído a cincuenta metros apenas de la granja.

Los caballos huían entre un remolino de cosas rotas y el cielo desnudo y sereno; por la abertura de la vidriera despedazada, venía ahora el viento templado del otoño a levantar y sacudir levemente el mantel manchado de rojo...

— ¿Alguien está herido? — preguntó Sembat.

— ¡No!

La jarra volcada ensangrentaba la mesa, y en el silencio se sentía el ruido monocorde e imperceptible del vino que se derramaba en el mantel lentamente, mientras la jarra se vaciaba como un cuerpo, perdiendo la sangre por la garganta, poco a poco.

— ¡Sentaos, señores!...

Uno de los senegaleses había desaparecido... El otro estaba inmóvil, sosteniendo la máquina de café, plateada, que el sol encendía como una lámpara.

Del "DIARIO DE UN CAIDO"

Leclós, para darse importancia, encendió un cigarrillo.

El coronel me miraba fijamente — yo era el más joven — con un aire indeciso de piedad y de desprecio. Mas, él no pudo leer mi pensamiento. Sentía solamente una especie de vértigo y de inestabilidad, como cuando uno sueña trepar a una escalera de mano, altísima y poco segura...

— ¡Slakis! — llamó él, dirigiéndose al senegalense.

Pero su voz fué cubierta por el ruído ensordecedor de otro trueno, que me dió un golpe en el estómago...

Un segundo obús: esta vez a la derecha de la granja...

Un grito de hombre, cruel y lacerante como el aullido de un perro herido y el ruído confuso de postigos, cubiertos... calma...

— ¡Slakis, no os mováis! — gritó el coronel.

Esta orden indirecta nos clavó en nuestros asientos.

— Estamos «encadrés», — observó Roziére.

Esta palabra es una sigla fúnebre; significa que la batería enemiga ha descubierto el blanco y ajustado el tiro; un proyectil más o menos, quizás el tercero... y todo habrá concluído.

¿Concluído? ¿Así? En el momento de la liberación. ¿Concluído? ¿No más movimientos de frente, notas características, cuadros de Manet, lamparillas eléctricas, razas, Inglaterra? ¿No más boulevards Pereire, mamá, mamá, letreros de hoteles, mujeres pintadas, celos, telas azules, sucias de lodo, de sudor, de sangre? Concluir... sin defendernos... materia sin nombre en el espacio azotado por el proyectil...

Porque para *Ella* lo que cuenta es la encrucijada del camino, la cuesta del monte. El hombre es este, es el otro. No importa. Ella destruye y ríe: la Muerte.

— ¡Slakis! ¡Servidnos el café!...

Se vió entonces a este gigante de bronce, casi velado por el humo sutil de las tazas llenas del café hirviente y aromático, adelantarse solemnemente como un sacerdote. Era un prodigio de equilibrio y religiosidad...

¿Concluir? ¿El también? ¿Y en aquella postura, por toda la eternidad?

Quería interrogar a Leclós; mas él miraba a lo alto, absorto, y su labio rasurado temblaba como la piel de un caballo mordido por las moscas.

Roziére contemplaba fijamente el retrato de su hijo.

— Por lo menos — sentenció Sembat, — el que de nosotros sobreviva podrá contar como mueren los soldados de Francia.

— ¡Mas esta es una muerte estúpida! — yo estaba por gritar, cuando la mirada del coronel se posó nuevamente sobre mí y me contuvo...

Yo también era la víctima de aquella mirada y de aquella voluntad. ¿Tenía él derecho a sacrificarnos así? ¿Era eso heroísmo? Yo me rebelaba...

Mas, había alguna cosa más fuerte que todo mi tormento, que todo aquel siniestro relampaguear de mi voluntad... Y era el espíritu de la guerra, el curioso, el cruel y magnífico espíritu, quien, más fuerte que el instinto, enrevesaba nuestras ideas, mi lógica de la vida; espíritu de obediencia y de sacrificio, la más bella superstición, el más loco martirio.

¿Era esto un horrible experimento o un estrago inútil? ¿Un episodio más... que ninguno habría nunca conocido exactamente, porque el obús, el tercero — quizás en camino, — nos iba a segar, a despedazarnos?...

A este pensamiento trataba de hacerme más pequeño, de encerrar mi propia vida... Mas, con dignidad, bebiendo el café lentamente...

Sorbía a pequeños tragos, teniendo la taza con la mano izquierda, para dejar la mano derecha, para defenderme, para llevarla al corazón, a la boca...

¿Cuánto duró la agonía?

Ninguno de nosotros puede decirlo.

— Y ahora vámonos — dijo dulcemente Sembat, que concluía, por fin, de beber su café. — ¡Sería estúpido dejarse matar de este modo!

El se sentía feliz. Después de todo, la aventura era «épatant»; es decir, un poco heroica, un poco loca. Podía hacer buen efecto contada de sobremesa.

Y Sembat, como todos «les arrivés», amaba mucho estas cosas extrañas.

ACHILLE RICCIARDI.

DIBUJO DE CENTURIÓN.

Quintas históricas

DON TOMÁS GOWLAND CHAMBERLAYNE, HIJO DE UNO DE LOS FUNDADORES DE LA «TRINITY HOUSE» DE LONDRES. RETRATO POR RAEBURN.

SARA PHILIPPS, DAMA INGLESA, CASADA A FINES DEL SIGLO XVIII CON DON TOMÁS GOWLAND. ÓLEO DEL MISMO AUTOR, HECHO EN 1798.

Desde principios del siglo XVIII se generalizó entre la buena sociedad porteña la costumbre de veranear en las afueras de Buenos Aires. Durante los meses del estío, las familias se trasladaban invariablemente a sus casas-quintas, situadas sobre las barrancas pintorescas, a orillas del río, o en otros sitios más o menos distantes del radio de la ciudad. Estas casas, rodeadas de jardines, eran de sencilla construcción; amplias y cómodas, se componían por lo general de un solo pabellón encalado, con rejas de hierro en los muros, y al frente una nave con columnas, al modo de las clásicas viviendas romanas. En su conjunto llevaban impreso el carácter barroco de la época, que tanto se generalizó en las construcciones americanas de la colonia.

Las quintas pertenecientes a familias de calidad, estaban alhajadas con todo el aparato que solía acostumbrarse en aquel tiempo; salas de tertulia, muebles de caoba y jacarandá, camas con dosel, sillas de pies curvados y pequeños espejos de cornucopia; el estrado también se usaba, aunque era predominio tan sólo de las personas consideradas de abolengo. Se componía de un sofá y dos sillones, por lo general de madera dorada o maqueada, puestos sobre tarima con antepecho o baranda de sencillos adornos. El estrado fué, durante la colonia y aun después, lugar de privilegio reservado a las más altas autoridades y gentes de especial consideración. Cuando llegaba a una de estas moradas el virrey o el gobernador, era recibido por los dueños con grandes honores, y ofreciendo el brazo a la señora de la casa, se dirigía hasta el estrado, seguido por los demás acompañantes. La numerosa servidumbre de entonces estaba constituída por esclavos de ambos sexos, que hacían las más duras faenas, desempeñando los de más confianza cargos como el de mayordomo, doncellas y amas de compañía.

QUINTA DE GOWLAND, ADQUIRIDA POR DON TOMÁS, AL INSTALARSE CON SU FAMILIA EN BUENOS AIRES, EL AÑO 1812. DURANTE LA ÉPOCA DE ROZAS, LA MAZORCA TENÍA INSTALADO UN PUESTO JUNTO A LAS TAPIAS EXTERIORES, DONDE SE CUMPLÍAN LAS ÓRDENES DE FUSILAMIENTO, EN LAS PERSONAS DE LOS UNITARIOS.

REJA Y GALERÍA EXTERIOR DE LA QUINTA, QUE TIENEN IMPRESO TODAVÍA EL CARÁCTER DE LA ÉPOCA COLONIAL. EN LOS JARDINES SE CONSERVAN LOS MIRTOS Y ARRAYANES QUE FUERON PLANTADOS HACE CERCA DE UN SIGLO, Y QUE POR LAS DIFICULTADES DE SU CRECIMIENTO, PUEDEN CONSIDERARSE COMO ÚNICOS EN BS. AS.

ALGARROBO GIGANTESCO BAJO EL CUAL CONFERENCIARON, EN 1818, EL DIRECTOR DE LAS PROVINCIAS UNIDAS, DON JUAN MARTÍN DE PUEYRREDÓN, Y EL LIBERTADOR DON JOSÉ DE SAN MARTÍN.

Para dar una idea de las comodidades que disfrutaban aquellas generaciones, basta saber que la plata, traída del Perú en grandes cantidades, era utilizada con preferencia en las vajillas y servicios de comedor, braseros, vasos de noche, safas, utensilios de tocador, etc. Hoy mismo nos sorprende el arte con que estaban trabajados algunos de esos objetos, que de vez en cuando solemos ver en iglesias, museos y casas particulares.

Entre las quintas que todavía conservan su aspecto primitivo, la de Gowland es una de las más evocadoras. Fué adquirida en los primeros años de la pasada centuria por don Tomás Gowland Chamberlayne, fundador de la familia de este apellido en Buenos Aires. Llegó al Río de la Plata el 28 de junio de 1812, junto con Sara Philipps, su esposa, y cuatro hijos; el mayor de ellos, Daniel, colaboró más tarde en el progreso económico del país, siendo fundador de la Bolsa de Comercio y del primer ferrocarril argentino (1852). Establecido en la casa que mencionamos, allí pasó su vida; tuvo gran prestigio social, y fueron contertulios en su quinta el general Urquiza, Vélez Sarsfield y Mitre. Este último, con motivo de su muerte, acaecida en marzo de 1883, le dedicó en «La Nación» un largo y sentido artículo necrológico, recordando su actuación y las obras que llevó a cabo en beneficio y progreso de la república.

Sus descendientes recuerdan siempre el hecho impresionante que sorprendió a don Tomás Gowland el día que desembarcó con su familia en Buenos Aires. Al llegar a la plaza llamada antiguamente de la Victoria, vieron

VISTA GENERAL DE LA CASA-QUINTA QUE FUÉ DE LA FAMILIA PUEYRREDÓN. EN ELLA MURIÓ DON JUAN MARTÍN, PRIMER DIRECTOR DE LAS PROVINCIAS UNIDAS DEL RÍO DE LA PLATA, DURANTE EL PERÍODO DE SU INDEPENDENCIA (1816).

expuesto al público el cadáver de aquel hombre íntegro que se llamó don Martín de Alzaga, sacrificado en aras de su fidelidad a la causa realista.

Las otras quintas que publicamos se encuentran en el aristocrático pueblo de San Isidro, que fundó en agosto de 1706, y en los parajes de don Gonzalo de Zárate, el capitán Domingo de Acassuso, natural de Madrid. La primera es la llamada de Pueyrredón, por haber vivido en ella el general don Juan Martín, desde principios del siglo XIX. Cuando las invasiones inglesas, se organizó en su recinto una sección de caballería, compuesta por cien jinetes de San Isidro, que ayudaron a las tropas comandadas por Jacques de Liniers en la defensa de Buenos Aires. La sanción popular los bautizó luego con el nombre de «Húsares de Pueyrredón».

El edificio se encuentra en el mismo estado de conservación que cuando lo habitaba su antiguo dueño, hallándose sobre la barranca, próximo a la orilla del río. En este poético retiro, el general pasaba gran parte del año, haciendo sentir su patriótica acción llena de altruísmo y eficacia.

DOÑA MARÍA SÁNCHEZ DE VELASCO, DE THOMPSON; DESPUÉS, DE MANDEVILLE. MINIATURA DEL MUSEO HISTÓRICO (1837)

Cuenta la historia que desde 1813, empezaron a celebrarse en esta quinta las deliberaciones que tenían como fin cruzar los Andes, con un ejército que facilitara la completa emancipación de Chile y el Perú. El proyecto fué discutido por más de dos años, interviniendo en las consultas, a más de Pueyrredón y San Martín, el general Soler, el poeta Luca y algunos otros patriotas. Frente a las columnas del pórtico existe aún el algarrobo gigantesco bajo el cual se celebró la histórica conferencia de 1818, después de haber sido coronada por el éxito la independencia de Chile. El general Pueyrredón fué el primer director Supremo de las Provincias Unidas, designado por el Congreso de Tucumán en marzo de 1816. A su fallecimiento, acaecido el año 1850, su hijo don Prilidiano solicitó de la policía de San Isidro permiso para conducir el cadáver en su carruaje particular, al cementerio de la Recoleta. Eran los días de Rozas. El jefe del Departamento, don Juan Moreno, rechazó la petición, como lo había hecho anteriormente con el brigadier don Miguel Soler, alegando, «que el vecino don Nicolás Mariño, fallecido pocos días antes, no había tenido otro vehículo que el carro pintado de rojo (coche fúnebre), y por consiguiente, don Juan Martín de Pueyrredón, que no era mejor que Mariño, bien podía ser conducido del mismo modo.»

ANTIGUA PUERTA DE CUARTERONES, CONSTRUIDA EN 1790; COMUNICA CON LOS JARDINES, EN LA CASA DE LOS SÁNCHEZ DE VELASCO.

La última de las quintas fué habitada por Misia Mariquita Sánchez de Velasco, casada en primeras nupcias con Míster John Thompson, inglés, y en segundas con M. de Mendeville, ministro de Francia en la época de Rozas. El nombre de esta dama, por muchos títulos ilustre, es mencionado preferentemente por los cronistas de la independencia y tiempos sucesivos. Sus fiestas y saraos siguieron en importancia a los celebrados por la familia de Escalada; tanto en unos como en otros se congregaban las personas más representativas de aquella generación de patriotas. Misia Mariquita (como se la llamaba comúnmente) fué de las que fundaron la «Sociedad de Beneficencia de la Capital». Con este carácter patrocinó algunos movimientos patrióticos, bien costeando armas para los soldados que defendían la causa libertadora, o bien organizando comisiones de auxilio para los enfermos y heridos.

Don Cecilio Sánchez de Velasco, padre de doña María, compró en San Isidro la quinta a que hacemos referencia, y los terrenos adyacentes, a los herederos de don Pedro de Olivares, excluyendo el rancho o vivienda de su hijo, con la tierra que lo rodeaba. Los esclavos entraron en la venta, fijándose como punto de mensura para la enajenación, el altar mayor de la iglesia hasta una legua de fondo. Dentro de la propiedad estaba el conocido paseo de los tres ombúes, desde cuya balaustrada se descubre uno de los paisajes más hermosos y típicos de la ribera, siendo lugar predilecto de las familias durante los meses de verano. Cuando vivía Misia Mariquita en San Isidro, su casa era frecuentada por los diplomáticos y políticos, siendo las veladas con que solía obsequiar a sus relaciones, las que más han perdurado, según sus cronistas, en los hogares argentinos. La casa que poseía en Buenos Aires fué uno de los centros más requeridos por las buenas familias, y hasta los extranjeros distinguidos que llegaban al país, acudían a ella para poder ingresar, bajo su presentación, en la sociedad bonaerense.

RETRATO DEL PRÓCER DON JUAN MARTÍN DE PUEYRREDÓN, HECHO EN EL AÑO DE 1823. MINIATURA DEL MUSEO HISTÓRICO.

Entre los contertulios de la quinta, figuraban personalidades como Rivadavia, Mansilla, Escalada, Sarratea, Alvear, Lezica, Balcarce, San Martín, Sáenz-Valiente, Pueyrredón y otros, que en amable conversación y amparados en la hospitalidad de la noble dama, resolvieron más de una vez asuntos de importancia para el país.

Doña María Sánchez de Velasco ha dejado el recuerdo de su sociabilidad y distinción, quedando como la figura más representativa de una época, que se caracterizó principalmente por el trato sincero, la amable sencillez y una muy aristocrática delicadeza en las costumbres.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.

QUINTA LLAMADA «LOS TRES OMBÚES», EN SAN ISIDRO. PERTENECIÓ A DOÑA MARÍA SÁNCHEZ DE VELASCO, DAMA PORTEÑA CELEBRADA EN LAS CRÓNICAS DEL PASADO SIGLO, POR LA SUNTUOSIDAD Y ELEGANCIA DE SUS SALONES.

LA RASTRA DE LEÑA

ÓLEO DE FADER.

VIDA SOCIAL
KERMESSE DE BENEFICENCIA

Los VALIENTES y la CIVILIZACION.

Por LUIS G. URBINA.

Me cuenta un amigo muy ilustrado y muy observador, que acaba de llegar de Europa, que en cierta ocasión, narrando sus impresiones de viaje y alabando a más no poder la corrección y cultura con que caminan los transeuntes por las vías públicas de aquellos enormes centros de población, se vió interrumpido, en lo más culminante de su relato, por la voz de uno del auditorio que le preguntaba en un tonillo entre agrio y burlón:

— Bueno; y cuando alguien tropieza con otro y lo empuja, o lo pisa, ¿qué hace el ofendido?

— Pues nada — contestó mi amigo imperturbable; — allá no hay quien haga caso de estas puerilidades; allá nadie se ofende por estas pequeñeces...

— ¡Ah, ¿con qué no se ofende nadie? — replicó el interrogador; — entonces en Europa habrá mucha civilización; pero de seguro que no se conoce lo que aquí derrochamos a manos llenas: el valor.

Y en el corrillo de oyentes se percibió un murmullo de aprobación y hasta un ¡viva! semiahogado entre un coro de risas aturdidas.

Mi amigo, impávido, encogióse de hombros y se contentó con exclamar sin alterarse:

— En efecto; por aquellos rumbos se puede vivir con entera tranquilidad: no hay valientes.

Esta breve interrupción, recibida con muestras aprobatorias por un grupo de mexicanos de buena cepa, da idea de una de las más notables «características» de nuestro modo de ser social. Aquí, esta planta del valor se desarrolla con una lujuria tropical; crece por todas partes; invade, como las malezas, todos los terrenos, y, a manera de esos misteriosos arbustillos de la India que, al conjuro de los brahmines, toman corpulencia y se convierten, en un instante, en añosos y seculares árboles a impulso de una pasión cualquiera, por el motivo más insignificante, por la más fútil causa, vemos tomar a nuestro valor, mezquino al parecer, porciones gigantescas, contornos heroicos, amplitudes homéricas, y llenar el espacio con la pompa de sus florecimientos.

Sólo que nuestro valor, de que tan satisfechos nos mostramos, es un signo evidente de nuestro retraso, de nuestra poca cultura y de nuestras viejas y arraigadas preocupaciones.

El valor personal de que nos jactamos es, efectivamente, inútil y, más que inútil, perjudicial en la vida moderna, donde cada individuo tiene garantizada su existencia por la colectividad; donde hay un gendarme a cada paso para evitar las agresiones y cuidar los intereses; donde hay reglamentos que marcan a cada cual su norma de conducta; donde hay un código que prevee y castiga los delitos, y un juez encargado de aplicar esas penas; donde, por último, la masa auxilia y protege a las unidades sociales de que se compone, a menos de perecer en la disgregación y en la anarquía.

El valor civilizado es el valor civil, el que cada hombre debe tener para responder por el resultado de sus actos, a la vez que para juzgar de los actos de los demás; el valor que un tribuno o un escritor muestran cuando, sin miedo a las locuras de la opinión pública, exponen, contra viento y marea, una íntima y profunda convicción arraigada en el fondo de su conciencia.

El valor civilizado es el que se adquiere por una larga educación del sentido moral y que tiene por fundamento el deber; un militar en un campo de batalla, un pensador en una cátedra, el sacerdote defendiendo su fe, el político defendiendo su partido y sus ideales.

El valor civilizado es la idea del deber puesta en actividad. El valor personal es una reminiscencia de la selva: pertenece al tiempo en que el hombre, para vivir, necesitaba salir de su caverna dispuesto a entablar una lucha cuerpo a cuerpo, a fin de procurarse la satisfacción de una necesidad o un deseo.

Mientras entre nosotros tenga panegiristas ese valor callejero del pisotón, estaremos un poco lejos de la cultura todavía, y, al contrario de lo que pensaba el interruptor de mi amigo, tendremos muchos valientes; pero no mucha civilización.

DIBUJO DE PELÁEZ

DE LA COLECCIÓN DEL SEÑOR JOSÉ MARÍA MÉNDEZ.

ZAMPOGNARO

ACUARELA DE BENEDITO.

AVGVSTO RODIN

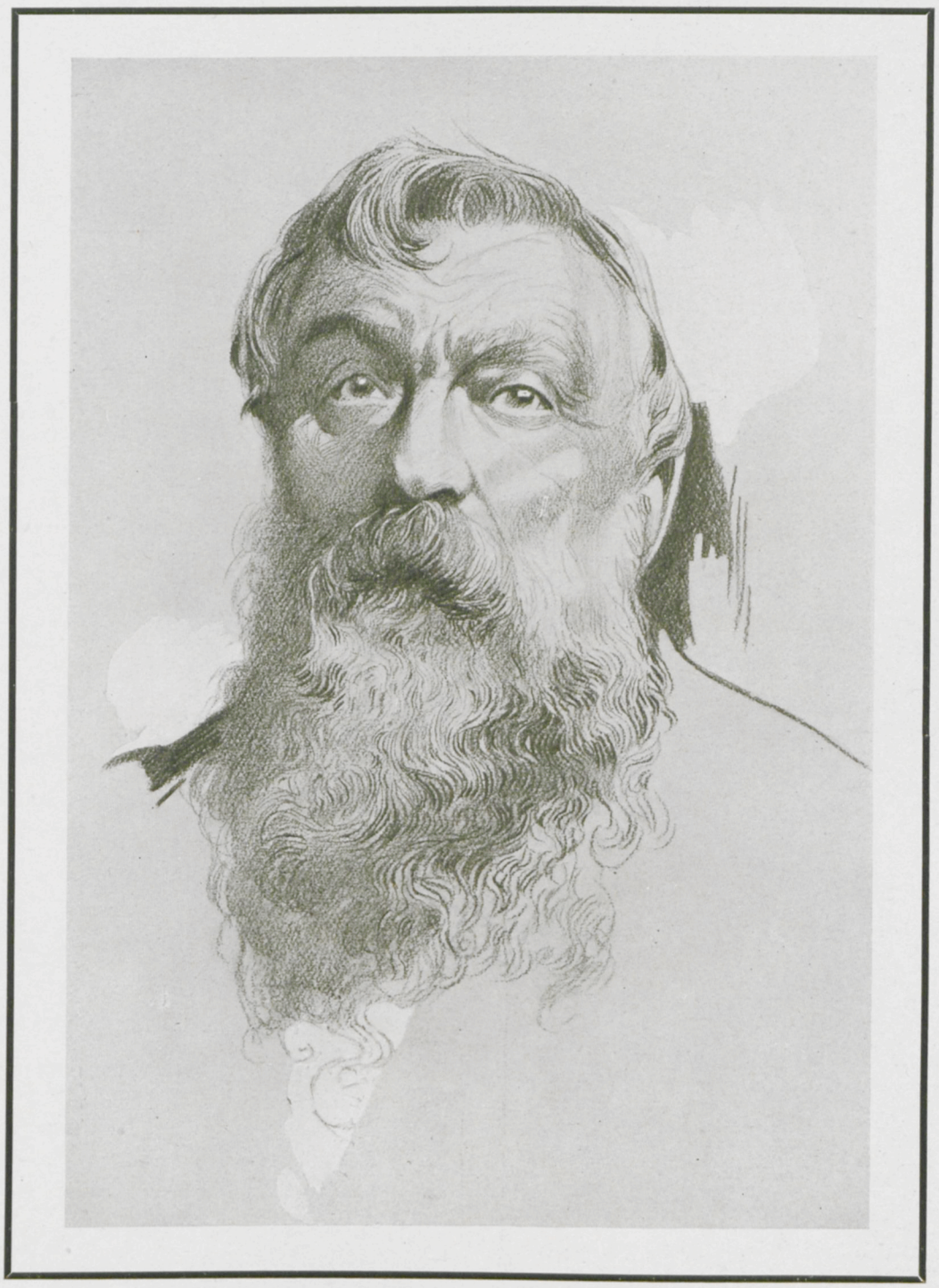
Tenía los sentidos tan agudamente curiosos que, siempre, cuatro de ellos escudriñaban la belleza agolpándose al ventanal del otro sentido. Así, su mirar era táctil, auditivo, olfatorio, catador. Y palpaba las sombras, como los ciegos; olía la vida, como los lebreles; gustaba el perfume, como las abejas; veía lo ignoto, como un dios.

El degenerado linaje estatuario necesitó un nuevo diluvio y un nuevo Deucalión, porque a fuerza de recopiadas las formas clásicas habían caído en la chabacanería linda. Las Venus y los Apolos, las Repúblicas y las Famas, eran ya, salvo sorprendentes excepciones, maniquíes inánimes. El basamento y sus adornos habían triunfado de la estatua, igual que en los monumentales dulces de bodas y bautizos; el cincel era un lustrauñas.

Rodin fué el destructor y el creador esperado. Y la estirpe estatuaria quedó sumergida bajo las aguas limosas, y del limo surgieron las nuevas estatuas amasadas por el pulgar del escultor parisiense.

No pidáis a ese novel pueblo de barro, bronce y mármol que sea bonito, pulido y agradable. Mujeres y hombres toscos, inconclusos, que ensayan posturas raras; humanidad parecida a la prehistórica, que es a las imágenes futuras como el antropopiteco es a nosotros. Un dios, mejor dicho, un demiurgo, por más providente que sea, esboza a la hora sacra de crear. Por eso, no busquéis bajo el cuero cabelludo de «El hombre de la nariz rota» la calavera de Dante, sino el cráneo de Nerdenthal, ni en cuerpos primitivos gracia muñequeril.

Los descendientes de la raza rodiniana — la imitación la está haciendo prolífica — han de perder poco a poco la rudeza, y el tiempo los pulirá hasta conseguir que a los futuros adoradores de lo bonito les agraden.

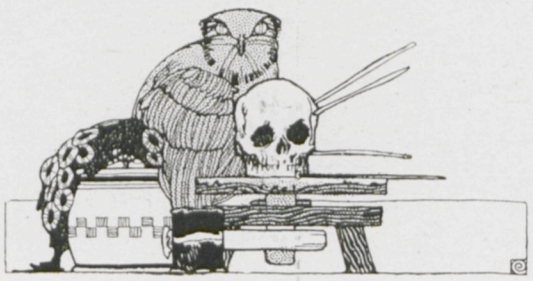


Esta humanidad tiene todas las características de lo imperecedero. Fué creada genialmente, en muchos años de inspiración (1864-1912) con inextinguible ansia de paternidad. Una anécdota explica la magnitud de ese fértil furor: La villa de Calais quiso erigir una estatua a Eustaquio de Saint-Pierre, heroico ciudadano que se ofreció en rehén para salvarla de las iras de Eduardo III. El precio de la obra era el de quince mil francos, y se la ofrecieron a Rodin. Al estudiar éste el tema, supo que el monarca inglés había pedido y conseguido seis víctimas, y que, por lo tanto, fueron seis y no uno los heroicos mártires. «Rodin se entusiasmó: — dice Gustavo Coquiot — no representará *un* burgués de Calais; hará *seis*. Esos héroes están unidos; es imposible separarlos. *Seis*, por el precio tratado. El señor Gaucher supo la decisión formal de Rodin. Ambos se encontraron de nuevo. Gaucher se burlaba: «¡Esto es imposible!

¡Seis! ¡Entonces... esto es una «pichincha»! Rodin mantuvo su voluntad: «Modelaría *seis* burgueses; ni uno menos. Y se retiró. Inesperadamente, como si se tratara de un enorme trabajo suplementario que él debiera ejecutar, el director de *L'Art* se irritó; y, al día siguiente, contaba lo sucedido, por todos lados, a todo el mundo: «¡Qué torpe es este Rodin! ¡Le encargué una estatua y quiere hacer seis por el mismo precio! ¿Cómo quiere usted que yo le saque de la miseria?»

«Odio la usata poesia», gritó Carducci. Rodin también odió la escultura al uso, la que «senza palpiti sotto i consueti amplessi stendesi e dorme.»

Y este odio le acarreó el odio artístico-comercial de los marmolistas, de los broncistas, de los alfareros. Hablaron de Rodin como se habla de los alfareros, de los broncistas, de los marmolistas. Y él, sin contestar, daba nuevo y más firme temple estatuario al bronce y más calor al frío mármol.



El público fué acostumbrándose a la audacia, a la rudeza de aquellas obras, y el encanto del genio hizo nuevamente un prodigio. «Jean Dolent escribía a Rodin: —atestigua M. Yvanhoë Rambosson — «Ribot tiene en su casa un busto de usted. Me ha dicho: «Es hermoso como un antiguo». Al lado de este precioso testimonio de Ribot ¡qué valen las vociferaciones de los enterradores de obras maestras! Ribot es un maestro que ofrece su homenaje; pero otros más jóvenes, sienten despertar su entusiasmo ante las obras de Rodin. Rodin trae al mundo del arte la verdad vuelta a encontrar. Su influencia iba a ser decisiva, y Etcheto podía decir en una de sus cartas: «En vuestro taller yo he visto claro». Luego añade Rambosson: «He demostrado hasta ahora en la obra del maestro la comprensión especial del modelado y la justeza de los volúmenes, la ciencia de la luz. Estas cualidades se completan por la sinceridad de los movimientos.»

Muchas veces se han atribuído a Rodin opiniones adversas al clasicismo escultórico. Leed lo que el maestro escribió a propósito de la divina estatua de Milo:

«¡Sublime orgullo del mármol! ¡Vida tranquila del alma corporal! La naturaleza es una armonía ininterrumpida.

Contemplad a la Venus por el perfil que queráis. Lo que admiraremos inmediatamente es de una belleza que llama, que impone, la idea de lo eterno; más cambiad de sitio: he aquí otro perfil igualmente marcado con el sello de lo imperecedero. Todos ellos solicitan la admiración y la ternura, son dichosos, están a sus anchuras en el aire calmo.

Esta figura tiene la variedad y la libertad de una flor, y el artista, atentamente inclinado sobre ella, se incorpora, religioso: ha oído hablar a Venus.

Yo giro en derredor de ella; he aquí otro perfil; yo miro el rostro. Hay sombra en esta boca; poco antes no la había; al dibujo se ha añadido el modelado, y las líneas que dudaban se deciden. El borde de los labios es un poco orlado, el de la nariz también; son los signos de la juventud. Esta boca es un dibujo de escuela, pero ejecutado sobre un plan de maestro. Sería un error buscar las comisuras de los labios. Todo está en el plano de la cabeza, de la mejilla. Esa mejilla, que se me aparece en perfil perdido, esa mejilla es toda la Escultura, así como una virtud es toda la Virtud. ¡Oh boca tan sencilla, tan natural, tan generosa! ¡Encierra ella millares de besos! Imposible resulta escapar a su encanto. El más ignaro de los visitantes quedará prendado. ¡Cómo se advierte tan bien que la mujer posó para la divinidad! El alma de las formas respira en la vida profunda de ese cuerpo palpitante. Yo veo su magnífica armadura de huesos, de la misma manera que veo sus pensamientos. ¡Toda esa gracia, oculta y presente, tan fuertemente organizada! ¡A través de esa forma dulce como la miel, donde el ojo no sorprende ni negros ni brillos, pero donde la vida se desliza sin vaivenes ni sobresaltos, clara como el agua viva, se siente bien la resistencia de una firme y poderosa osamenta!»

Caricaturistas norteamericanos

Todo el mundo conoce a estos dibujantes por sus obras traducidas y arregladas para todos los públicos infantiles. Los niños argentinos han reído las hazañas de los héroes cómicos que estos reyes del lápiz supieron inventar. Ahora conocerán de nombre y de vista a los autores predilectos.

Para chiquilines de edad y muchachos de espíritu, han sido dibujados los monos que caricaturizan la figura humana, excitando la risa del lector. Grandes diarios norteamericanos aprovechan el asueto de los domingos para publicar a espaldas de la escuela esos dibujos donde el humorismo y la pedagogía se dan un abrazo.

Los antiguos dómines no transigían con otra caricatura y otro mono que el gorrete exornado con luengas orejas de asno, colocado sobre el más o menos duro cráneo del alumno díscolo o torpe. La clase era un templo triste, un valle de lágrimas, lugar alejado de la alegría retozona y franca. Y a hurtadillas del maestro, los muchachos reían, o se vengaban de él dibujando ingenuas caricaturas del dómine sabio e iracundo.

Después, vinieron aquellas aleluyas toscamente grabadas, donde el pareado ripioso explicaba las empresas de «Perico el gordo», las excelencias de Jauja, o los desatinos de «El mundo al revés».

BUD FISHER

BUD FISHER principió a dibujar orlas para fotografías en San Francisco, en 1905, por 15 pesos a la semana. Tenía veinte años y temperamento de artista. Estuvo un año en la Universidad de Chicago. De las orlas pasó a las ilustraciones de hechos del día. Ha creado Mutt y Jeff, y ahora trescientos diarios no podrían vivir sin Mutt y Jeff, que valen más dinero que cualquier cuadro del Museo Metropolitano de Arte.

Bien pronto, las revistas de hombres se vieron precisadas a conceder un sitio para solaz de los lectores menudos. En Europa y América se llegó a imprimir gran progreso a tal rama de las bellas artes.

Norte América es la Jauja de los humoristas del lápiz. Allí, el ilustrador que acierte a lanzar uno o varios tipos populares, gana una fortuna. La vida y hazañas de esos personajes caricaturescos, contadas incansablemente durante años y años, encuentra un público más incansable aún. Y este divino tesoro de la risa infantil es un valor cotizable en Bolsa, y produce pingües dividendos a las empresas y a los caricaturistas.

No se trata, pues, del antiguo tipo de artista bohemio que a fuerza de trabajo malganaba unos dólares: estos dibujantes son rentistas y se codean con lo más saliente de la sociedad norteamericana.

La labor que ejecutan, ¿es benéfica o malsana? Enalteciendo las travesuras de unos pilluelos o poniendo de relieve las tonterías de unos seres extravagantes, ¿se consigue inculcar nobles ideas en los cerebros de los hombres del porvenir?

BRIGGS

OUTCAULT

C. A. BRIGGS es el Mark Twain de los dibujantes cómicos. Ha vivido en muchas partes, pero nació en Reedsburg, en 1875. Dibujaba retratos en San Luis cuando, no se sabe por qué, resolvió hacer dibujos cómicos. Fué a Nueva York, y su serie «Skin-nay» gustó, y siguieron muchas otras, que también gustaron. Briggs es un artista en su interpretación de la vida. Naturalmente, tiene automóvil y pertenece a muchos clubs de golf. Su lápiz vale más de 50.000 dólares por año.

RICARDO FELTON OUTCAULT nació en Lamaitec, Ohío, en 1863, y treinta años después se hizo dibujante cómico. Es el decano de los caricaturistas. Los niños aplauden, comentan y ríen sus «monos» los domingos. En 1901 «Juanito y su perro», le hicieron ganar 250.000 dólares. Su retrato circula impreso en cien millones de tarjetas postales. Se ha puesto su nombre a vestidos, libros, muñecos, etc.

DIRKS

GOLDBERG

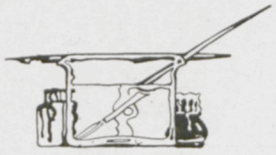
RODOLFO DIRKS, puede hablar del «divino arte de Velázquez». Siempre hay la seguridad de que hará reir. De un viejo libro alemán sacó, en 1897, la idea que desarrolló en el popular Katzenjammer Kios. Después, vinieron los célebres Hans y Fritz, y todo lo que ahora dibuja Dirks, hasta los cheques, tienen el aspecto de Hans y Fritz. Ha trabajado en los Estados Unidos y en Europa.

GOLDBERG empezó a dibujar en el Barrio Latino de San Francisco, cuando tenía cuatro años. Ahora tiene 32. En Nueva York ha ganado fama y dinero. Cerca de 250 diarios publican dibujos cómicos de Goldberg. Sus principales series han sido: «Cuestiones insensatas», «Phoney Films», «Estoy curado». Gana 20.000 dólares al año, y más, con sus dibujos. También ilustra libros.

STERRETT

TAD

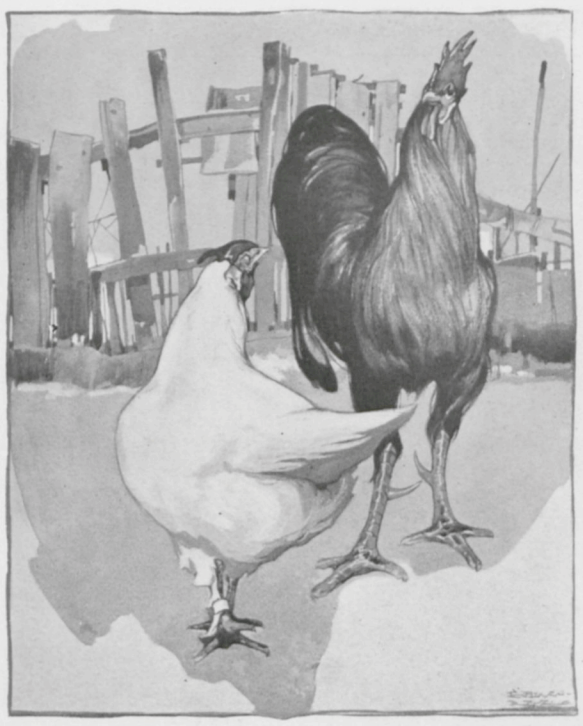
CLIFF STERRETT aparece en esta página en un automóvil que «Polly» le compró. Polly está en el rincón izquierdo, abajo, del cuadro, y también se ven los demás miembros de su interesante familia. Los lectores de más de 200 diarios conocen a Polly y su familia. Hace diez años, Sterrett llegó de Minesotta a Nueva York. Quería ser artista y resolvió dibujar. Ha ilustrado diariamente el *New York Herald*. No se preocupa del «arte por el arte». Quiere tener automóviles y otras cosas. Es autor de «Antes y después» y «Para eso tenemos hijas». Buena, limpia, materia prima de vaudeville. Polly y su familia han sido un gran éxito.



TAD, es el seudónimo «mayuscular», por decirlo así, de T. A. Dorgan. Nació en San Francisco en 1877, y durante un tiempo fué uno de los mejores ayudantes de caja de J. J. O'Brien. Después, fué empleado en un almacén. Copiaba a todos los artistas, de Miguel Angel a Gibson. Empezó a hacerse conocer como artista en el *Boletín* de San Francisco. Dibujó figuras de sport durante ocho años, hasta que el *Journal* le ofreció una regular suma para que fuera a Nueva York. Era en 1904. Se enorgullece de sus pronósticos sportivos. Sonríe, porque trescientos diarios le necesitan y le pagan con toda esplendidez.

Arte fotográfico

Preparativos de merodeo



COMO LOS HOMBRES

Un drama en el gallinero

EL PRIMER ACTO

Empieza a amanecer, y el gallo Calcuta que, como otras veces, ha pasado la noche sobre la carretilla del pasto, afuera del corral, se despierta de pronto. A su lado, duermen el sueño de sus miserias respectivas, sus dos eternos compañeros: aquel pobre pollito medio ciego y aquella vieja gallina siempre enferma, que no puede comer y que parece una bruja, bajo su negro vestido todo sucio. A él, por pendenciero, y a éllos por lástima, no se les deja dormir en el corral, y por eso pasan las noches juntos y el recio plumaje de color de cedro nuevo del bizarro gallo, se muestra siempre como un meteoro encendido, entre los fúnebres hábitos de aquellos dos miserables.

El cielo está lleno de estrellas y hay un silencio absoluto en el ambiente.

El Calcuta (*sacudiendo el rocío de sus plumas y mirando a lo alto.*) — Es muy temprano todavía; no es hora de cantar. (*Vuelve a echarse sobre el borde de la carretilla volcada y mira a sus dos compañeros inmóviles.*) ¡Pobres! ¡Cómo duermen! ¡Todo el mundo los pica! Yo no les tengo rabia... ¿por qué será? ¡Son tan infelices los dos! (*Bosteza profundamente.*) ¡Qué noche eterna, caramba! Nunca me ha parecido tan larga la noche. Tengo ganas de correr, de cantar, de pelearme con alguno, de que me saquen toda la sangre de las venas. (*Se vuelve hacia el pollito ciego, le mira y luego le pica.*) ¡Eh, idiota!

El Pollito. — ¡Ay, bárbaro! ¿Por qué me picas?

El Calcuta. — Para que despiertes; estás ahí durmiendo como un ganso...

El Pollito (*lleno de sueño.*) — Es muy temprano aún; déjame dormir... (*Esconde bajo el ala su cabecita pelada.*)

El Calcuta (*perverso y picándole de nuevo.*) — ¿Eh? ¿Qué es eso?

El Pollito. — ¡Ay, ay! ¡No seas así, Calcuta!

El Calcuta. — Oyeme, entonces; tengo ganas de hablar, de hablar con alguien, Pollito!

El Pollito. — ¿Por qué no despiertas a la vieja?

El Calcuta. — Porque no me da la gana. (*Hay un breve compás de silencio.*) ¿Has visto qué linda está la noche? ¡Cuántas estrellas!

El Pollito (*tristemente.*) — ¿Cómo quieres que las vea, Calcuta, con estos pobres ojos que tengo?

El Calcuta (*compasivo.*) — Es verdad, pobre Pollito. ¿Te duelen?

El Pollito. — No, ahora no; ahora sólo me duele cuando me pican la cabeza...

El Calcuta. — ¿Mejoras, entonces?

El Pollito. — Yo no sé que te diga; un día, no veo con un ojo, y al otro día veo con ese y no veo con el otro; yo no sé... Anteayer, el ama me puso un remedio que me hizo mucho bien... ¡Yo no sé! (*Hay un largo espacio de silencio.*)

El Calcuta (*soñador.*)—El ama te quiere; a mí no me quiere... ¿Por qué será, che, que a mí no me quiere el ama?

El Pollito. — Yo no sé. ¿Será porque le lastimaste al Brahama el día de tu llegada?

El Calcuta.—¡Ah, el flojo!... ¿No me provocó, acaso?

El Pollito (*displicente.*)—No sé, entonces...

El Calcuta. — Es un desgraciado el jorobeta ese; ¡le tengo un odio que no puedo ni verlo! ¡Una vez le arranqué una barbilla y le metí una puñalada en el cogote, que no te digo nada! ¡Ah! si yo pudiera agarrarlo. Pero es flojo y dispara como una gallina en cuanto me acerco. El otro día cantó junto a la tapia, cosa que les tengo prohibida a todos, porque aquí no debe cantar más que yo, porque soy el más valiente y...

El Pollito (*interrumpiéndole.*)—Yo no canto...

El Calcuta. — Ya lo sé; no lo digo por ti... Bueno; como te decía, le dí tal atropellada junto al cerco, que gritó como una gallina y se pasó a la casa de al lado.

El Pollito. — Sí, yo vi...

El Calcuta (*halagado.*) — ¿Viste?

El Pollito. — Sí, ¡cómo no!

El Calcuta. — Es un cretino el pobre, ¡un infeliz!... El hace el valiente, por la mañana, a través del cerco de alambre tejido y antes de que el ama abra el corral; pero después, ¡el diablo que lo alcance! (*Hay un nuevo compás de silencio.*)

El Calcuta (*sacudiendo el plumaje con aire indiferente.*) — ¿Qué te ha parecido la polla nueva, la que trajeron ayer tarde?

El Pollito (*indiferente.*) — Es blanca y parece gorda, ¿no?

El Calcuta. — ¡Qué bestia! ¿Nada más que eso? ¿No has visto nada más que eso? ¡Cómo se conoce que eres un chico y que no ves muy bien!

El Pollito. — No soy tan chico; me he quedado así por la enfermedad...

El Calcuta (*sin oirle, y soñador.*) — Es blanca, como las flores de esa planta que hay en el fondo, ¿qué? ¡mucho más blanca todavía! Tiene las plumas rizadas como si las manos del Supremo Hacedor las hubieran acariciado una por una... y un pico, y unas patas más amarillas que si fueran de oro! ¡Nunca en mi vida — y mira que yo he andado por lugares distintos — vi maravilla semejante! Te aseguro, Pollito, que ayer cuando la vi se me saltaba el corazón, como me salta cuando he peleado mucho...

El Pollito. — Advertí que hablabas con ella.

El Calcuta. — ¿Viste? Es cierto; pero no pude decirle nada. Era tan tarde y la encerraron en el corral en seguida.

El Pollito. — El Brahama la habló también...

El Calcuta. — Es cierto, pero es un imbécil...

(*Se oye aletear en el gallinero.*)

El Pollito. — Canta, Calcuta, canta, que va a cantar el Brahama!

El Calcuta (*irguiéndose con fiereza y sacudiendo las alas.*) — ¡Cuz-cu-ru-cú!

EL SEGUNDO ACTO

Ya hay sol en el corral, y el rocío brilla en los pastos roídos que pugnan por vivir entre las grietas del suelo.

Adentro, las gallinas que se agrupan en torno de un Brahama todo blanco, aguardan impacientes la hora del yantar. Entre ellas, está la polla nueva, y algo más lejos, tres jóvenes gallos renegridos cuyas rojas crestas oscilan sobre las cabezas erguidas, como grandes cimeras de combate.

El Calcuta, con su testa de buitre llena de sangre, pasea nervioso a lo largo del cerco, y en sus patas amarillas como las botas de ante de un mosquetero, lucen sus espolones como dos dagas. El Pollito ciego, trata de picar un hueso mondo, y la gallina enferma, va y viene, andando a trompicones. Empieza a hacer calor. En un reloj dan las seis, y aparecen en la huerta el ama y el muchacho. El cubo de la pitanza resplandece al sol como una fuente de plata.

Las Gallinas (*a coro y alborotadas.*) — ¡Ya vienen, ya vienen con la comida!

El Brahama. — No hagan bochinche, ¡caramba!

Las Gallinas (*a coro.*) — ¡A mí, a mí!

El Ama (*al muchacho, y señalando al Calcuta con el mentón.*) — Mira cómo se ha puesto... ¡Qué animal más odioso! (*El Ama tiene los brazos frescos y jóvenes al descubierto, y sus senos pujantes palpitan bajo el percal de su bata.*)

El Muchacho (*riendo.*) — Atropella siempre el alambre, para pelearlo al otro. ¡Es más toro!

El Ama (*abriendo con precauciones la puerta del corral.*)—Es el bicho más odioso que he conocido... ¡Con razón vinieron a regalarlo!

El Muchacho (*con convicción.*) — ¡Pero es muy lindo el Calcuta!

El Ama (*despreciativa.*) — Muy lindo, ¿pero qué hacemos con su hermosura? (*Arroja el primer puñado de un maíz que parece de oro.*) Es un animal odioso y pendenciero... (*Otro puñado.*)

Las Gallinas (*a coro.*) — ¡Más, más, más!

El Brahama. — ¡Despacio, despacio, bestias!

El Ama (*volcando todo el cubo.*) — Esta tarde felizmente van a venir a buscarlo...

El Muchacho (*consternado.*) — ¿Cómo, ama, lo va a dar?

El Ama (*pérfida y mostrando los dientes blancos en su sonrisa gloriosa.*) — ¡Ya lo creo! Se lo lleva doña Pacomia... ¿O te piensas, acaso, que voy a poner reñidero? Esa bestia no sirve para nada...

El Muchacho. — ¡Qué lástima!

El Ama (*abriendo la puerta y sin reparar en que el Calcuta se cuela en el corral.*) — Es un bicho perverso... Ahora me explico por qué ha andado por toda la vecindad, por qué no lo quiere nadie...

El Brahama (*viendo entrar a su mortal enemigo y huyendo desesperadamente.*) — ¡Ay, ay! ¿En dónde me escondo yo?

Las Gallinas (*a coro, por el Calcuta.*) — ¡Qué tipo audaz es ese!

La Polla Blanca (*sonrojándose, pero sin dejar de comer.*) — ¡Pero es simpático!

El Calcuta (*con un gentil pantallazo de ala.*) — ¡Oh, blanca virgen, luz de mis ojos!

La Polla Blanca. — ¡Sinvergüenza!

El Ama (*descubriendo al intruso.*) — ¡Ay, bestia odiosa, ya se metió!

El Calcuta (*a la Polla Blanca.*) — Sí, mi reina, mi cielo, mi ilusión; he pasado toda la noche sin poder dormir; te lo juro por mis espuelas de caballero y por mi honor de soldado!

La Polla Blanca (*bajando los ojos.*) ¡No te creo, mentiroso!

El Muchacho (*a el Ama.*) — Ahora la llama y le da maíz...

El Ama. — ¡Animal odioso! Esta tarde, verás de agarrarlo.

El Calcuta. — Mira, como, corazón, todo es para ti, para ti sola; yo no comeré nunca jamás después de haberte visto!

La Polla Blanca (*devorando los últimos granos.*) — ¡Mentiroso!

Una Gallina Vieja (*aproximándose solapada para pillar algún grano.*) — Cómo se conoce que la moza es linda y el mozo...

El Calcuta (*soltándole un picotazo.*) — ¡Arre, bruja!

La Gallina. — ¡Ay, ay, ay! ¡Maldito!

El Calcuta (*irguiéndose arrogante.*) — Mira, Pollita, yo soy todo tuyo, mándame, ¿qué quieres? ¿La sangre de mis venas? ¿Que me mate? ¿Que mate a todos éstos? ¿Que haga un desparramo?

La Polla Blanca (*mujer.*) — ¡Malo!

El Ama (*a gritos.*) — ¡Ah! ¡Chifi! ¡Animal inmundo! ¡No decía yo!

El Muchacho (*riéndose a desternillarse.*) — ¡Já, já, já!

EL TERCER ACTO

Languidece la tarde sofocante y pesada como una atmósfera de horno. El cielo se ve rojo por encima de la tapia que circunda el corral y los árboles inclinan sus hojas marchitas sobre la tierra calcinada y sedienta. Las gallinas, cansadas de espulgarse y de esperar más comida, se van desgranando poco a poco.

El gallo Brahama parece un santón de la India, con su blanco vestido y su quietud absoluta. Lo rodea un grupo apiñado de gallinas de todo plumaje. La Polla Blanca está allí también, pero indecisa e inquieta. Afuera del corral, sobre el suelo, yace el gallo Calcuta maniatado con una tira mugrienta. Tiene los ojos enrojecidos de furia y el pico entreabierto.

La gallina enferma y el pollo ciego han trepado ya a la carretilla del pasto... Y hay un largo y pesado silencio.

El Brahama (*sacudiendo las alas.*) — ¡Cuz-cu-ru-cú!

El Calcuta (*alzando la cabeza.*) — ¡Cálla, te, imbécil! (*A la Polla Blanca.*) Blanca, ¡oh-Blanca!

La Polla Blanca. — ¡Qué quieres que haga, por Dios, qué tribulación, virgen santa! ¡No soy más que una débil gallina!

El Calcuta. — Vente conmigo; acércate, ¡por favor!

La Polla Blanca. — Me puede ver el muchacho, Calcuta.

El Calcuta. — ¡Ah, Blanca! ya no me quieres...

La Polla Blanca. — Te quiero mucho, y sufro por ti; pero, ¿qué puedo hacer?

El Brahama. — ¡Cuz-cu-ru-cú!

El Calcuta. — ¡Cállate, cobardón! ¿A qué no serías capaz de desatarme las patas?

El Brahama (*encogiéndose de alas.*)—¿Yo? ¡No te embromas!

El Calcuta. — ¡Asqueroso!

Una Gallina Vieja. — ¡Se embromó el compadrón!

El Calcuta. — ¡Bruja! (*Haciendo esfuerzos por levantarse.*) ¡Blanca, Blanca!

La Polla Blanca. — Ahí viene el Ama.

Las Gallinas (*a coro.*) — ¡El Ama! ¡El Ama! ¡El Ama!

(*Llegan el Ama y doña Pacomia. El Ama viste de rojo percal y parece una diosa implacable, en el morir de la tarde.*)

El Ama (*señalando al Calcuta.*) — Ahí lo tienen, al odioso; lo hice agarrar hoy temprano.

Doña Pacomia (*levantándolo entre sus brazos.*) — ¡Ay! ¡Y qué hermoso es! Parece un faisán dorado...

El Calcuta (*sereno.*) — ¡Estoy perdido! (*En voz baja.*) ¡Blanca, Blanca!

Doña Pacomia. — Es puro, es un gallo de pura raza; mi marido...

El Ama. — Sí; pero a mí no me sirve. Qué quiere usted que yo haga con este animal. No me sirve gran cosa...

Doña Pacomia. — Es verdad.

El Calcuta. — ¡Blanca, Blanca!

El Ama. — Y eso, aparte de que es un animal, perverso, imposible... ¡No puede figurarse usted cuántos gallos me ha derrengado este bicho desde que me lo trajeron!

El Calcuta. — ¡Blanca, Blanca! ¡Por Dios! ¡Háblame, que me llevan!

La Polla Blanca. — ¡Qué puedo hacer, caramba! ¡Demasiado he sufrido ya! ¡Mire yo, yo, llorando, Dios mío!

Doña Pacomia. — ¡Son tremendos!

El Ama. — Les arranca las barbillas del primer picotón y de un puazo los mata.

Doña Pacomia. — ¡Qué cosa! ¿eh?

El Calcuta. — ¡Blanca! Si muero, recuérdame siempre, y sobre todo, no te entregues nunca a ese estúpido que está allí, a ese miserable cobarde, porque sería la mayor ofensa que podrías inferir a mi corazón y a mi nobleza!

La Polla Blanca. — ¡Ay, Dios mío! ¡Qué puedo hacer, yo, débil gallina, qué prometer!

El Ama. — Ahora, en cuanto usted se lo lleve, voy a formar un plantel muy bueno con ese gallo Brahama, grandote, que usted ve allí (*lo señala*), que es de muy buena raza de carne, aunque a usted le parezca quizá medio corcovado y ridículo.

Doña Pacomia. — ¡Buena idea!

El Calcuta. — ¡Ah, Blanca, Blanca! Yo volveré a buscarte, yo volveré algún día; te lo juro por mi fe de caballero, por el honor de mis armas!

La Polla Blanca. — ¡Yo estoy medio muerta ya, cansada de sufrir tanto! ¡Si yo hubiera sabido que el amor era así!

El Ama. — Pienso poner con el gallo blanco un juego de cuatro gallinas de una raza que es muy ponedora. ¡Esa, esa! Ahí tiene usted esa polla Blanca (*señalándola*) y además, otras tres gallinas muy parecidas que he conseguido. Son muy buenas, créame.

Doña Pacomia. — Deben de ser.

El Ama. — Carne y gordura y tranquilidad, que es lo que conviene. (*Riendo.*) ¡Y nada de picotazos, vecina!

Doña Pacomia. — ¡Ya!

El Ama. — Usted verá cuánto disgusto le va a dar ese odioso. Bueno; usted, al fin y al cabo, no tiene otros gallos ni cría en serio; cuando los tenga, se lo comerá o hará como yo. Vamos, doña Pacomia...

Doña Pacomia. — Vamos, vecina.

(*Comienzan a alejarse lentamente.*)

El Calcuta (*desesperado.*) — ¡Qué me llevan, Blanca! Júrame, por favor.

La Polla Blanca (*llorando.*) — ¡Qué disgusto, Dios mío!

El Calcuta. — ¡Blanca, Blanca, mi amor!

El Pollo Ciego (*a la gallina vieja y enferma.*) — ¡Mira, ya se lo llevan al pobre! (*Alzando la voz.*) ¡Adiós, Calcuta!

La Gallina Vieja y Enferma.—¡Qué importa! Así estaremos mejor en la carretilla...

El Calcuta (*ya lejos.*) — ¡Blanca, Blanca!

El Brahama. — ¡Dios sea loado! ¡A la cama, gallinas!

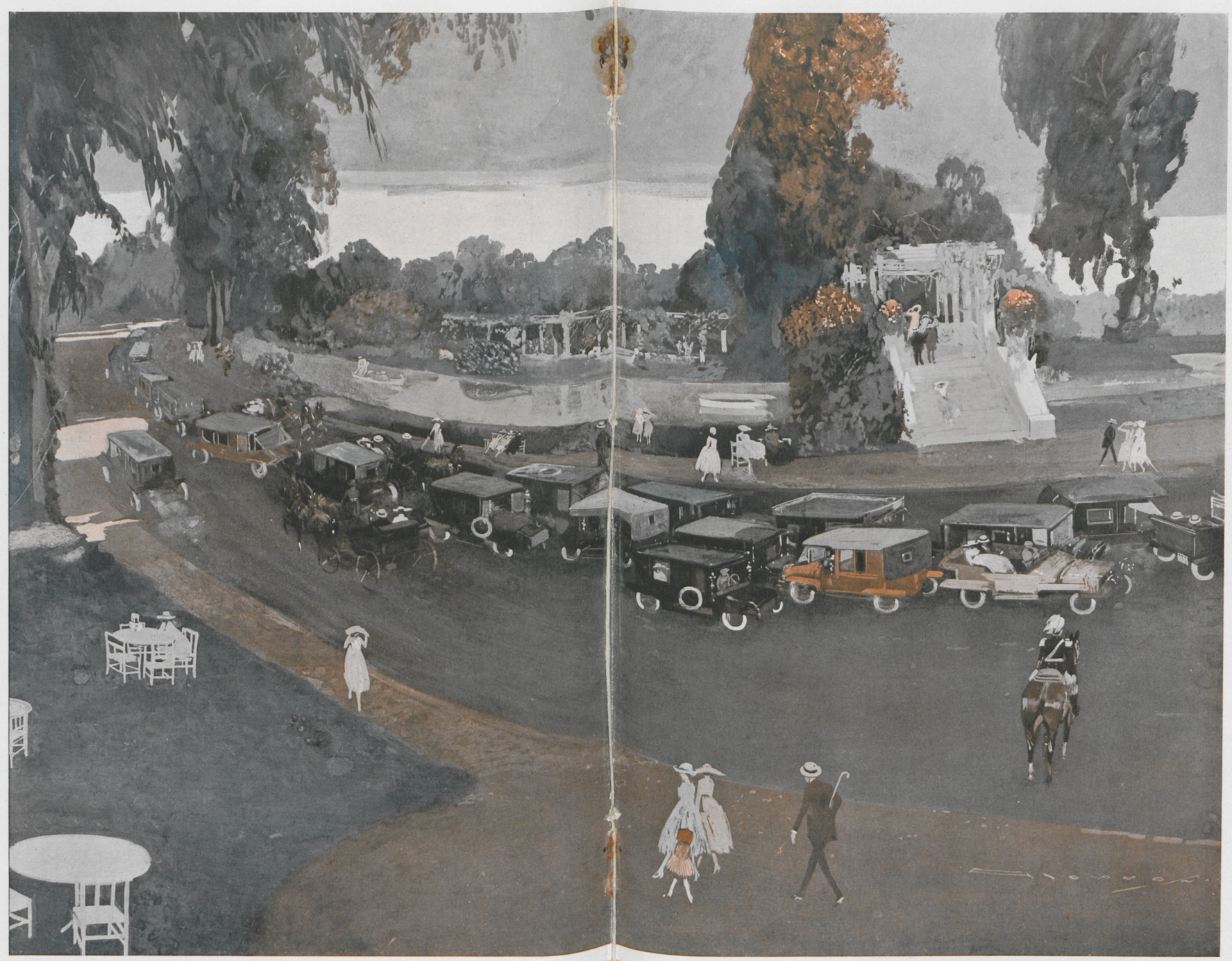
(*Cae el telón del crepúsculo, lentamente...*)

Benito Lynch.

DIBUJO DE ÁLVAREZ.

El Paseo de Palermo

Gouache de Alonso



La muerte del trovador

La aldea, entre montañas abruptas, dormía envuelta en las tinieblas de la noche. No lucían estrellas en el cielo cargado de negros nubarrones. Una luz rojiza, suspendida en el aire, cortaba las sombras: era la hoguera del castillo de Zúñiga que, trepado en la cima de un cerro, dominaba el valle, los desfiladeros de la sierra y el humilde caserío de los aldeanos. A los resplandores de la hoguera paseaba lentamente un centinela.

Frente al castillo, erguíase sobre un alto morro el sombrío perfil del monasterio de Santa Dorotea. Imponía respeto. Las murallas de granito liso caían a plomo sobre los despeñaderos. El edificio parecía nacer de la montaña, tan hosco y pesado, amenazador y macizo como ella misma. Dos filas de ventanas pequeñas y cuadradas. Las del primer piso, a pesar de los abismos circundantes, fosos naturales, tenían rejas de hierro de gruesos barrotes, cuyos cruces, para impedir que las manos se aproximasen a ellos, remataban en afiladas puntas de acero, de medio codo de largo, curvadas hacia arriba. Las del segundo, menos defendidas, de barrotes más finos y sin puntas. Todas guarnecidas de persianas.

En una estrecha celda del último piso, vivía doña Violante de Zúñiga, la hermosa y encantadora que amó, con escándalo de su familia, al trovador más bello y al mejor caballero de España, don García de Castañeda, vencedor de árabes y aventureros. El rígido orgullo de casta de su padre prefirió verla enterrarse en el convento antes que consentir su enlace con un guerrero de fama equívoca y de bajo linaje, que por único patrimonio poseía la espada, el puñal y la ambición.

El amor no reconoce obstáculos y, cuando existen, los vence. La monja oyó una noche leves golpes en la persiana. Se acercó. Llegó hasta ella un dulce susurro, palabras de «saudade». Llenáronsele los ojos de lágrimas. ¡Era la voz de don García!

Colocando en un declive de la sierra la punta de una larga vara de haya y tirándola por encima del abismo, apoyó su extremo en el marco de la ventana. Trepó por ella hasta asegurarse en sus barrotes, consiguiendo llegar valientemente a contar a doña Violante el dolor que le causaba la separación y a oirla murmurar la pena de su soledad. Así hizo todas las noches sin luna.

Abajo amenazaban las puntas de hierro, afiladas a lima, de las primeras ventanas, y en el fondo, sombrío, bullían las aguas del torrente. Al menor descuido, ¡la muerte! Mas ellos eran felices, muy cerca uno del otro, sin poderse ver, sin embargo.

La aldea dormía. El convento también. La hoguera del castillo se apagó. Don García, a horcajadas sobre la vara de haya, apretando con las manos los barrotes, oía dulces palabras de amor, cuando sintió, haciendo un movimiento para acomodarse mejor, que la madera saltaba de la hendidura de piedra, donde la había asegurado, en la barranca de enfrente y se deslizaba del marco. No consiguió asegurarla entre sus piernas. La vara cayó al precipicio, partiéndose entre las rocas y desapareció en las aguas del fondo.

Violante preguntó asustada:

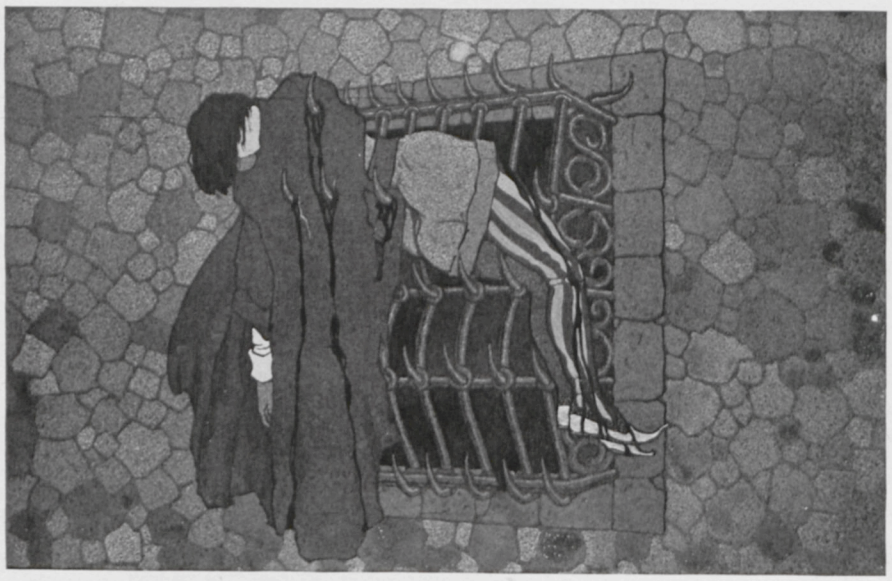
—¿Qué ha sido, amor mío?

Y don García, asegurándose con las manos en la reja, buscando con los pies un apoyo en la pared lisa, con los cabellos erizados, sintiendo el frío de la muerte próxima, dominó su pavor y respondió:

—Nada. Una rama seca que el viento arrancó del árbol.

Cambiaron algunas frases más. El caballero dijo, ya casi sin fuerza, con un temblor nervioso, que apenas su voluntad de hierro podía dominar:

—Creo que viene gente. Oigo voces en la floresta. Debo partir. Violante, mi amor, hasta mañana.



—¡Hasta mañana, luz y consuelo de mi triste vida que es pena y dolor!

Don García cerró los ojos, crispó nerviosa y ansiosamente sus manos en los barrotes. Después, sus dedos, extenuados por el esfuerzo, fueron abriéndose poco a poco. No luchó más. Despeñóse. Allá abajo las afiladas puntas lo esperaban. Cayó sobre ellas. La fuerza de su caída las enterró en sus costillas con un crujido tétrico. Cuatro puntas aparecieron por la espalda. La sangre brotó en su casaca amarilla, corrió hasta sus zapatos verdes de cuya punta quedó goteando.

Al amanecer, los cuervos revoloteaban en torno. Y nadie lograba explicarse como fué a estrellarse allí, el más bello de los trovadores de España.

Don Pedro de Zúñiga, el castellano, decía que el diablo se llevó el alma de don García y colgó su cuerpo inútil en aquellas puntas, para los buitres, como en las carnicerías los moros cuelgan de los ganchos de hierro, para sus parroquianos, los cuartos de carnero...

GUSTAVO BARROSO.
(JOAO DO NORTE).

DIBUJOS DE RIAMBAU.

TIPOS • CASTELLANOS • •

EL • TIO • CENTENO

El tío Centeno, Escopeta y Vinazo, tres labriegos castellanos de recia traza y torvo mirar, platican a las puertas de la vieja ciudad, cuna de santas y sepulcro de héroes. Salieron con el alba de sus predios, y entre relatos de desdichas y muertes, tragos de vino en las ventas del paso y chanzas con las mozas transeuntes han llegado hasta las piedras milenarias que circundan la villa. Un gesto del tío Centeno detiene a sus compañeros de jornada. Las petacas de renegrido cuero salen de las amplias fajas y con solemnidad y en silencio lían aquellos hombres sus cigarrillos que el pedernal enciende salpicando de chispas los rostros atezados y sombríos.

Escopeta y Vinazo interrogan al patriarca con la mirada, pero el tío Centeno dilata el consejo y medita con sus ojos escudriñadores puestos sobre una vetusta casona que se alza sobre la ciudad, cobijando bajo su ancho alero un escudo de piedra.

Grave asunto es el que lleva a la villa a los tres hombres. Ya va para un año que no se llegaban hasta ella los dos mozos y a fe que harían la caminata con mayor frecuencia si la ciudad modernizada no conturbara tanto sus simples espíritus. Pero las capas de burdo paño y las sombrosas alas de los chapeos labrantines que antes discurrían libremente por las tortuosas callejas, los ruinosos soportales y las anchas plazas de la villa, se sienten ahora como amedrentadas entre el rodar de coches y el trasiego de gentes ciudadanas.

El tío Centeno rompe, al cabo, en palabras. Sus manos sarmentosas se mueven con lentos ademanes, mientras habla el lenguaje sincero y leal de los números. Los mozos escuchan al viejo castellano atormentados por hondas cavilaciones aritméticas. «Es mucha la cencia del tío Centeno!» Una fortuita intervención en la discordia de familias rivales por los ochavos de un difunto, dióle fama de letrado en el lugar. Con los años creció su reputación y extendióse por toda la comarca, que nada consagra tanto los méritos reales o falsos como unas hebras de plata en los cabellos. Ahora no ocurre pleito ni pendencia en muchas leguas a la redonda que no haya menester de los buenos oficios del tío Centeno. Maestro en sutilezas y supercherías a él acuden todos los del contorno en apurados trances. Si ha de librarse al mozo de servir al rey, si la moza aspira a ganar una soldada en la ciudad, si se pretende el indulto del hijo delincuente, o el perdón de la renta del año... el tío Centeno sabrá lograr el favor para los labrantines.

Claro es que tan afanosa solicitud por parte del viejo marrullero tiene su precio; pero, ¿quién se para en cuartos más cuartos menos cuando se trata de lograr tan difícil merced como la que lleva al pueblo al Escopeta y al Vinazo? Los dos arriendan tierras de la señora marquesa, la que vive en la casona solariega, y como al año fué malo, van a ver de ablandarla para que perdone el pago de la renta. Ellos nada saben de letras ni de las palabras finas; pero allí está el tío Centeno. Y el viejo castellano, maestro en astucias, encarece, una vez más las dificultades del asunto y discute los reales, las perras y los céntimos, hasta que, hecho el ajuste, se entran los tres hombres por las calles de la villa — medio dormida todavía — llenándolas con sus amplias capas.

La bondad de la señora ama se rinde pronto a la callada sumisión de los siervos, en cuyos rostros un gesto de resignación secular es más elocuente que todas las cazurrerías del tío Centeno. Perdonará la renta del año. Y después de regalar a los labrantines con buen vino añejo, los ve alejarse mientras sus dedos pasan diligentes las cuentas de un viejo rosario y en sus labios tiembla la santa oración.

El día ha promediado. A las puertas de la ciudad, junto a las piedras milenarias, el tío Centeno detiene con un gesto a sus compañeros de jornada. Las petacas vuelven a salir de su cálido escondite y al chasquido del pedernal refulgen otra vez los morenos rostros. Hay un trasiego de untosos cobres que tintinean poco después en la faltriquera del tío Centeno cuando los tres hombres empiezan a desandar la ruta.

El camino serpea entre arideces. Las rítmicas pisadas de los viandantes turban el silencio de la tarde y el reposo de alguna codorniz que se levanta con un abaniqueo. Los ojuelos maliciosos del tío Centeno bailotean bajo las cejas astutas. Como en otras jornadas de regreso, urga el viejo lugareño en el fondo de su conciencia, mientras da chupadas nerviosas al cigarrillo. Y para esconder su inquietud rompe el silencio con un canturreo que parece una súplica. Una vez más, ha tendido el puente de su malicia entre la cándida ignorancia de los labrantines y la noble compasión de los señores. Nadie como él para conocer la variada florescencia afectiva del corazón humano y nadie, tampoco, más fino para ocultarla de los que han menester de sus frutos.

Siguen la ruta los tres hombres cavilosos. Escopeta y Vinazo piensan que el apaño bien vale los dineros que soltaron. Todavía han de remojar el gaznate en las ventas del paso para que el tío Centeno no quede quejoso. Y al llegar al predio correrá de boca en boca la fortuna del Escopeta y del Vinazo y andará en coplas la fama del tío Centeno.

FERNANDO ORTIZ ECHAGÜE.

Que las *circunstancias* promuevan al *hombre*... o que el hombre, y nadie más que el hombre mismo, promueva las circunstancias... Sería temeridad irritar y ver en denodada pleitesía a estas dos expresiones doctrinarias, cuando por igual se hallan dotadas de derecho y de razón ante los fueros de la ideología mundana.

Opuestas como son, ambas se ofrecen ponderabilísimas ante el sano discernimiento, por lo que, sucesivamente, se destruirían entre sí.

La Lógica diría al hombre, en caso de arbitraje imparcial: «No disputes fueros que, justificadamente, representas... ¿Vienen, abiertamente, ellos de tu condición?... Disuádete antes de las normas confusas que crea tu mezquina facultad de visionario tosco... evita antes la quimera que te formas con tu precaria inteligencia directriz. Espera que el hálito de las reconstrucciones te propicie en algo el apercibimiento de la luz sublime que aun no te ha enviado la mansedumbre del Espíritu Perfecto que todavía opera en las tinieblas. Sigue a merced de las circunstancias, que son ley fuerte, por ser el término definitivo de tu mayor y más pobre sistema, por ser lo «accidental».

Por idéntico motivo, la Razón reconvendría a las tercas circunstancias: «Promovéis al hombre; sois su formación, su posición de cada instante; hacéis de él, lo que os place... calamidad errante, él va hacia vosotras; humo sensible y cálido, al «acaso» desprendido y a merced del viento de la ilusión, y porque sois el espacio en donde el éter es sangre, glotonamente alimentada, en vosotras queda absorto: Es, pues, que, de él, se desliza vuestra exclusiva y sabrosa nutrición... Blasonáis de que el hombre repita siempre que vuestra es toda la composición de su destino...; no queréis sincerar, en tanto, que sólo sois la forma que de su estolidez, de su cinismo, de su inconsciencia recibís, aprovechando de ser fortuitos todos sus pasos: «acaso», su orientación; «accidente» todo su patrimonio individual y todo su resultado, hasta negar causas *finales* y *substanciales*, tan audazmente proclamadas por torpes doctrinas, para acreditar su *necesidad* y su *razón* de ser... Conformáos, en tanto, con venir del hombre y para el hombre; con ser el fruto obligado de su «acaso» persistentemente martirizado por los «accidentes» de la fatalista y descomunal senda que está obligado a recorrer...»

La Ley concedería igual derecho a *hombres* y *circunstancias*... la Ley colocada entre el flujo y reflujo que tácitamente combinan, para mantener eterna la furibunda tempestad.

Justicia los absolvería, por igual inconsciencia e igual candor... y, Justicia, los condenaría, por igual delito, a perseverar en su pugna sangrienta, de conformidad con el imperativo vergonzoso de ese «accidente» y de ese «acaso».

Lógicamente, nada de lo material y moral de la existencia se halla descargado de las premisas que corroboran la ley terrible de lo «Acasual» y «Accidental».

El planeta no ofrece, a la criatura, gravedad, ni oriente, ni luz, ni aire, sino para distraerla y hacerla soñar una falsa idea de consistencia y de realidad. Y en caso de que no sea falsa esa *realidad*, ¿qué privilegios obtiene después de eso?... ¿hereda algo más que no sea negativo... que no sea del «accidente» y del «acaso», entre los elementos que propician y confirman su sistema?

¡Triste aseveración, que no hace más que responder a una verdad latente que vocifera desde su posición tristísima!: Criatura que ande y sepa a donde va, no entró aún en el grupo de los atributos que avaloran a la arquitectura más bella, más infeliz de la obra de Dios. Es un insignificante evento, pleno de desigualdades y sin fijación, ni significación. Es un insecto esparcido, por mitades, lleno de incuria y de malicia y que constantemente choca en lo imprevisto, dado que no posee nada capaz de inmunizarlo contra los embates de la asechanza ulterior sin remisión. En su facultad de apreciar y distinguir, es en donde tiene su mayor privilegio... y es en donde tiene su enemigo, porque motiva, por su egoísmo, su ofuscación y porque no le auxilia más que para llegar hasta la mitad del camino de las precauciones y de las previsiones.

Por eso es una impotencia y es una fatalidad la criatura, desde que se produjo su primer «accidente», simultáneo con el advenimiento contenido en aquel horrible *parto* que le sucedió al *caos*... ¡Tenebroso «accidente» precursor!...

Resulta, pues, que la criatura fué en su principio un «accidente» y, luego, por «acaso» fué... La ley de la continuidad es la que hace valedero todo principio y, por esa decisión natural que jamás se niega a seguir, «la criatura está condenada a reinar en y por el acaso» y el «accidente» malditos, a perpetuidad.

Para dejar de ser una miseria así y llegar al verdadero posesionamiento moral, a la felicidad, necesitaría toda la visión creadora, toda la potencia y la providencia de Dios.

En tanto enerva el pensar que, de esa miseria parasitaria, de esa calamidad ingente, no se emancipa hasta que la termine de aplastar el cataclismo de los siglos.

Ella crea lenitivos espirituales, crea símbolos, ritos y normas para atenuar en algo los efectos de ese legado ancestral, constituído por tanta ingratitud. Ahí están la Etica, la Religión, el Arte y tantos otros frutos valiosísimos de su ciencia y de su experiencia.

Preconiza teologales virtudes y se inicia en lo que puede con las prácticas decorosas y honestas: Tales son, entre ellas, la templanza, la contemplación, la reflexión, la prudencia, el favor al prójimo. Y, en su lucha permanente con lo «acasual» y «accidental», vese, de hecho, en cada criatura, la intención, siquiera, y, en muchas de ellas, la verdadera realización estoica: siempre tiende a amordazar y, en algo, a desechar aquella parte de cinismo instintivo, que tanto la crimina, con aplicaciones de educación y de persuasión moral.

Todo eso nace de ella y todo eso lo hace ella por sí, desesperada y desde que se forma su verdadera composición de lugar, desde que adquiere una idea aproximada de la posición que ocupa su naturaleza infelicísima.

Mueve, por eso, a conmiseración, y lástima da esa criatura que lucha, en vano, por vindicarse de aquel inconveniente que pasó desapercibido en el gran proyecto de su Hacedor... lástima da, porque no puede resarcirse de él jamás y porque, de *inconveniente*, pasó a ser su más sentido anatema, su suplicio... ¡su más doliente y su más vergonzosa ley!...

DEMETRIO DE PEREDA.

DIBUJO DE PETRONE.

CUADROS DE LA VIDA PROVINCIANA

La Ilusión muerta

I

Era en la siesta. Maduraban las naranjas, al beso de un sol de Enero, en las frondosas arboledas correntinas. El río, espejeando la lumbre, resplandecía como si estuviese ardiendo en llamas. Ni garzas, ni espátulas, ni siquiera un macá asustado cruzando el espacio con su vuelo. Fresca la umbría, bajo los sauces y las palmas. A intervalos, el ruido que hacían al caer al agua los capiguaras y los quiyás, somorgujándose en procura de mejor refugio. El *ay ay* de algún «Perico ligero», que en perezosa actitud colgaba en las altas ramas de un lapacho; el correr de los chorlos sobre las yerbas húmedas de la ribera; zumbar de lechiguanas y rumor de sabandija, revolviéndose, brava, sobre hinojos y duraznillo blanco; y el estridente y monótono chirrido de las cigarras, aumentando, en la calidez del paisaje, el enervamiento y la modorra...

Allá, enfrente, los ribazos de la Banda Oriental, con sus bosquecillos de árboles indígenas. El río, símil a serpentina faja de cristal, cortada por los recodos en el fondo agreste... Cerca, sobre el talud de la barranca, un pobre rancho; dos muchachas de regional belleza, — cabellos y ojos negros, como plumaje de biguá, y labios colorados semejantes a flores de ceibo, — apoyábanse sobre la valla espinosa, lindera, que resguardaba la cabaña, contemplando el camino con las manos a guisa de pantalla...

— *¿Oú?* (¿Viene?) — interrogó, en guaraní, la mayor.

— *¡Hee, pépe-oú!* (¡Sí, ahí viene!) — repuso alegremente la interpelada.

Como si la quitaran una piedra de sobre el corazón, arrojó la primera un suspiro de alivio, tan íntimo que provocó picaresca sonrisa de su hermana.

— *¡Upeante nicó!* (¿Sí?... Eso no más, ¿eh?) — dijo ésta, con sorna. Y siguieron observando en silencio...

Venían a vadear el Uruguay, con hacienda vacuna. Media docena de jinetes conducía la tropa de novillos chúcaros. Recios los mocetones, atezado el rostro, bruscos los ademanes, hosca la mirada bajo las anchas alas del sombrero campesino. Mugía el rebaño, excitado por la temperatura ardiente y los tábanos zumbones; y los gritos característicos del arreo resonaban sobre la inquieta muchedumbre de huampas. Diestros en la faena los peones, y dominadores de sus cabalgaduras, pechaban a los animales que se abrían y escoltaban el tropel entre una nube de polvo, dorada por la luz solar.

Pasaron frente al rancho, en su algarada gauchesca, salpicada de floridos requiebros a las mozas ribereñas... De ahí empezaba el declive del camino hacia el vado. Dos de los peones tomaron punta, alcanzando a los novillos delanteros para que la tropa hiciera alto en la ribera, sin desbandarse.

Uno de los paisanos que iban últimos se cortó solo. Lucía en su apero riendas con bombas y pasadores de plata, freno de copa y estribos de brasero. Allegóse a las jóvenes, con galano saludo, motivando el sonrojo de la mayor de ellas, disimulado apenas por la color trigueña.

— Güenas tardes, María Rosa y la compañía — dijo; — no craia verlas.

— Güenas se las dé Dios, Asunción, — contestaron ambas; agregando la llamada María Rosa: — ¿Y por qué suponía eso?

— Es que asigún tengo entendido, las estrellas no salen nunca de día.

Las mejillas de ellas tomaron colorido de amapolas y sus miradas se cruzaron relampagueando malicia. El gaucho, cruzada la pierna sobre la cabezada del recado, sonreía, mirando a la preferida.

— Zalamero como siempre, — fué la respuesta. — ¿No se abaja pa tomar un verde? — insinuó una de las mozas.

— No, María Rosa, y lo siento de alma; vamos apuraos: tenemos que hacer noche lejos de aquí; llevamos esta tropa vendida pa Río Grande. Será a la güelta.

Y señalando una flor de ceibo, roja como púrpura, que la muchacha tenía en el pecho: — ¡Si me la diera, pa suerte! — dijo...

La mano femenina se apresuró, espontánea.

— Tome, llevelá; puede que no se marchite pronto, — respondió la María Rosa, y sacándola de su bata la alargó al tropero.

Un silbido de llamada rasgó el aire e hizo parar las orejas al flete. El ganado, amontonado a la orilla del agua, estaba listo para el pasaje. Asunción tomó la flor regalada y sacándose el sombrero la guardó entre el forro.

— ¡Se la vía trair fresca y con raíces! — exclamó picaresco... — ¡Adiosito a las dos y ricuerdos a Ño Cirilo!... — Y en un alarde nativo apretó los ijares al tordillo, que picó brioso y echó a galopar tascando la coscoja.

— ¡Adiós! ¡Que la Virgen de los Milagros lo traiga güeno! — gritó la María Rosa, y su mano morocha se agitó en el aire, contestando a la despedida del paisano, que bajaba la barranca; mientras que la hermana menor, bulliciosa y jaranista, decíale a la oreja, fingiéndose compungida:

— *¡Ohó, che tobayá! ¡Ohó, che tobayá!* (¡Se fué mi cuñado! ¡Se fué mi cuñado!)

...En el bajo de la ribera los jinetes estrechaban con sus redomones al novillaje. Estaba floja la correntada y caliente el río. Asunción rodeó el grupo y se fué hasta la orilla, donde un peón, desmontado, se desnudaba.

— *¿He-e oimepá,* Juan? (¿Ya está, Juan?) — preguntó.

— *¡Ney!... ¿Yahá?* (¡Sí!... ¿Vamos?) — repuso el aludido.

— *Hee. Eike mdé.* (Sí. Entre usted.)

El peón ató sus pilchas sobre una cruz de ramas secas, y se echó con ellas a la corriente. El agua le llegaba hasta más arriba de la cintura. El señuelo, que lo formaban seis bueyes grandes, siguió la estela del nadador. Los demás animales empezaron a puntear, detrás de la guía, con la cabeza a flor de agua. Toda la tropa fué echada al río. A los costados iban los troperos, a nado; algunos tirando a su caballo del cabestro.

El último que quedó en la ribera fué Asunción. Dió un respiro a su tordillo, — como anguila para el agua, — aflojándole la cincha. Lió sus prendas de vestir con el cojinillo y las atravesó sobre los bastos, para que no se mojasen. Después entró al río, de lleno, como los demás. Y mientras el caudal líquido lo envolvía y hacía rumbo a la tropa, que ya estaba por llegar al otro lado, pensaba en la flor que llevaba entre el sombrero y parecíale que una esperanza nueva le iba clavando las espuelas en el alma.

II

Transcurrió más de un año. Una tarde de invierno, bastante destemplada, dos paisanos salían del agua a uña de caballo, en las costas del Uruguay, cerca del desagüe del arroyo Timbó, por donde estaba el vado en tiempo bueno. Temerarios, porque ya estaba al caer la oración, se echaron a cruzar la correntada, a pesar de que el río estaba crecido por las frecuentes lluvias, desbordado en partes, y arrastraba animales ahogados, troncos averiados de las orillas y camalotes pequeños, llenos de iguanas.

Salieron chorreando agua, junto con los caballos, asustando una bandada de teros reales. Uno de ellos dijo:

— *Oñgtacu ha-pporá-ymbaé püngtá.* (Sabe nadar lindo su colorado.)

— *¿Mbaerepá?* (¿Por qué?) — contestó el otro.

— *Mbaerepá okügtí ha eñó, a lo hirá.* (Porque se cortó solo, a lo pescado) — concluyó, riéndose, el primero.

— Usted sabe, — dijo el del caballo colorado, usando el castellano, — que lo enlacé sin saber; debe haber sido de andar, aunque está un poco chúcaro.

El que hablaba era Asunción, y su compañero, uno de los que lo acompañaban a llevar al Brasil la última tropa. A raíz de una riña de «honor», contra unos paisanos ríograndeses, ocho meses de prisión en la cárcel de Santa Anna do Livramento les habían retrasado el regreso. Cuando se hubieron vestido y secado un poco, subieron a caballo la cuesta, hacia el rancho de Ño Cirilo. Iban a hacer noche allí, pidiendo permiso.

Desde lejos ya les llamó la atención cierta soledad extraña. Estaba abierta la puerta, como madriguera violada. Los quinchos y las palmas del techo caíanse al viento, con la avería de los aguaceros continuos. Mustia la enredadera de campanillas, de la ventana, denunciaba la ausencia de manos femeninas. Asunción tuvo el presentimiento de una pena.

Más allá, a la entrada de un monte, una vieja «curandera» juntaba yerbas, con un hato de leña a la espalda. Hacia ella fueron los paisanos.

— Que Ñandeyará la guarde, mi güena madre, — dijo Asunción; — ¿sabría darnos noticias de la gente de Ño Cirilo?

— ¿De Ño Cirilo?... — la viejita levantó su mano rugosa como sarmiento y santiguándose agregó: — ¡Está allá, en el cielo! ¡Animas benditas!

— ¿Y las hijas? — interrogó, ansioso, Asunción.

— Se fueron pal poblao grande; se las llevó la familia del dotor Martínez, pa sirvientas. Una d'ellas, la María Rosa se casó con el cochero 'el dotor...

Asunción, suspirando, agobiado por la nueva, dijo al cabo de un momento:

— Está bien, madrecita; nada más queríamos saber. Que Ñandeyará la guarde.

Y se alejó al tranco, con su compañero, otra vez para el lado del río.

— Haremos noche cerca de la costa, — dijo...

Ninguno volvió a romper el silencio. Cuando llegaron a lugar propicio, Hilario, que era el otro paisano, se atrevió a mover la cuestión.

— ¡Con que murió el viejo!... ¡Pobre! ¡Güenazo!

— Sí, Hilario, — repuso Asunción; — y a ella la he perdido pa siempre... Usted sabe cuánto la quería...

— Tenga pacencia, — murmuró el aludido; — no sólo la mula es zaina... Y si no es ella será otra... Vaquillona mejor, pal lazo, no le ha 'e faltar...

— ¡Traicionera! ¡como *mboy hru curuzú!* (Víbora de la cruz.)

...Ya había salido el lucero. Los dos amigos desensillaron, y ataron los caballos a lazo, para que pastasen. Después, hachando ramas de sauces con los facones, hicieron como un toldo para pasar la noche, con los ponchos de carpincho.

Una fogata, bien encendida, ardía al poco rato junto al cobertizo, y los paisanos mateaban, poniendo en juego los avíos de campo...

.....

Aquella noche, mientras Hilario roncaba como un bendito, Asunción salió unos metros afuera del toldo y se sentó sobre un tronco, a reflexionar...

La noche era de luna. Gravitaba en los parajes el halo luminoso del astro como el signo mágico de un sortilegio. Algunos nubarrones negros, de contornos plateados, bogaban por la inmensidad del cielo azul. Las aguas del Uruguay corrían caudalosas.

El gaucho tenía en sus manos una flor seca... Iba a besarla, cuando de pronto le pareció que empezaba a ponerse roja, como si estuviera fresca... roja como la boca de una herida... ¡Era la flor de ceibo que María Rosa le diera en prenda de amor!... Y la arrojó lejos, igual que si fuese cosa mala, mientras un desencanto inmenso, agudo como la punta de un puñal, le rasgaba el corazón...

Había profundo silencio en los alrededores. Los árboles, faltos de hojas, recortaban sus siluetas negras, como esqueletos fantásticos... Sobre el pasto, la flor roja destacábase como un cuajarón de sangre... Lloraban los aguarás, con la helada, allá lejos, en el fondo de la soledad nocturna...

JULIÁN DE CHARRAS.

DIBUJO DE FORTUNY.

Mis recuerdos de estudiante

De los quince a los veinticinco años, gozamos de un optimismo absoluto, de un optimismo casi orgánico que, por paradoja, gusta disfrazarse con los atributos elegantes del escepticismo o con los trágicos y fugaces destellos de un pesimismo ficticio y anacrónico. Pero, por bajo esa apariencia cambiante, subsiste, imperturbable, un fondo de sana plenitud juvenil, capaz de atravesar las zonas espirituales más hórridas conservando en las faltriqueras de la mocedad el áureo metal del ensueño. Podemos sufrir momentáneas desazones, lo que nos rodea es posible que ponga a prueba repetidamente nuestro dilecto caudal de halagadoras esperanzas, quizás la existencia nos cause esas acibaradas desilusiones cotidianas que nos amargan dichosos instantes, esas pequeñas grandes desilusiones — que son el acicate para el nuevo impulso, — pero, al fin y a la postre, el dorado ensueño refulge en la adolescencia con reverberaciones tornasoladas, y, al despertar de cada día, «la loca de la casa» recomienza el aleteo promisor que empuja nuestro ánimo en pos de la quimérica ventura.

La generación a que pertenezco — acaso como todas las del pasado y tal vez como todas las del futuro — concibió su modesto mundo imaginativo, rebosante de diminutos afanes, al par que forjaba los magnos ideales directrices de su labor en la esfera de la cultura universal y, especialmente, de la cultura americana. Aquellos diminutos afanes han quedado maltrechos al primer embate del medio social en que actuamos, salvándose incólumes, eso sí, los faros orientadores que nuestra generación — la que ensayó su pluma del año diez al dieciséis — ha ido colocando a la vera de su ruta.

El ingreso a la Universidad señala para nosotros una etapa en que el campo visual se expande, abarcando más lejanos confines; constituye, a menudo, el advenimiento feliz de nuestras mejores energías. Parece que un escenario insospechado prodigase repentinamente sus misteriosos encantos. Parece que al revelarse lo externo — esencia y materia — a los sentidos, en toda su difusa extensión, se revelara también, en todo su potente vigor, nuestro propio ser. Tomamos entonces posesión de nosotros mismos.

Suena la hora de los proyectos y ellos pugnan por basarse en los firmes puntales de la realidad presunta, que suponemos recios y macizos y que, en verdad, sólo son creados por nuestro cerebro, ingenuo desconocedor del ambiente que lo circunda. Los más elevados propósitos se asientan así en cimientos caedizos.

Al iniciar los estudios universitarios admitimos, sin disputa, la fantástica importancia de las Facultades argentinas, admiramos la ciencia, aun hermética, de los señores profesores y capacitamos nuestra mente para la seriedad, a fin de ponerla a tono con la atmósfera académica de aquellas austeras mansiones del saber. El encanto dura poco y, después de unos meses, alarma oir la irreverencia con que algunos educandos comentan, entre risas y burlas, cuanto se relaciona con el ídolo reciente de sus fúgidos entusiasmos.

Quiero relatar, bien sea en exposición trunca y desarticulada, varios hechos de mi vida de estudiante, ya próxima a fenecer. Es lo que he visto hace un año, un mes, o un día acaso. Es la historia de fechas cercanas que pervive frescamente en mi memoria.

Muchos escritores suelen seleccionar sus recuerdos cuando el tiempo ha borrado casi la huella del pretérito, y nos cuentan *lo que ha sido*, en lugar *de lo que es*. Ellos, a la distancia, no padecen los errores de perspectiva en que incurrimos los que, en estos trances, narramos lo acontecido la víspera. Ellos, con el catalejo invertido, aprecian todo en su verdadero reducido volumen. Nosotros, con el anteojo normal, vemos todo en primer plano...: en justa equivalencia referimos, no lo que ha sido, sino «lo que es».

Una tarde de abril inauguró el catedrático el curso de cierta complicada asignatura, ineludible pórtico barroco de las ciencias jurídicas. Yo me prometía no perder una sola conferencia universitaria durante la carrera, y tan bien he cumplido posteriormente la severa deliberación que, por falta de asistencias, hube de presentarme como alumno libre a casi todos los tribunales examinadores.

Pero aquella tarde de 1912 realizábase nuestro *debut* en la enseñanza superior. El acontecimiento revestía proporciones estupendas. Los muchachos apiñábanse en grupos de antiguos camaradas. Yo apenas si había hallado por los corredores media docena de caras conocidas, y así, solo, apoyado en una voluminosa columna, observaba el ir y venir de aquellos jóvenes que, para desgracia del país, comienzan sus estudios de jurisprudencia y terminan siendo veterinarios, farmacéuticos, rematadores, dentistas o empresarios de teatro.

Poco más tarde, un antiguo amigo me presentó a sus comprovincianos. Varios de ellos opinaban que el profesor era un hombre de reconocida preparación. Otros sostenían que no pasaba de ser, simplemente, un disertante efectista. Uno, que lucía enormes anteojos azules, contó a media voz algunas anécdotas del catedrático, y, después de haberse despachado sin discreción ni mesura, añadió:

— Yo no me responsabilizo de la exactitud de estos datos. La gente es muy plebeya e inventa barbaridades para difamar. En esto de los chismes hay que ser muy pulcro...

Luego de semejante pudibunda declaración, endilgada en ancas de la serie verdeante de picarescas alusiones, quedó descansadísimo, y se dispuso a escuchar al dómine que en ese instante entraba al aula, ocupando en seguida el pupitre.

El profesor de la supraindicada asignatura era una robusta masa orgánica que remataba en breves rubios mechones; su aspecto, el de un rubicundo germano. Los ojillos penetrantes, perdidos en la tersa superficie del rostro, exornábanse con raras fulguraciones cuando acompañaban los gestos amanerados de su boca. Se advertía en él la afectación, esa frígida artificialidad que mantiene alejado al discípulo, sin contacto directo con quien ha de ser su guía intelectual.

De aquella primera conferencia, sólo podría ahora mencionar — y no lo haré — las frases traviesas y equívocas mediante las cuales el rojizo tudesco adornó sus períodos elocutivos, con el designio, no muy cortés, de provocar el sonrojo de nuestras compañeras de clase.

Al salir del aula, todos aplaudimos. Era un deber inviolable que ejecutamos con estricta puntualidad escolar.

¿Aquella especie de ceremonia universitaria estaba henchida de la trascendentalidad que antes le acordábamos?... Empezamos a dudar. El palco escénico lo veíamos ya desde las candilejas: exiguo trabajo nos costó averiguar que las decoraciones eran de cartón pintado.

Un profesor que tuvimos en primer año sólo alcanzó a dictar seis o siete conferencias. No pudo seguir adelante. Mientras él hablaba, los estudiantes charlaban y leían en alta voz.

El buen señor quería hacernos entender que la moral es de más dilatados horizontes que el derecho. Para condimentar en forma adecuada esta noción primordial y novedosa, señalaba el timbre eléctrico colocado a su espalda, aseverando que la circunferencia exterior representaba la moral; la interna, el derecho. Nadie atendía. Algunos arrastraban los pies produciendo un ruído denso y molesto. Un chico cercano a mi asiento, dió vuelta a la llave del ventilador y las aletas del aparato, dispuesto en el centro de la habitación, emprendieron circular y vertiginosa carrera. Los que recibían la ráfaga helada protestaban y discutían con el causante de tan polares fenómenos... Aquello degeneró en un terrible alboroto.

Al día siguiente supimos que el catedrático de los ejemplos físico-jurídicos había renunciado. La grata noticia no nos pilló de sorpresa.

En segundo año me tocó ocupar un puesto en el Centro de Estudiantes, y con tal motivo desempeñé un cúmulo de delicadas misiones diplomáticas, repletas de muy graves proyecciones, como tendré ocasión de demostrarlo.

Iba a llegar de Europa, en mayo, el titular de una asignatura, y avisó que pronunciaría sus conferencias a la tarde, a diferencia de sus colegas que nos adoctrinaban por la mañana. Para nosotros, aquel capricho fué intolerable. De común acuerdo resolvimos oponernos en masa. Los adulones y los tímidos no compartían, como es lógico, tan violentos arranques colectivos.

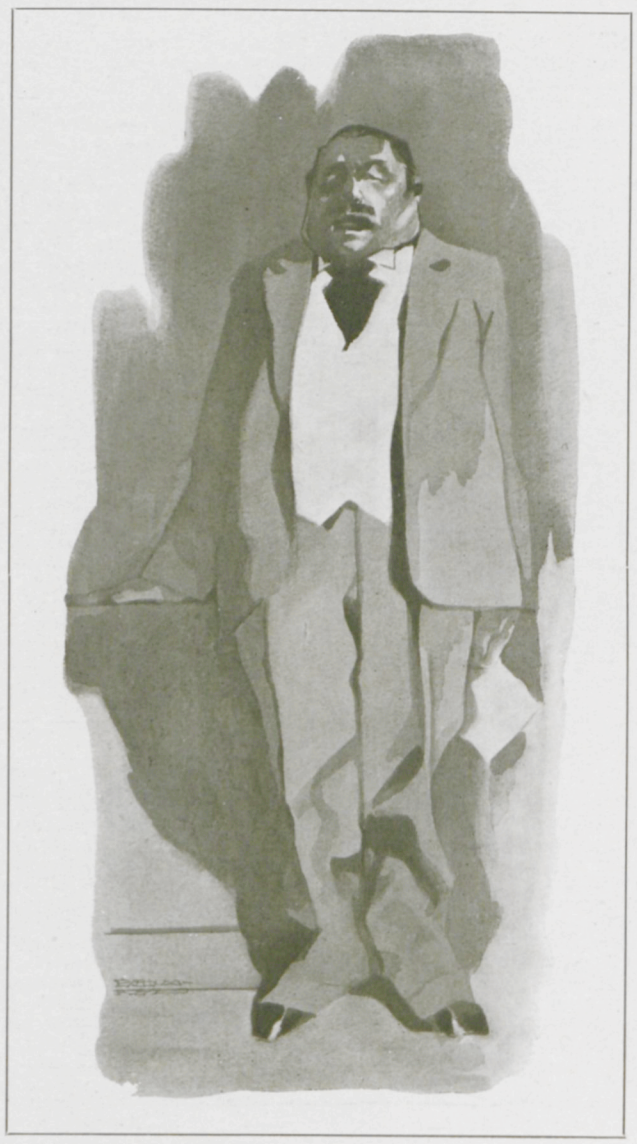
Con el condiscípulo que me acompañaba en la Delegación, fuímos a visitar al nuevo inquisidor, que se proponía, al atardecer, robarnos algunas horas de alegre vagancia. Antes del almuerzo nos hicimos anunciar, y acto seguido hablamos con el Torquemada universitario quien, usando de llaneza sin igual, nos recibió en su dormitorio, pues a esa hora, y sin haberse levantado, repasaba cotidianamente los diarios porteños.

¿Por qué tenía ese señor preferencia manifiesta por las disertaciones vespertinas? En seguida lo dedujimos, y él, con encantadora franqueza, nos reveló sin ambajes su secreto pedagógico: dormía hasta las diez y le era difícil *coordinar ideas* antes del mediodía. Insistimos, a pesar de todo, en el pedido, y quedamos en comunicar al curso las sólidas razones aducidas por el señor catedrático, prometiendo a éste expresarle la marcha de nuestra gestión de mediadores o personeros. El curso nos obligó a entrevistarlo otra vez, para tratar de conseguir lo que nos proponíamos; «en todo caso — algunos sentenciaron — nadie concurrirá a clase a la tarde».

La nueva conversación mostró a las claras que la amabilidad manejada con tacto es un arma desquiciadora. El profesor que predicaba con el ejemplo — según queda dicho — la holganza matutina, nos recibió cuando apenas iniciaba la «coordinación de sus ideas». Tuvo palabras afectuosas para nuestros respectivos deudos, a quienes conocía de antiguo, y por último, entre serio y risueño, aseguró que «la intransigencia de los muchachos» le colocaba en la disyuntiva de hacer valer sus fueros docentes o de renunciar. El parrafito cuasi patético surtió el efecto apetecido. Desistimos en el acto de nuestro papel de procuradores en desgracia.

El catedrático dictó sus clases de cinco a seis, la dulce hora de las medias tintas violáceas, de las románticas conquistas, de las aglomeraciones ciudadanas y de los accidentes en la vía pública. Los que días antes querían recurrir a actitudes extremas, fueron los más diligentes en asistir a aquellas clases. Con esto, cuando menos, hicimos una rara ostentación de admirable energía.

José M. Monner Sans.



DIBUJO DE ÁLVAREZ.

DE LA GALERÍA DEL DOCTOR GABRIEL GOÑI

ARTE ARGENTINO

EL TRUCO

ÓLEO DE COLLIVADINO.

PLVS VLTRA

— Yo de eso no me acuerdo, señor comisario.

— Lo dijo sin pensar — afirmó la mujer, poniéndose colorada al tiempo que sus ojos limpidos y de expresión humildosa atraían la mirada dura y desdeñosa del funcionario, puesta sobre el hombre que permanecía sentado en un extremo del sofá, el codo izquierdo apoyado en el brazo del asiento, y la cabeza, gacha, en el puño.

— Aquí consta en el sumario, señora, que el escándalo se produjo precisamente por eso.

— ¿Pero cómo puede creer, señor, que llegue a semejante extremo, mi marido, cuando no vivimos, ni él ni yo, sino para este hijo nuestro?

— ¿El único? — preguntó el comisario ya dulcificada la expresión y fijándose en el chico, de cara blanca y colorada en los hinchados cachetes, de pelo rubio y de ojos y cejas negras.

— El único, sí señor, — y animándose la mujer, que a duras penas conseguía mantener en las faldas al inquieto hijo fastidioso en su empeño de hacerle volver la cara, forcejeando, con la mano fuerte de muchacho travieso, con que le cogía la barbilla, prosiguió en tono familiar:

— El año pasado perdimos a la nenita. Era una ricura. ¿Usted tiene hijos?...

El comisario hizo un gesto afirmativo, pero arrugó el entrecejo ante la pregunta que tildó de impertinente y encontró, acaso, irrespetuosa, y encaminada, sin duda, a ablandarle. La idea de que la señora acudiría a recursos sentimentales le predispuso en su contra, tanto más cuanto había simpatizado de primer momento, con su figura airosa, desenvuelta y realmente bien puesta, aunque sin sombrero, y sobre todo bien calzado el fino y elegante pie. Lo que más le llamara la atención fué la frescura del rostro casi infantil, y los grandes ojos inteligentes.

— ¿Cómo, — se preguntaba bajo la impresión de la reciente lectura del sumario, — esta mujercita delicada y linda puede querer y empeñarse en la defensa de su marido, un energúmeno de tal ralea?» «Porque llegar a... ¡La pucha que había sido desalmado el hombre!» Y hurgaba en la memoria sin que apareciese, en sus veintitantos años de empleado de policía, el recuerdo de un solo caso parecido. Se fijó en «el acusado». A pesar de la poco favorable situación en que le veía:—sin camisa, alzado el cuello del saco, desabotonados los botines, el pelo despeinado y opaco y con un mechón sobresaliente y tieso en un lado de la cabeza, la piel amarillenta, hundidas las mejillas, verdes las ojeras, la mirada esquiva y el ceño adusto, no le pareció un tipo grosero, ni siquiera vulgar. Al contrario. Las facciones regulares, sin bigote y sin barba, recta la nariz, la frente alta y ancha, el mentón fino, la boca algo grande y de labios menudos, los ojos claros, denotaban ese tipo de belleza masculina en el que, de acuerdo con las teorías descubiertas por el comisario en sus lecturas predilectas, hallaba indicios inconfundibles de delincuencia latente. Los padres que maltratan a los hijos, que matan su carácter a fuerza de palizas, claro está que no eran ejemplares desconocidos ni raros. Pero eran padres de otra esfera social, a todas luces, y los excesos en que caían, hallaban disculpa en la falta de principios educacionales, en las malas costumbres difundidas en el ambiente en que actuaban, y hasta en la miseria en que se debatían. «Ninguno sin embargo... ¡qué bárbaro! ¡Mire que echar de su casa a las tres de la mañana, a un chico de cinco años, hijo suyo!... ¡Y con este frío!»... «Un perverso desalmado, capaz de todo»... Por aquí iban los pensamientos del comisario.

— Cuando la señora dijo: «¿Usted tiene hijos?», el hombre del sofá, su marido, contrariado, le dirigió una mirada severa. La táctica femenil, floja y poco digna, según se le antojaba, le aumentaría el ridículo mortificante y la humillación que padecía...

— ¿Grandes?, — prosiguió ella.—Bueno... Vivíamos afuera. Era una pelota, redonda, colorada, vivaracha, movediza y alegre como todo chico sano... Como este diablito... «Estate quieto, m'hijito!

El chico deslizóse de las faldas y apoyado contra las rodillas de la madre permaneció en pie y fijó una mirada atenta en el comisario, quien le hizo señas para que se acercara:

— Venga, amiguito.

El niño fué hacia él pasando la mano por el borde del escritorio, como por un riel que le sirviese de guía en su vaga indecisión.

— ¿Tenías una hermanita?

— Zí. Y se enfelmó.

— ¿Y de qué se «enfelmó»?

— De zabañones. Se enfelmó y se murió.

— Pobrecita. ¿Y dónde tenía los «zabañones»?

— En la galganta.

El comisario, sonriéndose, miró a la madre.

— Difteria,—explicó ésta.—Y así: de golpe. A la tarde estaba un poco caídita... Algo de fiebre... La metimos en cama y al rato ardía y se ahogaba. No se consiguió nada, ni con inyección... ni con nada. A éste lo salvamos ¡ni sé cómo!...

El comisario escuchaba en actitud reflexiva y maquinalmente acariciaba la cabellera del niño, larga y brillante y que trascendía a suave perfume.

— No puede imaginarse el trabajo que nos dió y por cuanto tiempo conservamos la angustia de aquellos momentos terribles. Y claro está que luego lo echamos a perder, sobre todo el padre, a fuerza de consentirle todas sus ocurrencias y acceder a todos sus caprichos. Con la idea que sustenta mi señor esposo de que el niño es un animalito al que torciéndole en sus tendencias se le desvía de su finalidad y se le apagan los bríos, hemos hecho un pequeño salvaje y estamos sometidos a un tirano cruel... Y en cuanto a lo demás... Créame, señor comisario, si esto lo hablara con su señora, ella lo entendería mejor que usted... Porque ustedes los hombres teorizan muy bien, pero cuando sufren las consecuencias... éste.... disponen de muy poca o ninguna paciencia. Y cuando tienen que levantarse unas cuantas veces de noche, porque el chico fastidia más a quien más lo mima, entonces...

La mujer se volvió y encontróse su mirada con la de soslayo del marido, cargada de rabia y de sorpresa. Aquélla, sin darse por advertida, siguió su discurso, mientras el niño corrió hacia su padre y acomodándose entre las piernas le espetó esta pregunta desconcertante:

— Papi. ¿Por qué no nos vamos? A mí no me gusta estar en la comizaría, ¿sabés?

— Bueno. Ahora. ¡Callate! — dijo el aludido apagando la voz y en tono cariñoso como para que el chico no prosiguiese.

La mujer argüía:

— Si el señor comisario consintiese y mi marido le explicase (en eso los hombres se comprenden mejor) — entendería que todo no pasó de un... arrebato...

Claro que el comisario había ido entendiendo y ya reconstruyera, a su modo, la escena que terminó con el descomunal desorden provocado por un padre que quiso echar de su casa a un hijo de cinco años, a las 3 de la mañana. Y como papá, no como funcionario de policía, comprendía muy bien como cuatro o cinco horas de tribulaciones con un hijo encaprichado, concluyen por hacer que pierda el juicio el hombre más normal. Pero en el curso de sus ideas, insistía en un punto: Admitía el impulso homicida, pero no la perversidad cruel que supone un previo razonamiento incomprensible en determinados momentos.

— Y que no quede constancia de eso, — insistía la señora alarmada ante una de esas posibles casualidades, más frecuentes y menos lógicas en la vida que en las novelas, por la cual el hijo viniera a enterarse de que su padre intentara echarle a la calle cuando él contaba cinco años de edad.—¡Bonito antecedente!

— Bueno, — concedió el comisario poniéndose en pie, con lo cual hizo lo mismo la señora.—Váyase tranquila que...

La mujer se acercó al marido y le habló, calmándole el enojo:

—Yo sé que te obstinarías y... si soy una mala abogada, perdoname. ¡Vení nene!...

Pero el chico no se desprendió del padre y con el «Déjelo, señora» del comisario, que le hizo comprender que había ganado la causa, la mujer se marchó contentísima.

El comisario se sentó en el sofá junto al «acusado», cogió al chico por los brazos, y le colocó sobre sus rodillas.

— ¿Tú has hecho rabiar a tu papito?

— Zí.

— ¿Por qué se enojó tu papito?

El chico puso una cara semejante a esa luna que en los estudios fisonómicos dibujados a pura línea, corresponde a la leyenda «risa», y contestó:

— Porque hice pavaditas...

Después el comisario, ya ganado por el buen humor, instó al «acusado» a que le contara el asunto. Las cosas sucedieron así:

Aquella era la tercera noche que el hombre se pasaba sin dormir. El chico dió en la manía de antojársele cincuenta cosas después de dormidos él y la madre, y a todos los caprichos debió atender él, el padre. La primera noche el chico se despertó a las 12, pidió agua que rechazó de la madre, y bebió de manos del padre. Al rato el nene volvió a despertarse y pidió... pis. Más tarde empezó a llorar «porque sí» y no hubo forma de calmarle. Gritaba, pataleaba y tenía ardiendo la cara. Pedía agua a cada instante y como lo que suponían incomodidad, iba en aumento, y con los síntomas, crecía la alarma de la madre, el padre salió en busca de un médico a la madrugada. El médico encontró perfectamente tranquilo al chico, le revisó, dijo que no tenía nada y recetó unas palmaditas en caso de que se repitiera la enfermedad. Total, pues, se había pasado la noche en vela y que no fué al trabajo ese día. La segunda noche ocurrió algo semejante, sólo que a la quinta o sexta vez aplicó el remedio del médico, que tuvo la virtud de poner fuera de sí a la madre, con la que sostuvo una escena violentísima. Ahora, que se imaginara el comisario con que ánimo empezaría la tarea diaria de escritorio, añadiendo a lo anterior, lo que le preocupó la pregunta del jefe de oficina, de si no había recibido una carta que el gerente mandara escribirle el día anterior, a última hora. La carta se la encontró en su casa a la hora de almorzar. Se aludía en ella a la necesidad de justificar con certificado médico su ausencia en la oficina el día anterior. Además, aunque lamentándolo, se le prevenía que debiendo reducirse el número del personal de la compañía, en caso de que su salud fuese precaria... etc.

Nervioso hasta la sobreexcitación, y rendido de cansancio, no hizo nada a derechas por la tarde. No podía concertar una idea y a torpeza llegó al extremoso caso de asentar en el «haber» del mayor, una factura pagada. Durante la cena, ni la mujer ni él se dirigieron una palabra. El chico se caía de sueño, pero los dos, como en acuerdo tácito, le entretuvieron hasta cerca de las once. Al rato, la mujer y el hijo dormían como benditos. El, en cambio, muerto de sueño, se sintió más despierto que nunca. Temaba con ideas obsesionantes que parecían hincharse como globos en la cabeza... Después no sabía si siguió pensando despierto o durmiendo, pero recordaba haberse despertado del todo con la sensación de una caída brusca. El sobresalto le puso en estado de vigilia otra vez, encendió la luz y fumó un cigarrillo. En seguida se durmió. Encontrábase a bordo de un barco y arrastrándose, dirigíase, revólver en mano, hacia su enemigo que asomaba por el salón de popa, armado de revólver también. Por entre las cadenas del cabrestante disparó los cinco tiros, mientras el otro, tres. Su enemigo, entonces, corrió hacia el cabrestante y subido en él apuntábale para no fallar los dos tiros que le quedaban... Le despertó su hijo:

— ¡Papito! ¡Papito! ¡No! ¡No! ¡Quiero con papito!

Había luz y la madre hallábase junto al niño. Este insistía y Darío, apretando los dientes y dando un resoplido, saltó de la cama. El niño pareció calmarse cumplido el capricho de su mandato, y marido y mujer se acostaron apagando la luz.

El no dormía y aguardaba a que transcurriese un rato para cerciorarse de si dormía o no el muchacho. En apariencia sucedió así, pero apenas cerró los ojos, oyó otra vez:

— ¡Papi! Papito!

— ¡Qué hay!

— Me... me... duele un dedo...

— ¡Refregátelo!

— ¡Es que!... ¡Papitooo!... ¡Prendé la luz!

Para no estallar, Darío no dijo ni una palabra más y encendió la luz.

— ¿Cuál es el dedo que te duele? — inquirió en tono y gesto bruscos.

— Este... no... es... este... — No sabía cuál.

Ninguno, claro. Lo arropó y se acostó él. Esperó despierto.

El hijo daba vueltas en la camita, empezó a suspirar, siguió un sollozo y al fin, en un llanto, exclamó:

— ¡Papi! ¡Papi! ¡Prendé la luz! Pa... papi... ¡No... no... no tengo ojos!

La madre saltó de la cama, encendió y se acercó al niño que declaró muy contento de la sorpresa:

— ¡Ya tengo ojos!

Entonces el padre, descargó como una botella de Leiden. Se fué a la camita del nene, lo zamarreó en un arrebato, y el chico empezó a llorar a gritos. Darío se obstinó en que callase y aquél, pataleando y gritando como un energúmeno, le hizo perder la cabeza, y, en un impulso loco le tomó por los brazos con ánimo de estrellarle contra la pared. La madre se colgó del chico y de él y le contuvo. Pasado ese instante de tragedia y por no darse por vencido, ya de pie, y el nene en el suelo, y a grito pelado, el padre le sacó, empujándole, hasta el corredor. Sin duda fué cuando gritó: «¡Mándese mudar de mi casa!» que trajo el descomunal desorden. Salieron los vecinos, la señora del departamento de al lado dijo; ¡pobrecito! él le dijo algo feo y pagó el marido de la señora, pues lo echó a rodar escaleras abajo, cuando intervino en su defensa.

Darío cesó en su relato, y el comisario, en tono jovial, arguyó viniendo en refuerzo de lo que sugería la historia:

— Creo que ni uno nos escapamos, de impulsos filicidas. Puedo decirle en confidencia que al mío mayor lo tuve una noche dos horas en el calabozo.

Y de pie:

— Bueno; procuraremos arreglar el asunto. Lo que hay es que el sumario lo hizo un oficial soltero ¿sabe? Váyase no más; pero mándeme los treinta pesos de la multa del desorden. Cambiaré los nombres... Después le haré devolver los treinta. Eso se gestiona en el Departamento. Aquí tengo que salvar las apariencias... Y añadió riendo:

— ¡Y no vuelva a echar a su hijo a la calle a esa hora!

Y al niño:

— ¡Y usted, amiguito, no vuelva a hacer pavaditas!

Ya en la calle, el chico preguntó al padre:

— ¿Eze zeñor ez un vigilante? ¿Un vigilante zin traje?

— No, no es un vigilante. Es el comisario.

— Hu. Y vos, ¿te enojastes con el comizario?

— No; no me enojé con el comisario.

— ¿Entónces te peleastes con un vigilante?

— No; no me pelee con un vigilante.

Y un poco más tarde tornó a preguntar el chico:

— Entonces, ¿te llevaron preso?

RODOLFO ROMERO.

DIBUJOS DE SIRIO.

Tren arriba tren abajo, diariamente hago un viaje con mi buen amigo Antonino Lamberti, y mientras rueda el tren entre la Plaza Constitución y La Plata, o viceversa, charlamos largo y tendido. No hablamos mal de nadie porque no hemos nacido alacranes, porque los hombres son poca cosa para nosotros y porque los pueblos son demasiado grandes para que nos ocupemos de ellos. Hay tanto problema y tanta complejidad en la vida que, francamente, más vale ocuparse de cosas inocentes que dar alfilerazos a la especie humana o papirotazos en la nariz a los que considerándose sabios nos miran a través de sus anteojos biconvexos como a simples gusanos de la tierra.

Por eso hablamos de poetas y de poesía. Barajamos los tercetos del Dante que Lamberti declama en un rotundísimo italiano; murmuramos los polímetros de Rubén Darío; cantamos las silvas de Espronceda o sencillamente recordamos las cuartetas del más pintoresco de nuestros cantores gauchos, Estanislao del Campo.

Hace días, entre el humo de dos toscanos, yo le decía a Lamberti:

— Para mí, Estanislao del Campo es uno de los poetas más sintéticos de la literatura argentina.

— Demuéstrelo...

— Vea usted esta cuarteta:

Ya de sus ojos hundidos
Las lágrimas se secaban
Y entretemblando rezaban
Sus labios descoloridos.

Ese «entretemblando» da toda la idea de la emoción y del sentimiento de Margarita. No se puede decir de una manera más acabada el estado de ánimo de la infeliz heroína de Goethe. Parece que se la ve con los ojos clavados en el cielo, implorando la piedad divina, bajo el débil rayo de luz que cae de los altos ventanales del templo, cuando la oración ha agotado las lágrimas, prolongando el rezo como un consuelo infinito.

— Me parece que tiene razón...

— Ahora, vea esta otra cuarteta:

Llegué a un alto finalmente,
Ande va la paisanada,
Que era la última camada
De la estiba de la gente.

Estos cuatro versos son magistrales. Cada uno dice un montón de cosas. Fíjese bien: el «finalmente», indica el cansancio del gaucho después de haber subido el ciento y un escalón del Teatro Colón. Se ve que llega sudoroso y agobiado por la ascensión penosa. «Ande va la paisanada» le dice a usted de una manera clarísima la división social de los concurrentes al teatro. Allí no hay ricos, hay gente del pueblo, está la paisanada sencilla que entiende la música con el alma y no por los garabatos del pentágrama. Cuando dice «que era la última camada de la estiba de la gente», no sólo indica el último semicírculo de las aposentadurías, sino que ubica, amontona, apelmaza, estiba, en una palabra, aquella enorme masa humana que va a ver el espectáculo, como encajonada en bretes, como apilada en fardos. En cuatro líneas da la sensación del teatro en toda su amplitud.

— Todo lo que usted acaba de decirme me convence de que Estanislao del Campo era un gran sintético. Pero yo le voy a dar a usted dos notas de síntesis, de carácter popular, tan eficaces como las que usted ha citado. Un día, hace muchos años, paseando por los suburbios de la Recoleta, entré a la trastienda de un almacén, donde me habían dicho que vendían un guindao maravilloso. Detrás del mostrador había un gringo grandote, con un par de bigotazos enormes. Pedí el guindao, me lo sirvió con mucha pachorra, sacando del tarro el jugo y la fruta con un pequeño cucharón y me puse a beberlo a sorbos cortos. El hombre me miraba de hito en hito. Tal vez le extrañaba que un caballero, un señor, bebiese guindao en una trastienda. Pedí un toscano, lo corté en dos, encendí la mitad y después de echar un par de bocanadas de humo, pedí otro guindao. Así que lo hube bebido pregunté cuánto debía. « Quaranta centavi », me dijo el gringo con cara de piedra. « Ya no se puede vivir en este país », le dije; « antes el guindao valía cinco centavos y ahora, según parece, lo cobra usted a quince centavos. La vida es cada día más difícil y confieso que no sé quién tiene la culpa de todo esto ». « La carera e lo sombrero », me contestó imperturbable. Pagué y salí de la trastienda. Me eché a pensar: ¿Las carreras y los sombreros? ¿Y qué tienen que ver las carreras y los sombreros con el guindao y los toscanos? Y mientras seguía caminando, paso a paso, se me incrustaron en la imaginación una muchacha muy buena moza, con un sombrero de grandes plumas en la cabeza y un muchachón fornido, con tipo de carrerista profesional, que estaban parados en la puerta del almacén. Es claro, me dije, las carreras y los sombreros son la síntesis del raciocinio de este hombre, — el vicio y el lujo, — que se queja de los hijos porque la chica le gasta un platal en sombreros y el hijito, el carrerista, le saca la plata del cajón para tirarla a las patas de los caballos. El hombre no podía ser más sintético.

— Tiene razón, — le dije.

— Ahora vea este caso, — me dijo Lamberti. — Otro día y en otro almacén, estaba también tomando una copa de guindao cuando se acercó al mostrador una sirvienta de casa rica, lo más emperifollada y lo más pizpireta, y, con voz de canario cantor, le dijo al almacenero: « Don Joaquín; dice la señora Dominga que le haga el favor de prestarle el tintero y la pluma, que le mande una hojita de papel y un sobre, y, si tiene, también una estampilla... ¡Ah! ¡Se me olvidaba!... También me dijo que le mandara, para probar, una cebadura de la yerba paraguaya que acaba de recibir, que sea abundante y que no se corte las uñas. Ahora, véndame una vela de baño y deme la yapa!... » ¿Qué le parece la síntesis?...

— Colosal!...

Nos despedimos en la estación. No sé por qué me parece que Lamberti ha hecho la síntesis de muchas casas.

PABLO DELLA COSTA.

DIBUJO DE ALONSO.

DE LA GALERÍA DEL DOCTOR ARAOZ ALFARO.

CHIOGGIA

ÓLEO DE BROWNE.

Páginas femeninas

ELENA NASCH Y VIRASORO, PRINCESA RODZIANKO.

CELIA SCHAW, FUTURA PRINCESA DE LOOS CORSWAREM.

ELENA PELLET LASTRA, DE CATALÁN.

«Argentinos en Europa»... cuantas veces hemos leído bajo el habitual epígrafe, las noticias que nos traía el último correo, dando cuenta de la vida de nuestros compatriotas en el extranjero: a los nombres que nos eran tan familiares se añadía el indispensable comentario. «Se instalaron en San Sebastián...» o «Después de una breve temporada en Londres, han resuelto pasar un mes en la villa principesca de... en Niza». «Tal o cual potentado ha adquirido recientemente el suntuoso hotel del financista X, en los Campos Elíseos»... «En ocasión de la venta de joyas de una de las soberanas actualmente *en exil*, el millonario Z... compró, en una suma fabulosa, el célebre aderezo de esmeraldas, gemelo del que posee aún la reina madre de Franconia...»

No nos ha faltado tampoco el comentario de algunos intelectuales de nota, que, después de haber visitado en distintas ocasiones nuestro país, dedicaron algunos párrafos de sus *impresiones* a nuestros compatriotas, celebrando todos, eso sí, su belleza y elegancia proverbiales... Pero, ¿quién se ha ocupado hasta ahora, de la influencia que pudiera irradiar el espíritu femenino argentino en la sociedad europea, tan hospitalaria y tan agasajadora en Madrid o en Roma, tan cerrada, tan difícil, en cambio, en los altos círculos de Francia o de Inglaterra?

No he de referirme a las que recorrieron en rápida jira de placer — cuando lo permitían las circunstancias — las más importantes capitales, desfilando como en vertiginoso *film* por teatros, modistos y museos, esto si quedaba tiempo disponible... luego, Lucerna, Biarritz u Ostende, para lucir en esas estaciones *ineludibles* los primores adquiridos en la Rue de la Paix... Esas brillantes aves del paraíso, cuya mayor preocupación fuera renovar constantemente su vistoso plumaje, habrán dejado a su paso por los suntuosos hoteles cosmopolitas una fugaz impresión de armoniosa belleza; pero no tuvieron tiempo ni ocasión, seguramente, de vincularse en ciertos círculos tan selectos como restringidos; descontando muy señaladas excepciones, sólo la conquista *definitiva* logra vencer los tradicionales prejuicios de acrisoladas aristocracias... y esa conquista definitiva es la que incorpora viejos apellidos argentinos a vetustos árboles genealógicos en los que figuran los más ilustres títulos de toda Europa; la gracia irresistible de nuestras mujeres, va ejerciendo lentamente su influencia.

Y es sólo en la intimidad del hogar, cuando puede valorarse la característica de nuestra raza, que ha sabido conservar a través de todas las evoluciones, y a pesar de las tendenciosas influencias modernistas, aquellas nobles tradiciones de virtud y de equidad que profesaban nuestros antepasados: los rígidos y severos hidalgos castellanos... La cultura intelectual impuesta por la esmerada educación que se exige hoy en nuestro ambiente, ha venido a modelar la inteligencia o viveza innata de nuestras mujeres, y esa misma cultura las ha inducido a independizar su espíritu, haciéndolas menos reservadas, menos modestas tal vez, pero más seguras de sí mismas, y sobre todo, conscientes de su responsabilidad y preparadas para afrontarla valerosamente. Pocas son, por fortuna, las que ignoran hoy, que la vida que se ha de hacer en compañía del hombre elegido no es «juego de muñecas, ni fiesta de salón, sino camino largo que hay que recorrer, huerto que hay que labrar, casa que edificar, tierra que dominar y cielo que alcanzar. Todo eso pueden lograrlo juntos — según dice el maestro, cuyas palabras repito — un hombre, una mujer, y mucho amor; pero si falta uno de los tres elementos, la casa se hunde, el huerto no florece y el cielo se pierde...»

En tierra extraña ha de irradiar, pues, la influencia de nuestras mujeres: en la llama del hogar, en el suave resplandor que derrama la lámpara sobre el coqueto buró de su dueña, en la luminosa mirada de las rizadas cabecitas que llenarán con sus risas, viejas casas solariegas o históricos castillos, brillará siempre un reflejo de nuestra propia vida, y ha de infiltrarse de manera decisiva en extraños, apartados corazones, ese encanto irresistible de las mujeres de nuestra raza...

Figura entre las personalidades femeninas nuestras, radicadas en el extranjero, y que hemos de ver sólo entre nosotros por breves temporadas, la joven princesa Rodzianko, —Elena Nasch y Virasoro;— era una niña, cuando se trasladó con su familia a Europa, contrayendo matrimonio en Londres, con el teniente de caballería Paúl Rodzianko, edecán entonces del zar Nicolás, e inseparable compañero del Gran Duque Miguel; nuestra joven y bella compatriota ha tenido por residencia du rantevarios años el Palacio Imperial, y figuró siempre en todas las solemnidades oficiales al lado de la madre de su esposo, la ilustre princesa Galitzine, dama de honor de la emperatriz... ¿Quién hubiera podido predecir en aquellos días de fastuosa existencia, las horas de angustia que habría de pasar más tarde la joven princesa? Herido gravemente su esposo al iniciarse la guerra, resolvió ella reunírsele, desafiando todos los peligros, y así llegó, disfrazada, y acompañada sólo por un fiel servidor, hasta Varsovia, donde fué abnegada enfermera de su esposo, y de todos los desventurados que reclamaron sus cuidados. Apenas repuesto de sus heridas el príncipe Rodzianko partió para Italia con su valerosa compañera, pues le había sido encomendada por el ex zar, una misión confidencial; y en Nápoles fué donde les sorprendiera la noticia de los trágicos sucesos desarrollados en su madre Rusia...

Reciente para nosotras es la noticia del compromiso matrimonial de Celia Schaw, — Baby, como la llaman cariñosamente sus amigas, — con el barón Henri de Bogaerde, van Terbrugge, hijo de la princesa Manuela Josefina de Loos y Corswarem, y dueño del hermoso castillo de Heeswigk, cerca de Bois-le-Duc, en Bélgica... España ha conquistado a otras dos gallardas, bellísimas figuras porteñas; la joven señora de Maura y Gamazo — Sara Escalante, — y Elena Pellet Lastra, casada últimamente con el apuesto oficial del Regimiento del Rey, don Antonio Catalán. Las señoritas de Atucha, que han heredado todo el encanto de su bellísima madre, doña María Teresa Llavallol de Atucha, llevan hoy, por sus matrimonios, el aristocrático nombre de Cuevas de Vera una, y ostenta la otra, la corona de los marqueses de Jeancourt; luego, la joven marquesa de la Bouillerie, — Adela Frederking, — que pasa actualmente una temporada en su hogar porteño; Lola Carabassa del Carril, condesa de Béarn, y tantas otras que seguirán su ejemplo, uniendo firmemente, gracias a su encanto irresistible e irresistido, el nuevo al viejo mundo...

Y si hemos de prestar crédito a las crónicas que nos llegan, de «argentinos en Europa»... se espera también de un momento a otro, el desenlace—léase enlace—de uno de esos idilios tan frecuentes en estos años de dolor y de sangre, el romántico y sentimental epílogo de cierta correspondencia cambiada entre París y las trincheras, por una *Marraine* moderna, chispeante, decidida, enérgica, y un valeroso *poilu*. Este héroe endulza ahora con sus ensueños de amor, las eternas e intranquilas noches de campaña, bendiciendo a la *Marraine* porteña, que le ha deparado su destino, y que es para él, luminosa visión de las caballerescas leyendas de antaño...

LA DAMA DUENDE.

ADELA ATUCHA, CONDESA DE CUEVAS DE VERA.

JOSEFINA ATUCHA, MARQUESA DE JEANCOURT.

DESTELLOS INFANTILES POR EMMA DAY

A MI SOBRINA.

Nelly tiene un año. Es una muñeca sonrosada, de ojos pardos y cabellos rubios.

De pie, al lado del viejo sillón, hojea un libro.

—¿No romperá las páginas? —pregunta una de las tías.

—No, —responde otra, y agrega: —Cree que los libros lloran, cuando les hacen *nana;* por eso los mira sin destrozarlos.

—Vamos, nena, vamos a jugar —insiste la niñera.

La personita interpelada levanta los ojos, los baja luego sobre un grabado y, moviendo la cabecita de izquierda a derecha, murmura:

—No, no.

¿Es voluntad consciente? Ese «no» tan breve, que balbucea antes que el «sí», ¿es el primer destello, la síntesis de un carácter?

Nelly da vuelta las páginas de «La Divina Comedia», y sin cansarse llega hasta la última, acariciando las figuras que trazara Gustavo Doré...

¿Leerá más tarde la obra con igual interés? ¡Ojalá!

La brisa traviesa deshoja las flores del rosedal y alza como alas de mariposa el vestidito blanco de la nena, quien corre por las sendas rojizas, detrás de los teru-teru...

De pronto, sorprendida, se detiene. ¡Ha descubierto su sombra!

Se inclina, quiere palparla, la persigue y grita:

—¡Nena! ¡Nena!

¡Es tan pequeña y va en pos de una sombra!

¡Ojalá, Nelly, no halles otras en tu vida que la que acabas de percibir!

¡Ojalá no encuentres jamás las de la amargura y del dolor!

¿Por qué? es la palabra que golpea todas las puertas que la curiosidad de la nena desea abrir.

En el jardín, frente a las hojas verde-gris de los cactus, se detiene y señalando las corolas rojas de los geranios, interroga:

—*¿Por qué* estas plantas no tienen flores como aquéllas?

—¿Quién lo sabe? Son como las almas. Algunas nos brindan espinas, otras flores y muchas... sombras bienhechoras...

Anochece. La luminaria del día se oculta, tiñendo de arrebol las nubes y las aguas tranquilas del lago.

Tímida, entre los árboles, aparece la luna.

Nelly mira al cielo, y ansiosa pregunta:

—*¿Por qué* se va el sol?

—Porque debe despertar allá lejos, muy lejos, a los niños, a los pajaritos y a las margaritas.

—¿Y la luna también se va?

—Sí; pero más tarde.

—Y el sol, antes de irse, ¿besa a la luna?

—Sí; y el beso es tan largo y tan puro que ilumina el río, el bosque, las flores...

Inclinada sobre la caja entreabierta del piano, observa el ir y venir de los martillos bajo las cuerdas.

La ejecutante termina el trozo y Nelly, con tristeza, interroga:

—*¿Por qué* no habla más el piano?

¿Siente acaso la nostalgia de la canción desvanecida?

Cerca de la ventana, la abuela enhebra las cuentas que adornarán la lámpara familiar. Sobre la alfombra, la nieta desparrama las mostacillas de cristal, mientras el sol juguetea con sus rizos de oro.

Roja de emoción, recoge algo fino, pequeño, brillante, y exclama:

—¡Lita, mira, un filero! —y reconviniéndola, agrega: —*¿Por qué* no tienes cuidado con la nena?

¡Enternecedor reproche!

Maternalmente, se inclina la abuelita y, besándola, susurra:

—Perdóname.

¡Gran sorpresa!

Una carta dirigida a Mme. Nelly X. La estampilla es de Francia ¿Quién, desde tan lejos, puede recordar a una personita que ha tres años no existía?

El papá lee la misiva y todo se explica.

En nombre de Nelly llegó a las trincheras una bufanda de lana; el soldado que la recibió, mártir o héroe, padre quizá de alguna nena, tal vez hoy huérfana, envía, reconocido, una genciana cogida en el campo de batalla. Nelly quiere tomarla. ¿No es acaso para ella? Y el perfume de la manecita blanca y generosa, se mezcla con el de la flor marchita que agradece.

No te canses, Nelly, de prodigar el bien; has empezado en la cuna, recuérdalo hasta morir...

Hoy es una fecha memorable en los anales de la persona que cumple tres años. Por vez primera, concurre al teatro; el asombro, el gozo la enmudecen.

Atónita, ve desfilar mariposas, hadas, luciérnagas, que vuelan, danzan y giran... luego... álzase el telón ante un cuadro de la guerra. Lloran los niños, las madres sollozan, los heridos gimen...

Nelly tiene los ojos llenos de lágrimas.

A lo lejos aparece el ángel de la paz. La nena lo mira fascinada, y el festival termina con la radiante visión.

Nelly se duerme, y al despertar, el siguiente día, deseando tal vez realizar su ensueño, extiende los bracitos y exclama suplicante:

—Papito, la nena quiere alas como el angelito!

¡Alas! ¿Acaso todos los niños no tienen las del candor y la inocencia?

Y más tarde, ¿no volarás acaso con las del saber y las de la bondad infinita que te llevarán hacia un ideal?

¡Ojalá, Nelly, así sea, ojalá nunca te falten las alas!

IMPRESIONES DE VIAJE
SANTIAGO-DEL-ESTERO

Indudablemente, la capital de Santiago del Estero es, entre las ciudades argentinas, una de las menos conocidas, a pesar de su situación geográfica envidiable; en la época de la conquista española fué perdiendo importancia, al adquirir preponderancia el Sud de la República, y hoy se necesita ir especialmente a visitarla.

La ciudad conserva su sello antiguo; pero tiene su buena «Casa Rosada», de lindo estilo español, al lado de la Legislatura; hay un buen teatro, un gran hospital, una «Escuela Monumental» y otra Escuela Normal con capacidad para cerca de mil alumnos. El Colegio Nacional, edificado recientemente en una manzana de tierra, es un magnífico edificio y está bajo la dirección del señor Olaechea Alcorta, el «pico de oro» de los santiagueños. Una importante «Biblioteca», fundada por el doctor Alvarez (y la que tuvo cuatro mil lectores el mes pasado), completa el número de buenos edificios.

Respecto a paseos, tiene un magnífico «Parque», hecho para evitar el paludismo y que rivalizaría, por la belleza y variedad de sus plantas, con cualquier similar; el azahar, las violetas y las fresias dan a su ambiente un atractivo más.

Saliendo de la ciudad, y después de muchas penurias (debido a la falta de caminos), se llega a los baños de Río Hondo, una de las tantas curiosidades de la Naturaleza; el lecho del río (El Dulce), caudaloso en verano y seco en invierno, y que al cabarse pozos en la arena, brota, en una extensión de dos cuadras, agua caliente a 40 grados, *poderosamente* radioactiva. Fomentadas estas termas, serían quizá famosas, pues son notables para la cura del reumatismo.

La principal riqueza de Santiago son sus bosques naturales y seculares, tesoro incalculable que se manda a la hoguera, *sin criterio de ninguna clase, sin reservas,* y que como argentina protesto por esto, pues se está convirtiendo aquello en inmensos sitios desolados. La gran sequía que sufre la provincia es su primer consecuencia.

La mujer del pueblo desciende de quichúas, que se ve por las mañanas en el mercado o en la campaña; es preciosa, morena rosada, pelo negro sedoso, magníficos ojos negros, nariz fina, la boca muy roja y una gracia exquisita en el andar.

A la santiagueña de alcurnia se la ve en el paseo de la Plaza Libertad, donde concurre varias tardes en la semana. El tipo español está más acentuado que en otras provincias, pues casi todas son muy blancas, ojos claros y cabello castaño o rubio. Visten con elegancia y sencillez.

Muchas de las niñas y señoras de la mejor sociedad *trabajan*, enseñando en las escuelas, y lo hacen con tal naturalidad que no se encuentran por eso disminuídas en sus prestigios. Las jóvenes asisten con regularidad, y sin excepción, a la Escuela Normal para obtener su título, consiguiendo por este medio instrucción e independencia económica.

Un vivo placer experimenté al ir a Río Hondo, ver por todos lados, en humildes casitas, un escudo y una bandera argentina, indicios de que existía allí una escuela, por consiguiente un jalón de civilización, progreso y también de *patria argentina* en formación, pues habiendo por todos lados hijos de extranjeros, hay que enseñarles que el que nace en suelo argentino debe ser *argentino*, según lo dicen nuestras leyes.

ELISA GOROSTIAGA DE AGUIAR.

ENCUESTA

¿Debe la mujer aceptar el divorcio absoluto?

¿Qué ventajas y perjuicios puede acarrearle esta nueva ley?

«No separe nunca el hombre lo que Dios ha unido». Esto dice la ley divina. Es por esto, que los que no aceptan la unión indisoluble en el matrimonio, han establecido el matrimonio civil! Han hecho, pues, de la unión más santa, instituída por Dios desde el principio del mundo, un simple *contrato* ante un magistrado. Pero la mujer cristiana no acepta ese *contrato*, solamente. Desea y exige la bendición del sacerdote para entrar en la nueva vida y formar un hogar que presente las mayores probabilidades de dicha.

El divorcio, pues, disuena en absoluto con el matrimonio religioso. Los esposos que no llevan el ideal del cariño verdadero y perdurable, como base de su felicidad futura, no deben aceptar el matrimonio religioso. Deben contentarse con el simple *contrato*, que los pone al amparo de la ley!... Si el matrimonio se lleva a cabo por un interés cualquiera: fortuna, posición social, conveniencia mundana, etc., no puede ser un ideal de dicha íntima. Quedará siendo, siempre, un *contrato* más o menos conveniente para ambos cónyuges. Pueden contentarse, pues, con el *contrato* que les asegure las conveniencias buscadas. Pero la mujer que funda todo el ideal de su vida en la unión con el elegido de su corazón, no puede ni pensar en que esa unión pueda romperse por ningún motivo, y menos aún con su anuencia y voluntad!

El matrimonio fundado en el verdadero amor y bendecido por Dios, debe ser, pues, *indisoluble*. El horrible fantasma del «Divorcio» debe rechazarse con toda la fuerza de la voluntad y del amor: «No separe nunca el hombre lo que Dios ha unido».

JULIA MORENO DE MORENO.

MIS IDEAS SOBRE EL DIVORCIO

Condeno el divorcio bajo cualquier punto de vista. Hay casos excepcionales en que una separación se impone: entonces la Iglesia tiene el derecho de anular estos matrimonios. Si hay hijos, no tienen el derecho de darles a éstos una falsa posición; si no los hay y se vuelven a casar, el hijo de este matrimonio no podrá respetar la situación de sus padres. Un hogar que es casi sagrado, no debe admitir ninguna duda: un nuevo hogar formado en estas condiciones, no es posible que sea del todo feliz, siempre habrá un pero.

Si los caracteres no son compatibles, se pueden separar, y lamentar el haber errado en su vida; pues no se remedia nada casándose de nuevo en estas condiciones. Un hombre o mujer que quiera formar un hogar con base sólida, no lo puede hacer, sólidamente moral, en esas condiciones, y por consiguiente no es igual a los hogares correctos.

TULY ROOSEN DE VIDAL.

A RUBÉN DARÍO

Vuelve después de largo cautiverio
Darío a su palacio en lo infinito,
Pero deja su rastro en fuego escrito
Antes de trasponer el Gran Misterio.

Iluso, soñó siempre en el imperio
De la Belleza eterna, y cual proscrito
De una patria mejor, nos trajo el rito
De la fe nueva con audaz criterio.

En sus alas de albatros, suavemente
Nos apartó del miserable suelo
Y grabó un ideal en cada frente.

En cada corazón puso un anhelo
Y el plenilunio excelso de su mente
Surgió al abrir de par en par su cielo.

CAROLINA DEL CAMPO DE ELÍA.
(*Hemo*).

PENSAMIENTOS.

Amor y libertad: he ahí la definición de la patria; derecho a amar: he aquí el más alto de los derechos humanos; amor a la libertad: he ahí el más sublime de los derechos.

MARTINA LEZICA DE YEGROS.

La felicidad es la mayor paradoja de la naturaleza. Crece en todos los terrenos y medra bajo todas condiciones. Prevalece contra el medio ambiente. Brota de nuestro interior. Es la revelación de las profundidades de la vida interna. Como la luz y el calor, revelan la presencia del sol de que irradian. La felicidad no consiste en tener sino en valer; no en poseer, sino en disfrutar. Es el cálido fulgor de un corazón en paz consigo mismo. Un mártir atado al poste puede ser más feliz que un rey sentado en su trono. El hombre crea su propia felicidad, que es como el aroma de la vida armonizada con elevados ideales. Porque lo que un hombre tiene depende de los demás, y lo que vale radica de él mismo. Lo que obtiene es tan sólo una adquisición; lo que alcanza es perfeccionamiento. La felicidad es el gozo que experimenta el alma en la posesión de lo intangible. Menos trabajo cuesta ser feliz que parecerlo.

FLORENCIA MORSE KINGSLEY.

FOTOGRAFÍA DE VAN RIEL.

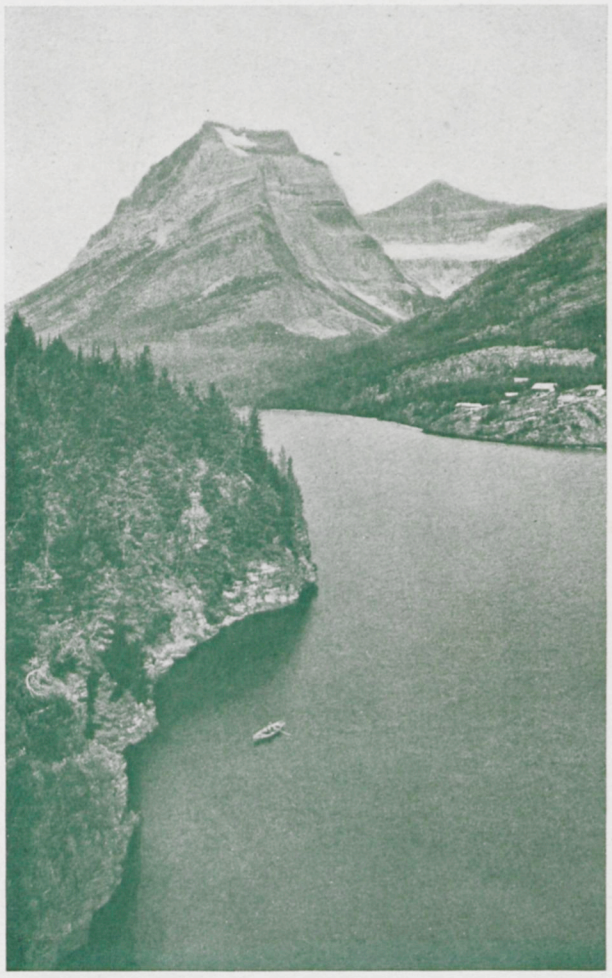
La Mercedes Alvear Elortondo

GOUACHE DE SIRIO.

EL CIGARRILLO PARA TODA OCASION

La gente chic fuma cigarrillos REINA VICTORIA

PARQUES NACIONALES DE NORTE AMERICA

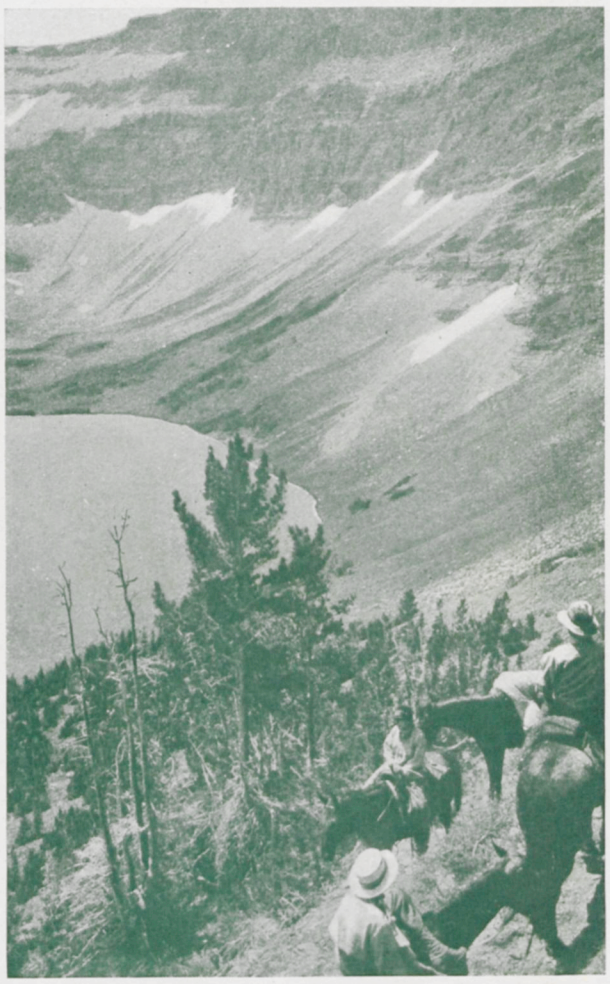


LAGO DEL PARQUE DEL VENTISQUERO.

El parque nacional del Ventisquero, situado al noreste del Estado de Montana, es uno de los trece que el gobierno norteamericano estableció para recreo del pueblo. En el orden de magnitud ocupa el segundo lugar.

Por lo que respecta a su importancia artística, pocos parques norteamericanos ofrecen un conjunto mayor de bellezas naturales, siendo uno de los más preferidos por los turistas. En él se encuentran dos principales cadenas de montañas: la de Lewis y la de Livingston. Los precipicios de la primera tienen, por lo general, 1.000 pies de altura, llegando a un máximum de 4.500. Estos desfiladeros forman las murallas de colosales anfiteatros, en cuyas profundidades se adormecen las aguas de los lagos o nacen los arroyos que se deslizan por las cañadas yendo a parar a las grandes llanuras. Ambas sierras, que corren paralelas, están formadas por estratos rocallosos de una rica abundancia en vívidos colores. Las infinitas visiones de rocas de un tono rojo color de sangre, amarillas y purpúreas, como los panoramas de luminosos lagos y verdes bosques son cosas que la palabra no puede describir.

El Parque del Ventisquero no fué visitado por el hombre blanco hasta el año 1853, en que un ingeniero del gobierno encargado de estudiar una vía para el Océano Pacífico, trepó allí por equivocación.



TURISTAS VISITANDO UN PARQUE.

Metropol Bazar

F. STAROPOLSKI

U. T., 2432, Libertad. Casa Argentina 340, Carlos Pellegrini - Buenos Aires

LA GRAN CASA ESPECIAL

PARA

REGALOS DE BUEN GUSTO

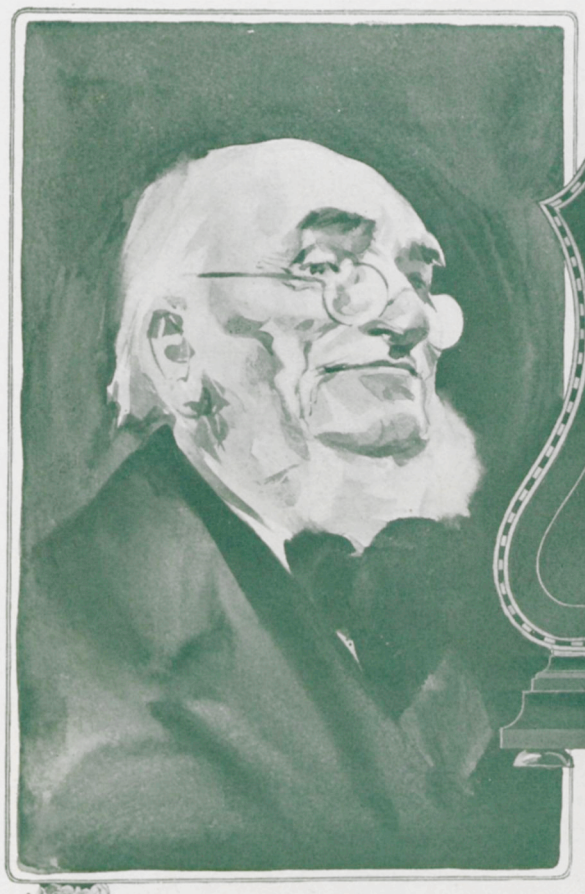
EXPOSICIÓN DE

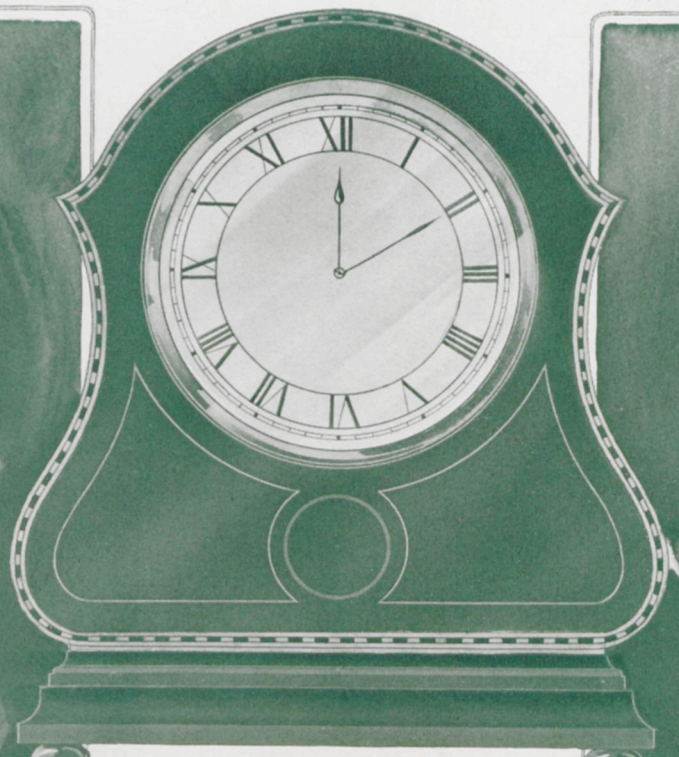
MUÑECAS Y

JUGUETES

MODERNOS

PIDAN CATALOGO ILUSTRADO DE JUGUETES





SOLAMENTE

EN

10 MINUTOS

Y EN TODAS

LAS EDADES

SOLAMENTE

EN

10 MINUTOS

Y EN TODAS

LAS EDADES

La «NEVRALGINE MERICI» hace desaparecer el dolor de cabeza más fuerte, la jaqueca más pertinaz, el ataque neurálgico más agudo, en

10 minutos

La «NEVRALGINE MERICI» no contiene antipirina.

La «NEVRALGINE MERICI» no ataca el corazón ni estraga el estómago.

Señoras! La «NEVRALGINE MERICI» calma las dolencias propias de vuestro sexo.

La «NEVRALGINE MERICI» domina los más crueles sufrimientos en

10 minutos

FÍDASE EN LAS BUENAS DROGUERÍAS Y FARMACIAS.

SI DESEA USTED PROPORCIONAR A SUS PARIENTES O RELACIONES, EN OCASIÓN DE LAS FIESTAS DE NAVIDAD, AÑO NUEVO O REYES, UN VERDADERO Y DURADERO PLACER, NADA HAY PARA ESTE OBJETO COMPARABLE CON EL REGALO DE UNA

"PIANOLA" - PIANO

«METROSTILE - THEMODIST»

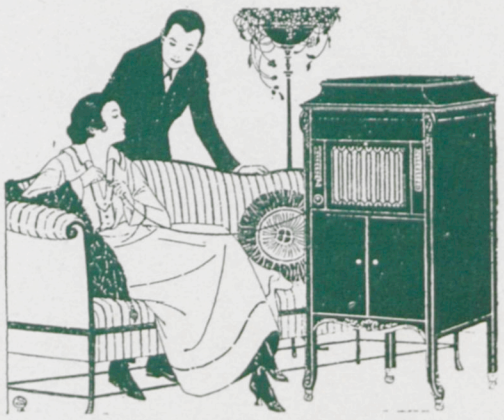
RECONOCIDO UNIVERSALMENTE COMO EL MÁS COMPLETO Y ARTÍSTICO PIANO AUTOMÁTICO DEL DÍA. LA «PIANOLA»-PIANO, PONE AL ALCANCE DEL MENOS ENTENDIDO, LA POSIBILIDAD DE TOCAR VIRTUOSAMENTE MÚSICA CLÁSICA, SAGRADA, DE ÓPERA, DE CANTO, DE BAILE, ETC., AÚN CUANDO IGNORE POR COMPLETO SU TÉCNICA. ES UN FIEL TRADUCTOR DEL TEMPERAMENTO ARTÍSTICO DE LOS GRANDES MAESTROS Y DÓCIL A LA PERSONALIDAD Y SENSACIÓN QUE EXPERIMENTA EL EJECUTANTE. SUAVIZA DISGUSTOS Y MOLESTIAS DE LA VIDA, REPRESENTA TERTULIAS LIBRES DE ABURRIMIENTO, CONVIDADOS ENTRETENIDOS; EN FIN, UN PROGRAMA QUE PUEDE ADAPTARSE AL HUMOR DEL MOMENTO. ES, SIN DUDA ALGUNA, LA MEJOR DISTRACCIÓN PARA EL HOGAR

LA LEGÍTIMA «PIANOLA»-PIANO ESTÁ EN VENTA EXCLUSIVAMENTE EN LA CASA

C. J. CHRISTIE e HIJO

830, CANGALLO, 832 - Buenos Aires

IMPORTADORES
DEL NUEVO PERFECCIONADO FONÓGRAFO

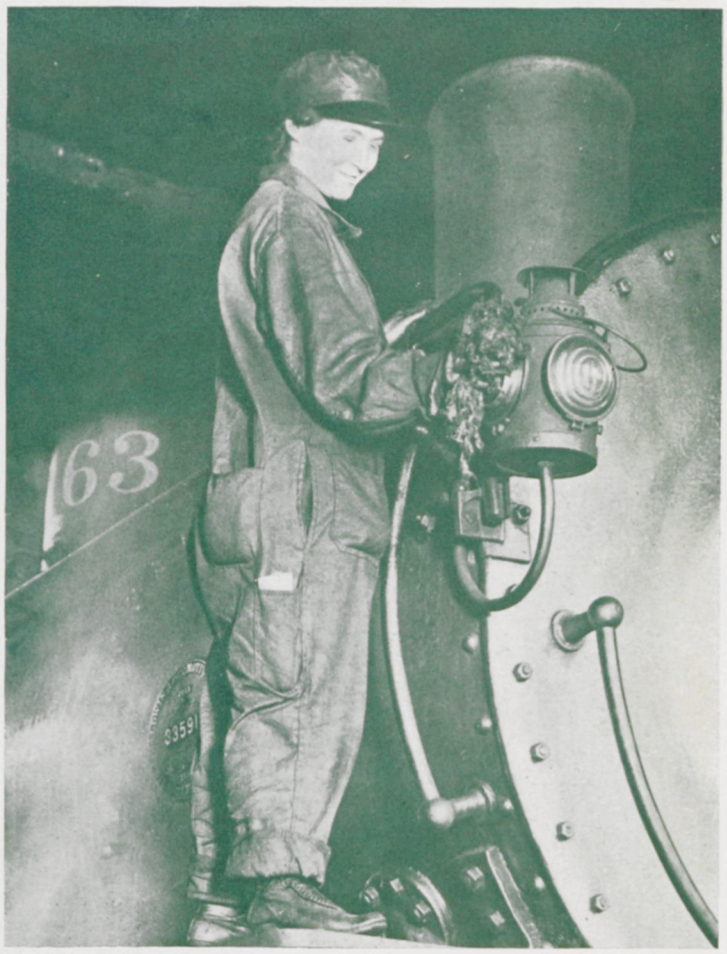


EL "AEOLIAN - VOCALION"

PROVISTO DE UN RECURSO EFICAZ, — EL **GRADUOLA,**—PARA GRADUAR SUTILMENTE Y A ENTERA VOLUNTAD LA INTENSIDAD DEL SONIDO.

AUDICIONES TODOS LOS DIAS

SPORT Y TRABAJO



UNA FOGONERA DEL FERROCARRIL DEL PACÍFICO, LIMPIANDO UNA MÁQUINA.

Mientras la señorita Mary K. Browne, distinguidísima sportswoman, ganaba el campeonato de lawn-tennis, venciendo a numerosas contrincantes, bastantes muchachas norteamericanas vestían trajes semimasculinos para ganarse la vida.

La guerra así lo quiso, aclarando las filas de los obreros que se convierten en proletarios de las trincheras en los campos franceses devastados por la hecatombe.

MISS MARY K. BROWNE, CAMPEÓN DE TENNIS.

MAPLE
& Cía.

MUEBLES Y DECORACIONES

VESTIBULO Y
ESCALERA EN
ROBLE TALLADO,
CONSTRUIDO,
DECORADO Y
AMUEBLADO
POR MAPLE Y CÍA.
BUENOS AIRES.

658, SUIPACHA, 658

LOS PNEUMATICOS

DUNLOP

COMO LA TORRE EIFFEL

DEBEN SU RESISTENCIA

A LA

ELASTICIDAD

Y

SÓLIDA CONSTRUCCIÓN

542, Paseo Colón, 544.

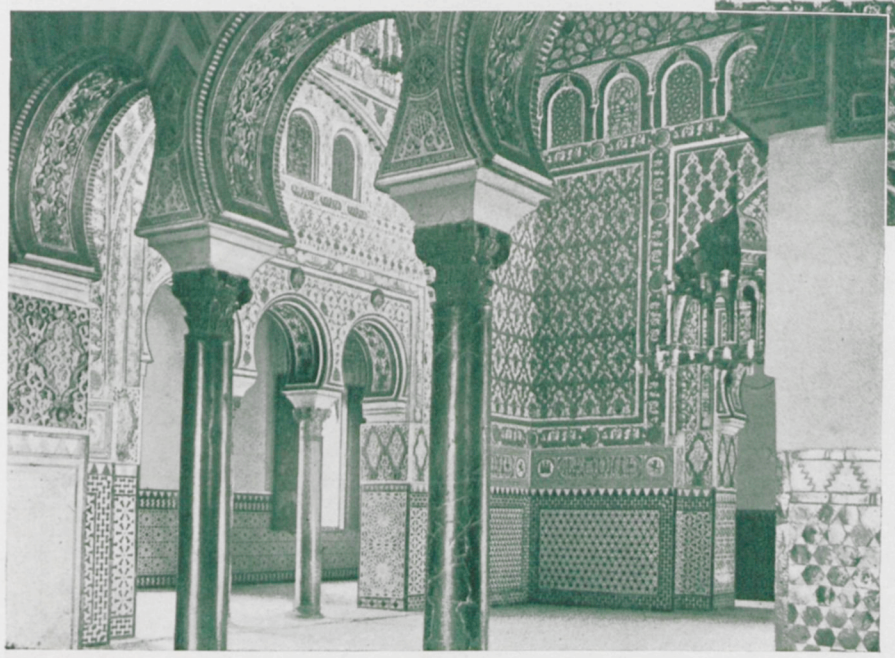
Destilería Nacional de Agua Colonia
Blás L. Dubarry
Químico Farmacéutico
476 MEDRANO 478
UNION TELEFÓNICA 4. MITRE.
ADR. TELEGR. BLASDUBA BUENOS AIRES
A.B.C. CODE 5TH EDITH.
Buenos Aires, Diciembre 12 de 1917
AL PUBLICO
Correspondiendo á la unánime aceptación que el público, de toda la República dispensa á mis "Aguas de Colonia", me es muy grato presentar un conjunto de los productos de mi fabricación, entre los cuales figuran nuevas variedades que no dudo complaceran, con la exquisitez de su perfume, al refinado gusto de mis distinguidos favorecedores.
Los precios á que se expenden son los siguientes:
"LE SANCY" - AMBREE - Deliciosa para el tocador
Frasco grande $ 5.30 - Medio $ 3.10.
Frasco cuarto $ 1.90
"LE SANCY" - SIMPLE - Ideal para el baño
Frasco grande $ 3.20 - Medio $ 1.95
" cuarto " 1.45 - Chico " 0.40
"NORA" - EXTRA-FINA - Frasco Grande $ 7.00 - Medio $ 4.30
"KENDAL" -Exquisita y suave - $ 5.50
"DUC" - Unica por su fino aroma.....$ 5.50
"LOCION LE SANCY" - De inconfundible fragancia....." 2.65
"LOCION KENDAL" - De perfume delicado.....$ 3.30
Estan en venta en todas las Farmacias y Perfumerias.
Blás L. Dubarry
EAU DE COLOGNE LE SANCY
Kendal
Duc
CONCENTRÉE

EL ALCAZAR DE SEVILLA

El Salón de Embajadores del Alcázar de Sevilla está considerado como el más hermoso vestigio de arte arábigo, entre las muchas y finas muestras que España posee. Y téngase en cuenta que el restaurador encargado por el rey don Pedro, de remediar los daños, puso en las paredes retratos de monarcas, escudos y un balconcillo que vienen a ser a manera de parches y remiendos mal dispuestos.

A pesar de esa mescolanza de dos estilos irreconciliables, el dorado salón resulta un portento. Una enorme y rica variedad de azulejos, calados, estucos, mármoles, hacen de él una colosal obra de orfebrería, una joya inmensa que deslumbra y enamora. La cúpula central tiene un atrevimiento que pocas veces se ve en la arquitectura árabe. Las columnas son de gracioso estilo y los arcos de herradura dan al salón una grandeza verdaderamente regia.

BALCÓN DE LA MISMA SALA, DESDE EL CUAL, SEGÚN LA TRADICIÓN, ORDENÓ EL REY DON PEDRO, LA MUERTE DE SU HERMANO DON FADRIQUE.



SALÓN DE EMBAJADORES DEL ALCÁZAR DE SEVILLA.

Como dijimos líneas arriba, el rey don Pedro I de Castilla fué el monarca que ordenó las reparaciones de este salón y de todo el Alcázar. Mérito artístico es éste que puede sumarse a las alabanzas que algunos historiadores hacen del rey a quienes unos llaman «Cruel» y otros «Justiciero».

Una leyenda popular dice que desde ese balconcillo, el monarca castellano presenció el asesinato de su entenado el infante don Fadrique, maestre de Santiago, que había mandado ejecutar. Y la tradición cree ver en una mancha de humedad la sangre del infeliz bastardo de Alfonso XI, sangre que vengó con su puñal otro hermano de don Pedro, don Enrique de Trastamara, en el campamento de Montiel.

Por qué las actrices nunca envejecen

("THEATRICAL WORLD")

De todo lo concerniente a la profesión teatral, nada hay más enigmático para el público que la perpetua juventud de sus mujeres. Con cuanta frecuencia oímos decir: «¡Cómo, si la vi hace cuarenta años en el papel de Julieta y no representa un año más de edad ahora!» Naturalmente, hay que tener en cuenta la manera de caracterizarse; pero cuando se nos ve de cerca, fuera del escenario, necesita la gente otra explicación.

¡Qué extraño es que la generalidad de las mujeres no han aprendido el secreto de conservar la cara joven! ¡Y qué cosa tan sencilla es, comprar un poco de cera pura mercolizada en la botica, aplicársela al cutis como cold cream y quitársela con agua por la mañana! Este procedimiento absorbe gradual e imperceptiblemente la cutícula vieja, y deja el cutis nuevo y fresco, libre de pequeñas arrugas, palidez y excesiva rojura. Este uso de cera mercolizada, es también la razón del porqué las actrices no tienen la cara desfigurada con manchas, barrillos, etc. ¿Por qué nuestras hermanas del otro lado de las candilejas, no aprenden esta lección y se aprovechan de ella?

FAJAS SOBRE MEDIDA
PARA
HOMBRES Y SEÑORAS

DISPONEMOS DE UN EXTENSO SURTIDO DE MODELOS, TANTO PARA EMBELLECER EL CUERPO, COMO PARA CUALQUIER DEFECTO DEL MISMO.

SE APLICAN EN LAS FAJAS, PLACAS PNEUMÁTICAS (LEGÍTIMAS) PARA LOS CASOS DE RIÑÓN MÓVIL, DILATACIÓN DEL ESTÓMAGO, ETC., CON RECETA MÉDICA.

MEDIAS Y VENDAS ELÁSTICAS, BRAGUEROS, ETC.

PIDAN PRECIOS

PORTA HERMANOS
CALLE PIEDRAS, 341 - BUENOS AIRES

NUESTRO REGALO DE AÑO NUEVO

$ 5.000 m/n.

Este precioso chalet, construido escrupulosamente con MAMPOSTERIA EN CEMENTO ARMADO SISTEMA «CHACON». (ESPECIAL PARA LA CAMPAÑA). Los favorecidos en este precio, será aquel que contrate esta casa antes de finalizar el mes de Enero de 1918.

COMODIDADES. 3 Buenos dormitorios, comedor, cocina, baño, servicio, hall, pasaje y galería. Listo para ser habitado; con pintura, pisos, cielo-raso, buen techo, puertas y ventanas de cedro, etc., etc.

PIDAN CATALOGOS Y PRESUPUESTOS GRATIS.

R. CHACON Hnos., Alsina, 1537, Bs. As. - U. T., 5448, Libertad.

Bellizzi Hnos.

Saludan respetuosamente a su distinguida clientela, lectora de Plus Ultra, deseándole un feliz 1918.

SORTEOS DEL MES DE ENERO

Día 9 de	$ 200.000.	Billete,	$ 42.00;	décimo,	$ 4.20
» 16 » »	100.000.	»	» 21.00;	quinto,	» 4.20
» 23 » »	80.000.	»	» 15.75;	»	» 3.15
» 31 » »	80.000.	»	» 15.75;	»	» 3.15

Combinación de $ 220.000 que sortea el 9 de enero, $ 49.—; de $ 120.000 28.— por combinación y las de 100.000 en combinación, $ 23.—. A cada pedido añádase $ 1.—. Giros y Ordenes a **BELLIZZI HERMANOS, Chacabuco, 131, Buenos Aires.** Dirección Telegráfica (Bellizzi).

Aquí tiene usted una fortuna!

Establecido hace 30 años

HUEVOS para empollar.
POLLOS de 1 a 5 meses.
CONEJOS importados.
COLMENAS y ABEJAS.
AVES de raza pura, 100 clases distintas
INCUBADORAS modernas.
GATOS de Angora y Persia.

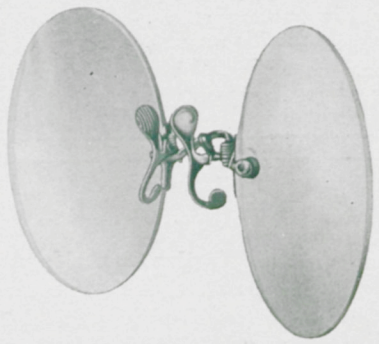
APARATOS y UTILES PARA LA INDUSTRIA **LECHERA y FRUTICULTURA**

PIDAN CATÁLOGO ILUSTRADO, REMITIENDO 50 CENTAVOS EN SELLOS

BELGRANO, 499, esq. Bolívar

Lutz, Ferrando y Cía.
Florida, 240 - Buenos Aires.

Verdadera elegancia y confort positivo en los lentes y anteojos de nuestra última creación.



Muebles

norteamericanos para escritorios

Gran surtido en:

ESCRITORIOS de todos tamaños y precios. Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para Vestíbulo, Mesas para máquina de escribir, etc. etc.

PIDAN NUESTRO CATALAGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cía.

BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

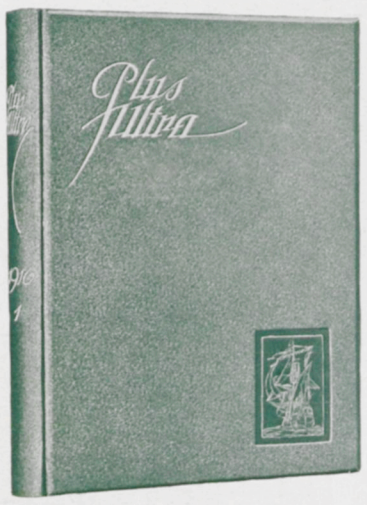
PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares)..	$ 3.—	m/n.
Semestre (6 »)..	» 6.—	»
Año (12 »)..	» 11.—	»
Número suelto	» 1.—	»

EXTERIOR

Año	$ oro	5.—
Número suelto	» »	0.50



Están listas las tapas para encuadernar el Primer tomo de PLVS VLTRA, que comprende los números publicados en 1916.

PRECIOS:

EN TELA imitación cuero, con letras doradas y relieve:
Tapas solas..... $ 3.—
Tapas y encuadernación.. » 5.—

EN CUERO con letras doradas y relieve:
Tapas solas..... $ 6.—
Tapas y encuadernación.. » 10.—

Para subscripciones, números sueltos, tapas y encuadernación de tomos, dirigirse a todos los agentes de «CARAS Y CARETAS», o directamente a la administración: Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

En las siguientes oficinas de los «Mensajeros de la Capital», se anotan subscripciones y se venden ejemplares. Bartolomé Mitre, 479; Esmeralda, 527; Libertad, 1027; Chacabuco, 330; Callao, 224; Rivadavia, 2854, Rivadavia, 1294.

VENTA PERMANENTE DE NÚMEROS SUELTOS EN TODOS LOS QUIOSCOS DE LA REPÚBLICA

Aconsejándoles nuevamente no dejen de probar esta deliciosa bebida para el verano, elaborada sin alcohol y extraída en toda su pureza de una clase de uva cultivada especialmente para

"ARMOUR"

Puesta en la heladera y tomada sola o con soda, sustituye al vino o al clicot en las comidas.

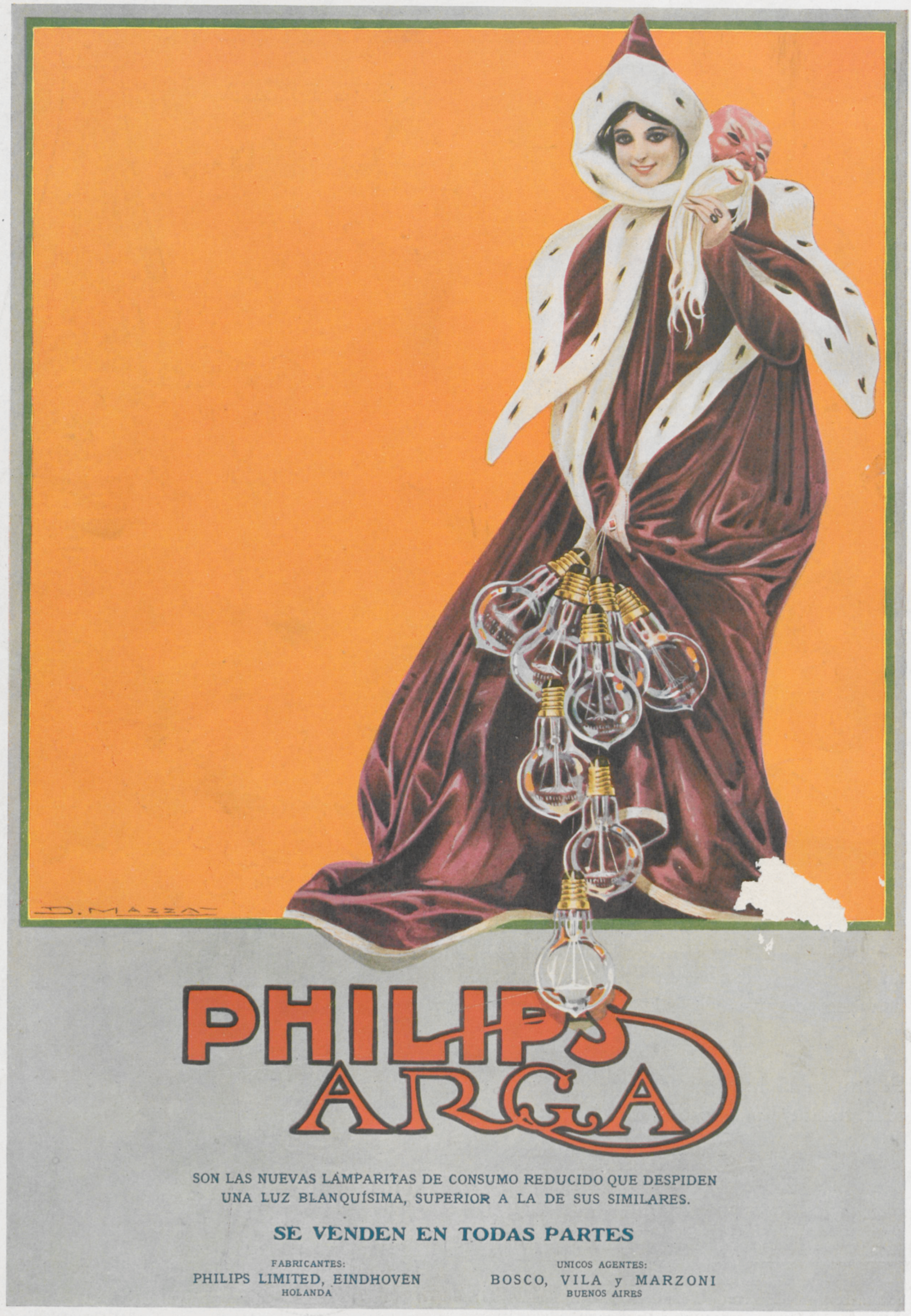
PIDALO EN TODOS LOS BUENOS TEA ROOMS, BARS, CONFITERIAS, RESTAURANTS, ALMACENES Y FARMACIAS.

FRIGORIFICO ARMOUR DE LA PLATA, S. A.

ADMINISTRACIÓN: RECONQUISTA, 314 - U. TELEF., 5215 AL 23 (AVENIDA)
LOCAL DE VENTAS: MORENO, 1374/6 - UNIÓN TELEFÓNICA, 6442 (LIBERTAD)
BUENOS AIRES

SUCURSAL: VALPARAISO (CHILE)

COMPANHIA ARMOUR DO BRAZIL, S. A. Sant'Anna do Livramento - Río Janeiro - Sao Paulo (Brazil)
ARMOUR y Cía. del URUGUAY, Soc. Anón., Cerrito, 311 - Montevideo (Uruguay)



Buenos Aires, diciembre de 1917.

Talleres gráficos de Caras y Caretas

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz

GOUACHE DE ZAVATTARO